



PORVENIR DE LAS NACIONES IBERO-AMERICANAS (1)

Señores: No es alarde de pseudo molestia mi actitud temerosa y encogida ante vosotros. De una parte la calidad del auditorio y de otra la índole respetable del local bastarían, puesto que otros motivos no existiesen, para engendrar la convicción de mi deficiencia, y asimismo el natural desasosiego con la subsecuente desconfianza. Sin embargo, contando con vuestro acogimiento indulgente, heme arriesgado á ocupar este sitio bajo el impulso de diversas razones, que no habré de expresar al pormenor, con la mira de evitaros cansancio y enojo.

Sólo declararé, y conocida mi insignificancia pudiera en rigor excusarlo, que por mi libre voluntad arrostro el presente riesgo, sin que esto alcance á significar que me faltasen amigos cariñosos que, al través de los maravillosos cristales del afecto, me prodigarán sus estímulos y alientos en las distintas ocasiones que

«las muchas leguas de la gran jornada
se me representaron, que pudieran
torcer la voluntad aficionada (2).

(1) Notable conferencia dada en la Sociedad Geográfica de Madrid por el doctísimo Jefe de Estado Mayor D. Leopoldo Barrios.—(N. de la R.)

(2) Cervantes, *Viaje al Parnaso*, cap. I.

Voy, por tanto, á añadir algunas explicaciones que, al par que den á conocer el origen de mi tema, razonen hasta cierto punto el deber moral que me ordenaba, según yo creía, presentároslo exclusivamente aquí.

Uno de nuestros consocios, al cual me está permitido llamar compañero en reiterado concepto, y sólo me considero autorizado para añadir que usa el pseudónimo de Espartaco, presentó al Congreso Geográfico Hispano-Portugués-Americano de 1892 una memoria muy notable, preñada de ideas hermosas y conceptos levantados, repleta de razones é inspirada en móviles tan políticos como simpáticos, tan serios como útiles, tan lógicos y bien inducidos como halagüenos y concluyentes. Pues bien, esa memoria, que nunca me canso de alabar, terminaba á modo de cúspide ó condensación en esta frase:

«El siglo XX será el de la civilización del África: á esa colosal obra del progreso humano está destinada la intrépida raza hispano-americana» (1).

El amplio concepto de la raza y de su *porvenir* diéronme la primitiva idea del tema que pretendo desarrollar, sólo que ni entonces ni ahora llegué á concretar, tratándose del susodicho «porvenir de la raza», la misión que arriba se expresa, ni otra alguna, no pasando de vislumbrar confusamente las múltiples páginas que el futuro reserva á esa agrupación étnica y asimismo los tesoros de energía potencial que en ella se adivinan y que, transformándose sucesivamente en energías sensibles, desempeñarán el papel de fuerzas actuantes, encargadas de bosquejar un panorama esplendoroso.

Poco tiempo después, otro compañero, no menos notable, envióme (pues en aquel entonces no me encontraba yo en la Península) la conferencia titulada *Fechas prehistóricas y porvenir de las razas* (2), de la cual tomaré más de una mención en el curso de este trabajo, limitándome ahora á reseñar la coincidencia de su llegada á mis manos, cabalmente cuando

(1) Memoria presentada al Congreso Geográfico por el capitán de Ingenieros D. Eusebio Jiménez Lluesma.

(2) De D. Rafael Álvarez Sereix.

más y más enamorado del libro de Gumplowicz, *Lucha de razas*, leíalo por enésima vez (1).

Bastaba con eso, y con algo más que omito, para hacer surgir el proyecto ó propósito, y en breve la gestación y desarrollo de mi tema, que *burla burlando* llevaba trazas de convertirse en libro. Recuerdo ahora, por cierto, una afirmación del Sr. Sales y Ferré (2), y es la siguiente: «que todo esfuerzo hecho por la ciencia, si en cualquier parte es obra meritoria, es en España un acto de heroísmo»; no sintiéndome acaso con grandes vocaciones de héroe, fuí remitiendo á nuevos plazos la tarea proyectada, apoyando mis dilaciones en los sucesivos episodios ajenos al asunto, pero harto interesantes para mí. Como quiera que sea, los aplazamientos se prolongaron hasta el punto y hora de surgir la posibilidad é indicación de esta conferencia.

Paréceme, pues, que no es dudosa la noción de agradecimiento y consecuencia, en virtud de la cual rindo ante vosotros, que me lo inspirasteis, el modesto tributo de este trabajo, encomendándome á vuestra indulgente adivinación, que sabrá suplir todos aquellos perfiles y sombras involuntariamente descuidados por mis trazas medianas, y por la enorme dificultad de encerrar dentro de la torturadora estrechez de una conferencia un asunto tan vasto como complejo y tan interesante como delicado.

I

Al hablar del *porvenir de las naciones ibero-americanas*, claro es que no pretendo desenvolver el proceso histórico de cada una ó de varias de ellas. En lugar de eso, hemos de abarcar los conjuntos étnicos tal y como lo hace, verbigracia, el señor Alvarez Sereix en su trabajo aludido hace poco, no perdiendo de vista las perennes transformaciones que sufren, ya en

(1) *Lucha de razas*, por Luis Gumplowicz, traducción de la *España Moderna*.

(2) *Tratado de Sociología*, por D. Manuel Sales y Ferré, segunda parte, tomo I, pág. 9.—Madrid, 1894.

la obligada adaptación al medio, ya en el cruzamiento con otros, ya en sus propias luchas, siendo vencedores ó vencidos. Iniciado de tal modo el problema, fácilmente se vislumbran por lo pronto las deducciones que sienta aquel trabajo, sirviéndonos hoy de punto de partida. Dice, en efecto, el Sr. Sereix que la raza *primitiva americana* va extinguiéndose de día en día; la *negra* sólo tiene representación en los países ecuatoriales, y aun así puede conjeturarse que en América tiende á ser reemplazada y absorbida por la *mulata*, la cual, de subraza, pasará á convertirse en verdadera raza caracterizada; y por último, tenemos la descendencia del grupo caucásico-europeo, que ha constituido la casi totalidad de la población americana contemporánea, y sobre ella debemos fijar especialmente nuestra atención.

Ya que hemos tomado como punto de partida la designación de los tipos étnicos mencionados, conviene, antes de proseguir, sentar la posibilidad de nuestra tarea, ó en otros términos, la probable videncia del porvenir histórico, correspondiente al desenvolvimiento de un grupo étnico previamente conocido y determinado.

De las tres maneras de concebir la historia, que dice Gumpowicz, puede excogitarse una cualquiera, ó puede, según lo que á mí se me alcanza, inferirse una especie de eclecticismo, mediante el cual, y á su debido turno, en alícuotas proporciones, resultan justificados los tres conceptos. Siempre deduciremos que el examen filosófico de la historia podrá condensarse en la frase de Leibnitz: «*El presente producto del pasado engendra á su vez lo futuro*», ó de otro modo, y según dice nuestro Diego Gracián: «...que la experiencia es maestra de las cosas, que enseña á los hombres cómo se deben regir y gobernar por la memoria del pasado». «Mas experiencia no se entiende la que cada hombre adquiere por sí en su vida, que al fin es caduca y breve...» (1).

No puede dudarse así que los grandes ciclos de la historia, debidamente analizados, forman los términos de una serie, en la cual es factible interpolar, presuponer ó adelantar algún

(1) Prólogo de la traducción de Thucidides.

ó algunos términos con tantas más probabilidades de acierto cuanto menos se descienda á pormenores concretos.

La repoblación blanca americana arranca principalmente de un doble génesis. El *tronco ibero*, ó sea procedente de las dos naciones de nuestra Península, España y Portugal, y el *tronco anglo sajón*, ó sea procente de las colonias puritanas de Inglaterra. El planteamiento, desarrollo, incremento y restantes circunstancias de cada grupo, ha producido la respectiva modalidad étnica que diferenciaremos ligeramente para barruntar en ellas los datos y elementos de la futura ecuación histórica.

II

El grupo anglo-sajón ya sabemos que entendió ó ha entendido la colonización de muy distinta manera que los españoles y portugueses. Pudiera decirse que aquéllos, los ingleses, proceden con los aborígenes verificando una especie de *eliminación por substitución*, y así, en los territorios que han ocupado, se observa ese efecto no interrumpido de disminución y supresión de la raza indígena, la cual va siendo reemplazada de una manera absoluta por la raza colonizadora. Obsérvese que no pretendo controvertir, ni aun siquiera poner en tela de juicio, las respectivas propiedades de los dos procedimientos colonizadores. Me limito á hacer constar sus procesos, cuyas influencias y resultados hemos de observar primero en el orden antropológico y luego en el psicológico.

Con respecto al primero, parecía natural que el grupo anglo-sajón, conservándose apartado de la mezcla con los aborígenes, é incrementándose únicamente por la corriente emigratoria de países similares, Francia, Inglaterra, Alemania, Dinamarca, etc., etc., podría haber mantenido con toda su pureza los caracteres distintivos fisiológicos de la raza caucásica. Empero no ha sucedido así: la influencia geográfica y climatológica es tanta y tan determinante que los descendientes de los europeos en la segunda ó tercera genera-

ción, y aun persistiendo en el susodicho apartamiento, ofrecen huellas del influjo local y de la necesaria adaptación al medio, traducidas en aspectos, no ya antropológicos, sino hasta fisionómicos, que los asemejan ó retrotraen á los aborígenes americanos.

No me faltan multitud de citas autorizadas; pero ¡á qué molestaros si habéis oído eso mismo y expresado con toda claridad en la última conferencia del Sr. Concás!

En las colectividades nacionales procedentes del tronco ibero se observa con igual ó mayor claridad ese efecto antropológico; pero en ellas no debe apenas causar sorpresa por la mente inspiradora de nuestra generosa política colonial, que tendía á la fusión ó mezcla de la raza conquistadora con la conquistada y la compenetración respectiva de una en otra.

Pasemos al orden psíquico. Dicho se está que las propias influencias locales déjense sentir en las modificaciones de este orden; pero su acción es más lenta, menos profunda y peterminante, en términos que los relieves originarios son más permanentes, y su transmisión consérvase poco menos que intacta. Supuesta esa premisa común á los dos casos ó tipos que examinamos, podemos continuar.

No tanto para comprobar un hecho reconocido de antemano, sino para obtener la consagración del favorable aspecto moral que han merecido nuestros antiguos propósitos colonizadores á los autores extranjeros que han sabido hacernos justicia, debería citar algunas opiniones de Roscher, Young, Macaulay, etc., aducidas algunas muy oportunamente por el Sr. Perojo (1) en su conferencia de la Exposición de Amsterdam en 10 de Septiembre de 1883; empero considero preferible y menos cansado para vosorros limitarme á recordaros una frase del patriarca de los economistas franceses, Mr. Leroy-Beaulieu.

Léese en su obra *De la Colonisation chez les peuples moder-*

(1) Conferencia dada en la Exposición de Amsterdam en Septiembre de 1883 por el Sr. D. José del Perojo.

nes: «Lo que ocupaba el primer lugar en la colonización española, la conversión y tutela de los indios, no es más que accesorio en la colonización inglesa» (1).

Manteniéndose, pues, el grupo anglo-sajón sistemáticamente separado de la población indígena, han debido recurrir, para el aumento de población, como hace poco observamos, á las corrientes emigratorias, favoreciéndolas en todo lo posible. Por desgracia, no suele abundar entre los emigrantes el tipo normal bien equilibrado que halla en su patria fácil y modesto acomodo, sino, por el contrario, los individuos que por deficiencia de sentido moral, por escasez de elementos intelectuales ó por demostrar gran desequilibrio entre sus facultades, sus conocimientos ó su trabajo, y las pretensiones que abrigan, buscan nuevos teatros que les brinden facilidades relativas en el *struggle for life*. Ya se comprende que de tal suerte los factores de modificación emigrante no serían los más apetecibles.

La tendencia de fusión generosa, que resplandece en la fundación de las colonias iberas, ha debido arrojar, por el contrario, un resultado muy distinto y lisonjero. De buen grado os recordara los párrafos de la obra de Gumpowicz que examinan el fenómeno de la compenetración de la raza invasora ó conquistadora con la dominada ó conquistada, la cual reacciona á su vez sobre la primera, transmitiéndole sus cualidades más salientes, ó las que pudiéramos decir que formaron su individualismo plástico-moral. No creo necesitarlo, empero, y menos aún debo esforzarme en patentizar que la amalgama con una totalidad ó conjunto étnico se halla exenta del peligro que notamos en la corriente de emigración. De otro modo, y dicho en términos vulgares: el aumento de población emigratoria no puede menos de acarrear un contingente desmesurado de los elementos individuales imperfectos, estorbos y barreduras, cuya acumulación excesiva no hay que temer cuando la fusión se realiza con la totalidad del pueblo indígena.

(1) Tercera edición francesa, pág. 111.

Aún podremos comprobar esos mismos resultados en varias demostraciones y detalles; pero nos basta, á mi entender, consignarlo en conjunto por ahora.

III

Apartemos nuestra vista del aspecto antropológico y psicológico y examinemos ligeramente el desenvolvimiento político. No pretendo aquilatar la ley histórica de las colonias, la cual, entre paréntesis, podría enunciarse como lo hace el Sr. Gener (D. Pompeyo) (1) en su estudio *La Nación*:

«...El deber de la metrópoli es el del padre con el hijo: procurarle los medios de desarrollo y separarse amigablemente de él en cuanto tenga ya medios de subsistencia propia.»

Me guardaré muy mucho de acatarla ni combatirla; pero dejando á un lado las razones filosóficas de la separación ó retención de las colonias con respecto á la metrópoli, lo que sí puede afirmarse como hecho experimental es que aquellas muy pronto empiezan á mostrar anhelos de desprenderse de la última, y lo que es peor, se esfuerzan en realizarlo por todos los medios posibles con una intensidad y eficacia que se halla *en razón directa de la distancia que las separa de la metrópoli, y en razón inversa de la importancia de la susodicha metrópoli*. Sentada, pues, la reiteración incuestionable del acontecimiento como fatalidad histórica, poco nos importa, á mi ver, su justificación ó injustificación teórica.

El fenómeno debe considerarse desde el punto de vista de su existencia fatal y obligada, interesándonos examinar, en cambio, si dentro de ese determinismo pueden considerarse en cada caso más ó menos adecuadas las circunstancias que lo precipitan y las condiciones en que se cumple.

Después del descubrimiento y repoblación de América, el primer ejemplo de entidad nacional, constituída sobre colonias secesionarias de la madre patria, fué el de los Estados

(1) *Herejías*, por D. Pompeyo Gener, pág. 32.

Unidos. No debo recordaros las contingencias históricas de su fundación, harto sabidas por todos, y mucho menos su idiosincrasia política actual, cuando aún resuena en vuestros oídos la elocuente conferencia del Sr. Concás, y así, presuponiendo conocidos todos esos datos é imaginándonos transportados á las coordenadas histórico-políticas y aún sociológicas de la época en que tuvo lugar el suceso; considerando la importancia de la metrópoli inglesa, entonces mucho menor que la actual, las condiciones de energía y vigor que en aquellos tiempos supo reunir ese grupo colonial, quizás más fuerte en absoluto, y desde luego más relativamente que hoy, y, por último, los primordiales gérmenes del singenismo manifestado con tanta discreción y oportunidad, que surtió, como efecto inmediatamente utilizable, la concentración de todas las fuerzas disponibles en los diversos grupos ó entidades coloniales, sin que ninguna de esas entidades perdiese un ápice de sus facultades autónomas; recapitulando, digámoslo una vez más, todas esas condicionales, no resulta imputable de censura el acaecimiento en lo que concierne á su oportunidad y sazón. Y esta convicción se afirma tanto más si se observan los resultados conseguidos en el funcionamiento colectivo-nacional, comparándolos con otros análogos y de origen posterior.

Busquemos ese contraste. Las colonizaciones inglesas, mediante una serie de concausas, entre las cuales no le corresponde porción pequeña á la disposición geográfica, desarrollaron, según acabo de decir, el proceso singenético, no sólo en el período de lucha por la independencia, sino después en la manera de constituir la conglomeración nacional con respecto al movimiento é intereses de las restantes grupos políticos de América y Europa.

Por el contrario, las colonizaciones políticas españolas dan muestras fundamentales de lo prematuro de su movimiento, diversificando sus cristalizaciones políticas, hasta el extremo de originar desde Estados tan homogéneos y en condiciones verdaderamente unitarias como Méjico (por más que otra cosa quiera dar á entender su organización meramente artificial), hasta naciones liliputienses, como Costa Rica y

San Salvador, especie de repúblicas en miniatura, víctimas frecuentemente de la audacia de un tiranuelo.

Y en otros diferentes aspectos no ofrecen menos variedades, pues se observan, por ejemplo, predominios latinos en Perú y Bolivia, mientras alardean de aficiones inglesas en Chile.

Según las noticias del Sr. Torrente (1), he reunido el adjunto cuadro geográfico-político de nuestras posesiones del continente de América al estallar la guerra de su independencia y de las naciones que se constituyeron:

(1) *Historia de la revolución hispano-americana*, por D. Mariano Torrente, Madrid, 1829.—Discurso preliminar.

DIVISIONES ESPAÑOLAS	Habitantes.	Presupuestos.	Superávit.	Nuevos Estados.	Habitantes.
Virreinato de Méjico incluso las capitánías generales de Guadalupe y Yucatán.....	8 millones.	14,5 millones.	6 millones.	República mexicana.....	12 millones.
Capitanía general de Guatemala.....	2 —	800.000	50.000	República de Guatemala....	1,5 —
Virreinato de Nueva Granada.....	2,5 —	1,5 millones.	0,5 millones.	Idem de San Salvador.....	700.000
Capitanía general de Venezuela.....	0,5 —	1,5 —	0,5 —	Idem de Honduras.....	350.000
Virreinato del Perú.....	1 —	5,5 —	1 —	Idem de Nicaragua.....	300.000
Capitanía general de Chile.....	1 —	0,5 —	50.000	Idem de Costa Rica.....	250.000
Virreinato de Buenos Aires.....	3 —	4 —	800.000	República de Colombia....	3 millones.
				Idem del Ecuador.....	1 —
				República de Venezuela....	2 —
				República del Perú.....	3 —
				República de Chile.....	3 —
				República Argentina ó Río de la Plata.....	4 —
				Idem de Bolivia.....	1,5 —
				Idem de Paraguay.....	300.000
				Idem de Uruguay.....	700.000

Aunque he querido prescindir de los diferentes datos referentes á los Estados Unidos, que se encuentran en multitud de partes, no dejaré de notar que su población ascendía en 1890 á cerca de 63.000.000 de habitantes. Su constitución política de 1787 se ha mantenido hasta el presente, y en cuanto á las demás naciones americanas, no siendo posible especificar brevemente sus constantes cambios, he creído preferible formar el adjunto cuadro de las Constituciones políticas vigentes en los Estados americanos, con indicación de las fechas de modificaciones esenciales (1):

Bolivia.....	1879-80
Brasil.....	1891
Chile.....	1833-71-73-74
Colombia.....	1886
Costa Rica.....	1871-82-86-88
Ecuador.....	1830-84
Guatemala.....	1879-85
Honduras.....	1880
Méjico.....	1857-73-74-78-82 83-84-86-87-90
Nicaragua.....	
Paraguay.....	1858
Perú.....	1870
Argentina.....	1860-79
Salvador.....	1862-66
Uruguay.....	1864-86-88
Venezuela.....	1829
	1893

Los comentarios á que se prestan esos datos son demasiado elocuentes para que necesite decir una palabra sobre ellos, aunque ahora, lo mismo que en el cuadro anterior, me esté prohibido emprenderlos, porque á poco que me detuviese crecerían las dimensiones de esta conferencia, cuyo término tal vez desearéis y por mi parte os aseguro que yo también lo deseo. No dejaré, sin embargo, de llamar vuestra atención sobre la circunstancia de que ninguna de las Repúblicas americanas conserva el Código fundamental con el cual se constituyó. Y menos mal si ese cambio respondi-

(1) Estos datos pertenecen á la obra del Sr. Posada, *Guía del Derecho constitucional*, Madrid, 1895, págs. 122 á 128.

ra á la índole provisional de la constitución primitiva, requiriéndose su reemplazo por otra que fuese llevada á cumplido término con todo sosiego y discreción, ó por lo menos, si el cambio obedeciese á la modificación histórico-política que impone la ecuación del tiempo; mas el plazo transcurrido desde la emancipación no es lo suficientemente considerable para justificar esa disculpa, ni puede tampoco esgrimirse la anterior, cuando se repara que las renovaciones siempre han sido varias y alcanzan en alguna hasta la décimosexta tentativa. Con eso y con todo, lo más sensible, lo más lamentable es que las variaciones han costado graves y sangrientas revueltas, manteniendo en perpetuo estado de agitación todos los elementos del país, desencadenando las pasiones, originando frecuentes dictaduras y abusos de fuerza, velando la imagen de la ley, y en suma, quebrantando todos los recursos materiales y morales de la nación, ó lo que es peor, esterilizando el desarrollo de cuantos factores se encuentran anulados por la guerra permanente, de manera que resultan al cabo inútiles para la prosperidad pública.

No debo, ni puedo, ni quiero extenderme en ninguna clase de razonamientos; pero la realización prematura de la independencia colonial continental hispano-americana no solamente ha resultado comprobada *à posteriori* mediante la incapacidad política manifestada por todas esas naciones, sino que puedo citar numerosas opiniones, contestes todas ellas en que nuestros Estados americanos en 1808 no pretendían ni aspiraban á su emancipación. Nótanse autoridades tan divergentes como D. José Antonio Saco (1), el historiador Torrente, el Conde de Toreno y D. Jacobo de la Pezuela (2), y á poco que me esforzase no dejaría de poder citar algunos autores extranjeros.

La agitada y tempestuosa marcha de las Repúblicas sud-americanas no necesita tampoco más comprobaciones, y aunque yo no deduzco de ello sombrías presunciones para lo

(1) *Colección póstuma de papeles científicos, históricos y políticos sobre la Isla de Cuba*, 1881, págs. 36, 37, 216 y otras.

(2) La obra de Torrente ya ha sido citada. La de Toreno es bien conocida. La de D. Jacobo de la Pezuela es la *Historia de la Isla de Cuba*.

futuro, sino muy al contrario, el hecho innegable por lo que atañe á los tiempos presentes es que así han patentizado su inexperiencia y falta de viabilidad política, confirmando lo impremeditado de su emancipación. Al propio tiempo, como han podido notarse los efectos opuestos en la agrupación de las colonias inglesas, independientizadas á fines del siglo pasado, se concluye que, no rindiendo culto á un platonismo ultrarromántico, sino tomando en cuenta las condiciones positivas de la realización histórica, hallamos una verdadera antítesis entre el acierto constitutivo-político del sobreggrupo del Norte de América (Estados Unidos) y el apresuramiento inoportuno de las restantes naciones de origen hispano.

IV

No creo que pueda tachármeme de parcial ó apasionado. En todas las consideraciones precedentes he procurado ensalzar aquello que era digno de loa, y sin detenerme tampoco en la censura, preterir todo cuanto aparecía en condiciones desfavorables de comparación.

En el sucesivo desarrollo que presentan los dos grupos étnicos repobladores de la América (uno el inglés y otro el ibero) he procurado apresurar el recorrido, de modo que ahora nos encontramos llegado el momento de examinar en ambos la fisonomía del presente momento histórico.

En el primero, esto es, en el tronco inglés, no hemos de atender más que á una sola agrupación nacional, siquier sea un tanto informe: los Estados Unidos. En el otro, aunque las formas nacionales son múltiples, no será difícil reducirlas á un denominador común.

De pasada solamente, y por no dejar incompleto ese punto, recordemos lo que se observa en cuanto á los resultados antropológicos, ó mejor diríamos morfológicos, quedándonos para después las manifestaciones psíquicas y morales por ende.

En lo que atañe á los elementos materiales y al desarrollo de toda fuente de actividad y riqueza, los Estados Unidos

han aprovechado el siglo que cuentan de existencia para realizar toda clase de progresos, rayando algunos en lo maravilloso, principalmente en cuanto se relaciona con la industria y sus diversas aplicaciones. Por dicha para mí, está reciente, y aún vibra en vuestros oídos, la conferencia del Sr. Concás. Sus descripciones amenas, sus consideraciones oportunísimas, el gracejo con que supo fijar los rasgos característicos, ó más propiamente diríamos la silueta norteamericana, me permiten suprimir la reseña que hubiera consagrado á este punto, y vosotros ganáis considerablemente en el cambio. Voy, no obstante, á sentar por mi cuenta la impresión de conjunto que me produjera esa pintura, confirmando una vez más mi anterior concepto, y debo hacerlo, no por un vano alarde de reiteraros malamente lo que os dijo nuestro compañero con galanura y elocuencia, sino porque, constituyendo las tales concepciones el primer miembro de mi comparación, resúltame imprescindible fijar por mí mismo la correspondiente silueta.

La brillante República de la Unión, á pesar de su esplendor y riqueza, á despecho de su admirable panorama fabril é industrial, á vuelta de su vertiginoso desarrollo y de su incessante progreso, carece en absoluto de factores espirituales. No hay familia, y por lo tanto, ni se concibe, ni se siente, ni se piensa en la dulce poesía de la intimidad doméstica que bellamente nos pintaba el Sr. Concás, agrupando todos los miembros de aquélla en derredor de la poética figura de la mujer cristiana, esposa y madre, capaz de llegar al heroísmo en ambos papeles. Como consecuencia de eso, substituído el firme alcázar del hogar, que alienta los corazones, vivifica las conciencias y engendra la mutualidad y penetración de todos, por una especie de castillo de naipes, cuya efímera consistencia está á merced del más leve soplo de viento, el sentido moral desaparece, y desapareciendo el sentido moral, claro es que no puede encontrarse la *moral privada*. Mucho menos indagaréis la existencia de la *moral pública*, porque me atrevería á demostraros lo que, pensando mejor, he debido considerar ocioso, pues no dejaréis de compartir mi creencia, con arreglo á la cual podrá ofrecerse el

caso de un país, una nacionalidad cualquiera, donde exista severa *moral privada* y gran laxitud en el prestigio y conservación de la *moralidad pública* (como sucede, verbigracia, en España); podrá ocurrir el supuesto de encontrarse un tanto relajada (nunca perdida en absoluto) la susodicha *moral privada*, elevándose á un grado considerable el culto por la *moral pública* (tal y como estamos viendo que acontece en Francia)... pero lo que es completamente imposible, lo que no puede ser concebido, lo que niego en absoluto, es que, *muerto el sentido moral*, alcancen ningún aliento de vida esas fuerzas sociológicas que se denominan *moral privada* y *moral pública*. Y ahora, señores, una agrupación social que carece de esos factores, que tiene como único móvil el interés más burdo y descarnado, que no profesa otro culto que el dios «Dollar», á pesar de sus aparatosas exhibiciones religiosas... ¿necesitaré anunciaros cuán tenebrosas lontananzas deja adivinar? Stuart Mill lo ha dicho: «El valor de un Estado no es otra cosa que el valor de los individuos que lo componen», y no quisiera añadir una palabra más si no fuese porque deseo rechazar el apoyo de un individualista exagerado, ya que, afortunadamente, no tiene el individualismo muchos secuaces entre nosotros. Admitamos, siquier sea en hipótesis, que para el exacto conocimiento del conjunto carece de insignificación la deficiencia de los componentes individuales. No podrá negárseme, á pesar de todo, que los Estados Unidos, atendida su constitución molecular administrativa, sólo presentan hoy por hoy un tipo de equilibrio inestable dentro de la estática política.

Pues bien, señores, oíldo con atención, porque no soy yo quien lo dice, es un sabio, el P. Didón: «Ninguna vida nacional es posible si no se apoya en un gran ideal que cumplir» (1). ¿Sabéis por qué? Porque es preciso darle ese alimento al *patriotismo* que, según la expresión de ese mismo autor ilustre, es algo más que una pasión, es el alma de un pueblo. No temo equivocarme así, al deciros que los Estados Unidos no tienen alma ni pueden tener patriotismo, ni aun

(1) *Les allemands*, págs. 277 y 286.

quiera les está permitido alegar suficientes argumentos para ser considerados como *nación*. Creo, por tanto, más que posible, sumamente probable, el advenimiento de un día no lejano, en el cual los yankees repitan aquel célebre verso de Núñez de Arce, afirmando no tienen

«ni esperanza, ni fe, ni patria apenas» (1).

V

Triste y elocuente había de resultar la pintura del actualismo material y político de las naciones hispano-americanas. Sus guerras constantes, de las cuales puede repetirse lo propio que decía Mellen Chamberlain (2); sus deficientes modalidades políticas, que dan lugar al empeño y desarrollo de toda clase de contiendas meramente personales; su ilustración general, bastante atrasada en su nivel medio, cosa que no puede compensarse con el adelanto sobresaliente de alguna personalidad excepcional; la escasez de población, que obliga á admitir y aun reclamar los elementos emigrantes, sin poner reparo á su linaje múltiple, y no siempre conveniente desde el punto de vista político y social, y por último, los recelos constantes y demasiado exagerados que demuestran en todos sus episodios, así interiores como exteriores, recabando en el primer caso su teórica libertad política y en el segundo su independencia autónoma; constituyen lamentable caracterización en la cual predomina un individualismo nacional llevado hasta la hipérbole y antitético casi, del singenismo necesario en el grupo ibero, si ha de equilibrar el que vimos existía entre los anglo-sajones. Por el contrario, nótase de tal modo la ausencia de ese sentimiento de conservación, que las unidades nacionales formadas á raíz de la separación de la metrópoli, en vez de

(1) Elegía á la muerte de Ríos Rosas.

(2) ...que no debía olvidarse que las guerras de emancipación americanas fueron en rigor guerras civiles...

mantenerse incólumes, ya que no tender á la confederación sucesiva y proporcionada, dividiéronse y subdividiéronse en entidades políticas más y más pequeñas, y mejor diría diminutas.

Los elementos descriptivos del cuadro que había de arrojar nos la impresión general susodicha están en la conciencia de todos, y en la retina de muchos de tal modo, que en obsequio á la brevedad puedo omitir la tarea meramente descriptiva, pasando á la deductiva, que tanto nos interesa.

Bien sea que obtuviéramos una colección de bocetos correspondientes á las distintas naciones, bien fuera que en un cuadro general tratase de incluir todo el aspecto de conjunto que pueden ofrecernos los Estados principales correspondientes al tronco ibero, siempre veremos destacarse dos graves inconvenientes, á saber: la situación de guerra continuada en que se encuentran, y la falta absoluta de unión, no sólo entre los Estados, sino entre las comarcas, entre las localidades, entre las corporaciones y asociaciones, entre los grupos y entre los mismos individuos.

Tal y como los he indicado, esos dos relevantes inconvenientes resultan al cabo y á la postre refundidos en uno, pues es claro que la falta de unión, seguida de antagonismo, produce el rompimiento, y entre ciertas aglomeraciones da lugar á la contienda armada, ó sea la guerra. Abogar por la paz viene á ser, en último resultado, abogar por la armonía y por la unión, y recíprocamente preconizar la unión necesaria; la armonía, reinando entre los diversos elementos, vale tanto como proscribir la guerra, cuya negación é imposibilidad resulta patente.

Hablemos, pues, de la guerra, ya que de un modo ó de otro se nos aparece en primer término y merece todos los honores de nuestra discusión y razonamiento.

En cualquier problema en que tuviera que examinar el fenómeno comenzaría seguramente por estatuir la diversificación de concepto entre la *guerra civil* y la *internacional*; pero aquí, y desde el punto de vista filosófico, resulta ociosa semejante distinción. La guerra, según la define nuestro

Villamartín (1), es el choque material de las fuerzas destructoras de que disponen dos poderes sociales que se hallan en oposición de intereses. Así, pues, no añade nueva significación la circunstancia de que esos dos poderes representen dos fracciones ó dos entidades nacionales, máxime cuando la delimitación de esas últimas, muy lejos de hallarse clara y distintamente marcada, atraviesa un período embrionario y correspondiente á su historia reciente y á su falta de tradiciones.

Sobre los desastrosos efectos de la guerra muy poco podría añadir á las variadas citas que fácilmente se encuentran desde Alfonso X hasta Adam Smith, omitiendo exageraciones de los filántropos y soñadores.

No obstante, en la apreciación de un fenómeno social hay que evitar cuidadosamente el apasionamiento y la preocupación, contrastando y depurando con calma las opiniones más antagónicas y controvertidas.

No por separarnos de aquellas exageraciones lacrimosas corramos el peligro de acogernos al otro extremo, representado quizás por la frase atribuída con ó sin exactitud al General Conde de Moltke: «La guerra es la fuente de todas las virtudes, y la paz universal es sólo un mito». Sin glorificar ciegamente ese concepto, no hay que negar tampoco que la guerra, á vuelta de sus tremendos males, de sus desastrosas consecuencias, de sus sangrientos rastros, ocasiona el ejercicio de múltiples virtudes engendradas por la misma índole perturbadora del fenómeno.

Un célebre y antiguo autor castellano, Cervantes de Salazar, en el *Diálogo de la dignidad del hombre*, dice: «...Con la guerra, los hombres deprenen á menospreciar la vida y sus deleites, cuyo deseo los acobarda mucho y los hace emprender cosas en que viven deshonorados. También se deprende de ella á tener en poco la fortuna próspera y la adversa, porque el que hoy captiva al otro, mañana es captivo él mismo. Enseña á los hombres á ser agradecidos y á estimar las cosas en lo que son. *El que la guerra quitara de entre los*

(1) *Nociones de arte militar*, edición de 1862, pág. 8, capítulo I.

hombres, quitara la causa de muchas virtudes, porque ella hace á los hombres amigos del trabajo, para el cual nacieron, y emplearse de tal manera en hazañas ilustres que sean ejemplo de emulación á otros y gloria á sí mismos».

Otro autor moderno, Burnet-Tylor, en su trabajo *La sociedad primitiva* (1), escribe: «La guerra ha sido siempre admirable escuela de virtudes viriles de firmeza y de valor... ha transformado débiles y desunidos clanes en naciones fuertes y ha contribuído á la organización de gobiernos regulares. *Ahora bien, esta eficacia la ha conservado».*

No quiero multiplicar las citas, hartamente abundantes, para representar esos mismos conceptos ú otros análogos. Siempre vendremos á parar en la deducción de que los males producidos por la guerra déjense sentir principalmente en el orden material, en tanto que el esfuerzo de continuada tensión representado por su sostenimiento y el ejercicio permanente á que da lugar, fomenta, desarrolla, proporciona la acción y empleo de los resortes morales más exquisitos y por ende el cultivo y manifestación de sentimientos altruistas y de virtudes heroicas reveladoras de una potencial psíquica admirable y hermosa.

¿Adónde voy á parar? No es difícil adivinarlo. Por más que las revueltas bélicas, que constantemente se desarrollan en las naciones ibero-americanas, impriman terrible sello en el proceso de sus factores materiales; por más que estorben y aniquilen la producción y fomento de los veneros de la riqueza pública; por más que la representación del actualismo material y los desenvolvimientos normales de toda suerte de elementos sufran el perjuicio directo ó derivado de esas luchas armadas, no debe olvidarse que las tales contiendas originan las superiores manifestaciones psicológicas á que vengo aludiendo.

Tenemos así, pues, la gestación multiplicada de todas las virtudes latentes en nuestro grupo étnico, nunca extinguidas, sean cuales sean los países y latitudes en que florezca.

Concretaré.

(1) *La Sociedad primitiva*, pág. 146.—Madrid, 1893

La prematura emancipación histórica, la imperfecta constitución política, los recelos excesivos que, si denotan como objeto aparente la libertad y autonomía, sólo responden á un sentimiento de individualismo nacional exagerado, han convertido en un modo de ser permanente la serie de colisiones constitutivas, cuyos efectos materiales deletéreos, apareciendo, ya en una, ya en otras comarcas, sirven á su vez para exteriorizar en todas la potencial psíquica tan exuberante y propia de nuestra raza.

Sí; es desconsolador que la ambición personal de un caudillo guerrillero, aunque animado de buenos deseos, ó la divergencia meramente particular de dos jefes de fracción ó el antagonismo de dos grupos cualesquiera, fundado en cuestiones de escasa cuantía y totalmente ajenas á los intereses del país, llegue á arrastrar los hombres á la contienda armada, ensangrentando durante algún tiempo su nación.

El hecho en sí acusa una inferioridad política á todas luces manifiesta; pero la medalla no carece de reverso. En nuestros países adelantados (desde el punto de vista político) nadie niega su admiración á una idea, aunque se halle muy distanciado de ella, cuando observa que tiene virtualidad suficiente para arrastrar las masas al combate. Pues bien, eso mismo estamos contemplando diariamente en las revueltas sudamericanas, no ya en obsequio de una idea, sino de un hombre, de una personalidad cualquiera más ó menos digna de semejante sacrificio.

Y no se me replique que la gran masa de los partidarios combatientes se reclutan entre las masas ignorantes, porque, además de que eso no destruye los argumentos generales, no puede ocultarse á nadie que entre los jefes, oficiales y caudillos de todo linaje abundarán personas de no común instrucción, las cuales exponen su vida no menos que las otras, ni tampoco con menor dosis de entusiasmo. Eso último, *el entusiasmo* llevado á un extremo artificioso si se quiere, pero no menos real, constituye el primero é indispensable resorte de aquellas empresas; *el entusiasmo* de que tanta falta se nota en nuestras escépticas naciones de la vieja Europa, incapaces ya de reanimarse por nada ni por nadie. Y

ese entusiasmo aquí tan escaso, allí se derrocha y se malgasta en asuntos que apenas lo requieren, se lleva al último grado de exaltación, exponiendo y jugándose la vida y cristalizándose bajo las diversas formas de «adhesión», «abnegación» y «sacrificio» con su cortejo obligado de privaciones, pruebas, sufrimiento, etc., etc. ¿Y luego? ¿Es menos cierto que, según el testimonio apuntado de autores eminentes, á la sombra y amparo de la función guerrera surgen la «generosidad», el desprecio de los bienes materiales», el «valor» y el «heroísmo» hasta el «conocimiento de los hombres», la «hidalguía» y «nobleza», el «ejercicio del mando» y, sobre todo, la «ambición pura», la ambición de honores, la embriaguez de gloria y no el vil hartazgo de oro y riquezas?... Los pueblos que tal hacen, los pueblos que así proceden, los pueblos que descuidan y desprecian sus mejoras materiales, exponiendo en cambio las vidas y haciendas de sus hijos en las colisiones frecuentes, que sólo obedecen á los móviles de entusiasmo personal ó del amor de la gloria, anteponiendo á todo la aspiración de dejar un rastro, siquiera sea modesto, en las páginas históricas, esos pueblos estarán hoy, confieso sin duda, en plena indigencia, podrán ser compadecidos á primera vista; pero no, no caerá de ningún modo negármeme que poseen enormes fuerzas latentes, viéndoselas resurgir por los variados cráteres de los acontecimientos al modo y manera que el subsuelo de los territorios volcánicos, constantemente agitado por las fuerzas interiores, engendra las manifestaciones de múltiples fenómenos seísmicos. Las naciones americanas de origen ibero disponen cabalmente de los resortes morales que tanto echamos de menos en Europa, que tanto escasean en los Estados Unidos, y acaso esa superabundancia de potencial psicológica es la que produce con sus fatales desahogos la situación de guerra perenne que venimos deplorando.

Para resumir y terminar este punto: las incesantes revueltas armadas, de que son víctimas esas naciones hijas nuestras, patentizan una vez más su imperfección política y por ende su emancipación prematura; pero al propio tiempo acusan la existencia abundosa de sentimientos levantados, de

anhelos de gloria, de ímpetus valientes que encierran el germen de un porvenir espléndido, haciendo presagiar futuros días de arrogante historia, cuando los desbordamientos de lo que hoy constituye su dinamismo potencial, debidamente encauzado, se transforme en actuación total y efectiva.

VI

En todo lo que hasta aquí va dicho no he discurrido sobre el *porvenir* sino entresacando los datos del *presente* y del *pasado*, que hubieran de contribuir á fijar el futuro. Sin embargo, veo llegado el momento en el cual es forzoso decir algo acerca del desarrollo probable de los acontecimientos venideros.

Sucede en los núcleos políticos, históricos ó sociológicos una cosa parecida á la que se verifica en las formaciones cósmicas: en ellas, los centros de atracción que se condensan más brevemente, en comparación de otros, se enfrían también con mayor rapidez, y en resolución, ofrecen todo el proceso de su vitalidad sumamente adelantado con respecto á los otros susodichos núcleos ó centros de atracción que, por cualquier motivo físico ó mecánico, han presentado más lentitud en el desarrollo de sus fases cosmogónicas. Así, pongo por caso, partiendo de las teorías de Laplace y apoyándose en los estudios geológicos observados en nuestro esferoide, hay motivos para conjeturar que los mundos planetarios, en los que surgió primeramente la vida orgánica, y ésta se ha desenvuelto más pronto que en el nuestro, se hallan hoy decrepitos ó desprovistos de vida, y notaríamos, en cambio, que los que han tardado más, y en algunos quizás no se ha presentado, tienen también delante no sólo un período más lejano en absoluto, sino aun comparativamente mucho más extenso.

De tal manera, si la luna, verbigracia, es hoy un astro muerto, ó al menos un astro en el cual faltan las manifestaciones de la vida orgánica, como nosotros la entendemos, el sol constituye un mundo, el cual todavía no ha comenzado á

vivir, siempre manteniéndonos en el propio concepto y sin que pueda reprocharse nada á semejantes teorías, pues las vemos reconocidas y aceptadas en la última reciente obra del Cardenal González (1). Aceptando el símil veremos que las condensaciones políticas son tanto más efímeras, tanto más débiles, aunque las veamos muy aparatosas, cuanto más rápido y sorprendente sea su crecimiento y desarrollo, cuanto más esplendorosa é improvisada sea su organización y viabilidad.

Á la inversa, en historia y en política, lo mismo que en cosmogonía, los núcleos de formación más pausada y difícil son los que á la postre adquieren más solidez y mejores garantías de vida, son los que, habiendo templado su organismo funcional mediante sucesivas pruebas más ó menos duras, llegan á cimentar sus entidades orgánicas con toda la solidez adecuada para ejercer verdadero y real influjo en la ecuación histórica de la humanidad. Y es tan cierto eso que, sin gran trabajo y contrayéndome á nuestra patria, podría determinar más de un ejemplo, que, no obstante, ahorro sacrificándolo á la brevedad, cada instante más precisa en este trabajo.

Al emanciparse las colonias inglesas tuvieron el sentido práctico, ó si se quiere la intuición política, de confederarse en una especie de agrupación casi nacional, conservándola hasta nuestros días. Reparemos que esa situación cuenta en primer lugar con lo que pudiéramos llamar INERCIA POLÍTICA, porque, exceptuando la «guerra de secesión», no se ha encontrado enfrente de ninguna fuerza rápida capaz de destruir inesperadamente el estado de cosas anterior. Los Estados Unidos, aislados geográficamente entre dos grandes mares, sin abrigar recelos por las comarcas vecinas del Norte, que no se hallan en situación política de inspirárselo, presumiendo otro tanto en lo que concierne á la hermosa nación meridional confinante, habiendo logrado hasta el presente apartar los tropiezos que encontraron en su camino, con esfuerzos tan pequeños como los representados por los episodios

(1) *La Biblia y la ciencia*, tomo I, págs. 279 y siguientes.

de Tejas y La Florida, contemplándose todavía lo suficientemente lejos de Europa para la inminencia del choque que ya se adivina en la esfera científica (1), representan un caso que sin cometer impropiedad he calificado como de equilibrio inestable dentro de la estática política. ¿Debe imaginarse la prolongación absoluta de ese estado de cosas? ¿Cuál será el factor suficientemente poderoso encargado de interrumpirlo?

Respecto á la primera pregunta no caben vacilaciones. Es delirio suponer la prolongación indefinida ni aun siquiera continuada fuera de ciertos límites modestos de aquel equilibrio político favorecido por la inercia histórica. En lo que concierne á la parte segunda de la cuestión, es bien difícil aventurar indicaciones muy asistidas por los argumentos de probabilidad más ó menos mediata. Aun cuando Europa se va percatando de la necesidad de oponerse á las pretensiones absorbentes aducidas por la potencia que quiere arrogarse la representación total de la América, no se halla con todo el conflicto bastante adelantado, pues si se vislumbra, ó mejor, se adivina, no se han acumulado elementos concretos bastantes para plantear el problema. Conviene no olvidar que, á pesar de los últimos adelantos de la industria y de la navegación, los dos continentes se encuentran aún demasiado separados; además, que el Viejo Mundo tiene embargada su atención en una serie de problemas políticos y sociológicos que pudiéramos decir son «de orden interior del continente», los cuales no le permitirán por ahora dedicar su atención fácilmente al otro.

Cierto que la probabilidad y simpatía que cuidadosamente cultivan los yankees en la colonia septentrional del imperio británico, «El Canadá», no responde muy satisfactoriamente á sus anhelos si se ha de juzgar por demostraciones bien recientes. La tentativa de fomentar el territorio de Alaska quizás para estrechar en una especie de envolvente geográfica el aludido «Canadá» tampoco se ha visto coronada por el

(1) La oposición fatal y futura entre Europa y América se halla hermosamente predicha por Gumplowicz, *Lucha de razas*, págs. 460 á 61

éxito; pero con eso y con todo, la superioridad territorial numérica y material de los Estados de la Unión continúa demasiado manifiesta para que no pueda estimarse prudencial la inminencia del empuje por ese lado.

Por último, en la vecindad meridional ya he dicho que se presumen tan libres de recelos como en el Norte. Empero no ya por lo que me suministra mi intuición puramente personal, sino por algunos otros razonamientos que no tardaré en exponer, me atrevo á profetizar que por esa parte del Mediodía es, repitiendo una conocidísima frase, «por donde viene la muerte». Por cierto que no he querido aludir á los factores descomponentes que procedan del interior en la gran república, y no ha sido porque no existan en absoluto, sino porque discurriendo con la imparcialidad que me he propuesto no debo, hoy por hoy, otorgarles la consideración de factores exclusivos; mas tampoco convendría olvidar completamente su existencia, porque en el punto y hora de la conflagración lograrían adicionar su eficacia directa ó indirecta con la ejercida por los elementos determinantes. Y no se piense, como ya otras veces he indicado, que trato de fantasear, no; esos factores internos existen, por ejemplo, en la *enemiga*, no enteramente apagada, de los *Estados del Sur*; en la diversidad de procedencias nacionales, y por ende diversidad de caracteres, de aspiraciones, de sentimientos y hasta de ideales en ciertos territorios, que sólo forzadamente se ven incluídos en el pabellón estrellado; y últimamente, en la formidable cuestión social, que allí representa un movimiento más terrible que en ninguna otra parte, pues las naciones europeas cuentan para contrarrestarlo con los efluvios del patriotismo, casi desconocido, ó por lo menos entendido de distinta manera, en la República de la Unión.

Volvamos la vista á las naciones hispano-americanas, y convendremos en que la señal, el síntoma satisfactorio que hemos deducido de la abundancia de sus guerras, dejaría de ser tal si el período de disturbios continuase indefinidamente. No hay que temer tal cosa. Ya Gumplowicz lo dice muy expresivamente (1): «Cuando dos comunidades étnicas y so-

(1) Véase *Lucha de razas*, pág. 222.

ciales se reconocen como de un linaje igual, se verifica siempre una alianza». No se piense que estoy reducido á esa sola cita, pero me parece bastante concluyente para necesitar reforzarla. La alianza, la federación vendrá, como vendrá el sosiego y el apaciguamiento de las aficiones guerreras, que tanto se derrochan hoy. Entonces, á poco que reflexionen las repúblicas sudamericanas, habrán de convenir en que un alto sentido político dictó la frase siguiente del Sr. Pi y Margall: «Derribar y no levantar vallas debe ser el fin de la política» (1), por lo menos, me permito añadir, en cuanto se refiera á pueblos de un mismo origen étnico y de una misma familia. Por otra parte, uno de los riesgos que corren nuestros actualismos políticos consiste en el mal estar engendrado por la no resolución de los problemas sociales, y precisamente por este camino también se va á parar á las grandes confederaciones. «La federación—dice Novicow—es el verdadero remedio á los males de nuestras sociedades» (2). Es claro que la federación universal constituiría algo así como un término ideal del problema; pero no es cuerdo entregarnos á exagerados delirios, y basta, á mi ver, con que nos detengamos en los términos de aproximación posible de los grupos que tienen condiciones de mancomunidad en su origen, lengua, costumbres y sobre todo y principalmente *sentimientos*. Esta última condicional, tan censurada y rechazada hace poco, va recobrando su preeminencia, en concepto de los más eminentes políticos y filósofos modernos. El mismo Novicow antes citado, en otra de sus obras más recientes, se expresa así (3): «El sentimiento es la más elevada manifestación del alma humana; es el punto culminante de nuestra actividad física; el motor principal de todas nuestras acciones. Todo procede de él y todo converge hacia él...»

Tiempo era ya de que se nos hiciese justicia resaltando el exquisito valor de los grandes grupos étnicos que goza-

(1) *Las nacionalidades*, pág. 78.

(2) *Les gaspillages*, pág. 300.

(3) *Les luttes entre sociétés humaines*, pág. 56.

mos la superabundancia de ese factor, tanto más cuanto que constituyera hasta hoy un delito ó una rémora de perfección social. Fácil es percatarse así que la preponderancia futura americana se halla prometida al conjunto político que posee abundantemente esa cualidad exquisita, y que dispondrá de la fuerza cuando el equilibrio, tantas veces suspirado, reconcentre y utilice esas energías, que hoy se derrochan, proyectando fructuosamente sus aplicaciones, mediante un singenismo federativo, donde lo requieran las grandes luchas del futuro. Concluyamos, que ya va siendo hora de poner coto á estos esbozos, tan hondamente sentidos como medianamente presentados.

En términos generales, se barrunta, sin más que lo dicho, el advenimiento inicial de la federación ibero-americana; así no parecerá extraño que al referirme á los confines de los Estados Unidos con Méjico, me atreviese á aventurar que *por aquella parte* sería posiblemente donde se produjese la explosión. Y á las múltiples consideraciones que estoy viendo acudir á la mente de mis lectores, debo añadir la honda é incurable herida que aún sienten los mejicanos por la pérdida de California. Es de tal profundidad, que su participación en la lucha representaría no sólo la porción alícuota de la raza confederada, sino un desquite de personales agravios, llamando aquí personal al concepto de nación.

Indicado muy á la ligera el aspecto y significación de los brillantes panoramas que desde el punto de vista industrial y material ofrecen hoy los Estados Unidos; analizada también con términos someros la casi constante agitación que impera en las naciones americanas de origen hispano, así como los fatales efectos que produce en el presente; pero los notables y exquisitos factores que para el futuro permite vislumbrar mediante la conversión de lo que hoy es *dinamismo potencial* en *energías actuantes*; y explicada, siempre con la brevedad perentoria, la necesidad de un singenismo federativo que surgirá en oposición y equilibrio al que ya patentiza el grupo anglo-sajón (1), y confiando al buen juicio de mis compa-

(1) No me canso de recomendar para el estudio de esos sentimientos ins-

triotas de raza el lento pero seguro desarrollo de semejante proceso, tan preciso como venturoso, no puedo concluir sin dedicar unas cuantas palabras al papel importante que en esa función nos corresponde, que nos está reservado por juro de heredad, supuesta nuestra condición de progenitores de las componentes nacionalidades; y en concepto de tal, especie de tradición común que las sirve de vértice, asignándonos la imagen representativa que ofrece el eje de cristalización el núcleo, el centro atractivo de la evolución singenética.

Todo concurre á señalarnos ese papel futuro tan brillante, moralmente hablando, como desprovisto de toda suerte de interés material. Importa mucho que no se aparte esa consideración de la conciencia de nuestros hombres de Estado presentes y futuros, porque prescindiendo del desdichado episodio de la guerra actual, cuya pronta terminación unánimemente deseamos todos, es fácil observar que aquellos pueblos borran de día en día sus injustificados enconos y retrotraen sus cariñosos recuerdos á las páginas de nutrida gloria que les hemos legado, á los factores espirituales que recibieron de nosotros, de los cuales tanto se envanecen, y, por fin, de los antecesores literarios cuyas huellas orgullosamente siguen, como si se hubieran propuesto consagrar aquellos versos del Duque de Frías (1):

«Al arrojar el áncora pesada
en las playas de antípodas distantes,
verá la Cruz del Gólgota plantada
y escuchará la lengua de Cervantes.

.....
.....

Pensando en América debemos descartar, pues, toda clase de engrandecimiento material, que podremos buscar y encontrar en otra parte del mundo; pero, en cambio, sirviéndonos de fiador ese nuestro propio desinterés, no me cansaré de repetir cuán maravillosas etapas recorrerá nuestra in-

tintivos, de estas uniones, de estas amalgamas, la obra de Gumplowicz en los capítulos XXXVII, XXXVIII y XXXIX.

(1) Oda *Á las nobles artes*.

fluencia creciente, hasta erguirse como cabeza visible y tradicional de esa poderosa amalgama de pueblos, hijos nuestros, muy capaces, no ya de ejercer la hegemonía americana con pleno derecho, sino de extender y dilatar esa propia influencia hispana, ibera y latina por todos los ámbitos del universo civilizado.

Señores, es tal la fe que tengo en el porvenir de nuestra raza, en su virtualidad plástica moral, que no considerándome digno de cerrar esta conferencia con frases mías, me permitiréis tomarlas del más poeta de nuestros prosistas, el Sr. Castelar (1):

«América (2) está pidiendo á nuestra voz y á nuestra palabra que representemos sus derechos en los consejos de Europa.

» América no nos quiere cuando aparecemos á sus ojos como restauradores de instituciones que allí son imposibles, ó pretendiendo negar sucesos y encadenamientos providenciales; pero nos bendice cuando aparecemos ante sus ojos como hermanos é hijos de la misma raza, como nobles continuadores por la libertad y la fraternidad de su antigua civilización española.»

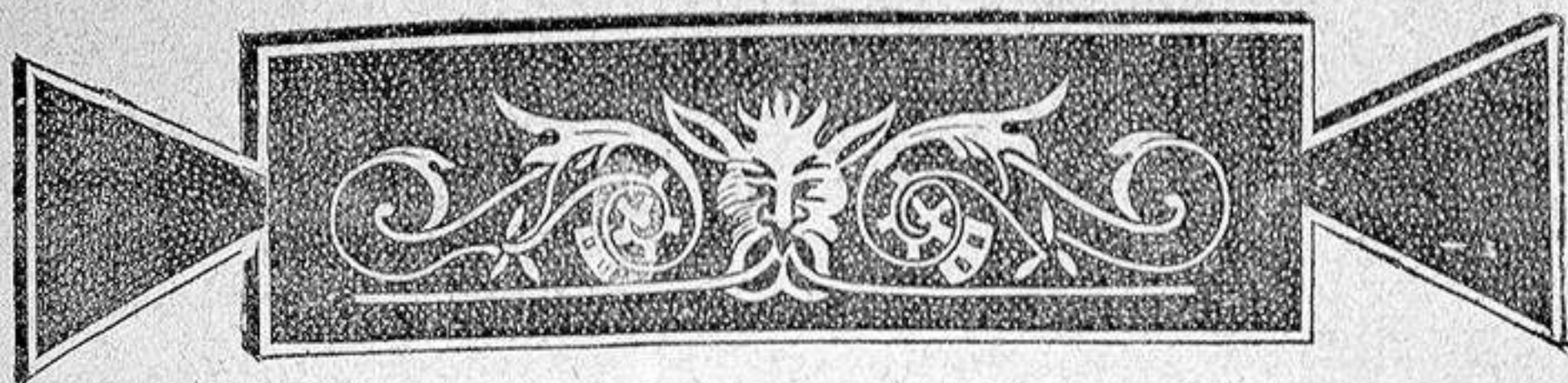
He concluído.

LEOPOLDO BARRIOS.

(1) *Cuestiones políticas y sociales.*

(2) Es claro que con la palabra América se alude exclusivamente aquí á la porción continental hija nuestra.





¿.....?

SONETO (1)

Á GONZALO DE CASTRO

¿De dónde viene el mal? ¡Quién adivina
el negro abismo en que su esencia toma!
¡Incendiada por él contempla á Roma
el César loco que engendró Agripina!

¿De dónde emana el bien? ¿Dónde germina
la pura flor que la existencia aroma?
¡El dulce Nazareno se desploma
muerto en los brazos de la cruz divina!

Si el instinto brutal logra la valla
romper de la conciencia, cuando estalla
la tempestad en el cerebro humano,

y un principio inmortal todo lo crea,
¿quién puso en manos de Nerón la tea?
¿quién en la cruz al Redentor cristiano?

ARTURO REYES.

(1) Del hermoso libro titulado *Desde el surco*.—(N. de la R.)



MEDINA LA DEL CAMPO (1)

IV

Y dada ya idea de lo que es y de lo que fué Medina, voy á tratar de su castillo de La Mota, que adrede dejé para lo último.

El castillo de La Mota, que ha sido ciudadela y baluarte de Medina, fué opulenta morada de monarcas castellanos y alcázar y palacio de los Reyes Católicos.

No puede darse origen más alto ni más glorioso en lo pasado; pero no puede haber tristeza mayor que la suya, ni mayor miseria, ni más gran vergüenza en lo presente.

Todavía, por lo que toca á su exterior, se alza orgulloso disimulando su desastre. Todavía sus torreones y muros, con su gallarda torre del homenaje, proyectan sobre el campo la misma grandiosa sombra que en él vienen dibujando desde hace siglos.

El camino que va al cementerio de la ciudad es el que hoy conduce á la mansión que fué de nuestros reyes. Ninguno, en verdad, más propio para ir á tanto estrago y á desventura tanta.

Es una ruina imponente, como tantas tiene nuestra Es-

(1) Véase la pág. 113 de este tomo.

paña, que es también á su vez una ruina. Pero así y todo, ninguna de esas grandes naciones modernas, en medio de sus magnificencias, inspira tanto respeto, tanto temor y tanto asombro como esta nuestra amantísima España cuando, ceñida con la diadema de sus Césares y rebozada en el manto de sus excelsitudes, se levanta serena por entre sus montones de ruinas, cada una de las cuales constituiría una gloria para un reino.

Sí, es verdad, ya lo sé, en ruina lo tenemos todo: los alcázares majestuosos de nuestros reyes, los palacios artísticos de nuestros municipios, las moradas suntuosas de nuestros próceres, las fábricas grandiosas de nuestros templos, las obras monumentales de nuestras artes. Todo cae, todo se derrumba, todo se hunde; pero hay aquí algo que no se hundirá nunca, el país, es decir, la patria española, que siempre surge viva y cada vez más formidable de entre sus dolores y sus infortunios.

Lo que es España, esto es la torre del homenaje de La Mota irguiéndose soberana sobre tanto estrago, airosa y esbelta, remontándose al cielo, indiferente á las injurias de los tiempos, brava ante la cólera de los huracanes, imponiéndose á las maldades de los hombres. Allí está como memoria de los que fueron y remordimiento para los que viven.

Y á estas reflexiones me iba yo entregando mientras me acercaba al castillo de La Mota, al caer de la tarde, á tiempo que venían por los aires los rugientes clamores de la multitud apiñada en la vecina Plaza de toros.

Se conserva lo que fué verdaderamente alcázar en el centro de los cuatro recintos del castillo, que debió de ser formidable.

Hoy todo está abandonado, en el más lastimoso estado de miseria, en el más infame y criminal olvido, infame por lo ingrato y criminal por lo injusto. Las aves de presa entran allí y anidan por derecho propio, las zarzas con sus púas ganchosas defienden aquel recinto, los arcos se agrietan, las almenas caen, las bóvedas se quiebran, las escaleras se derrumban, los perros salvajes y los animales inmundos vienen á hozar aquella tierra sagrada.

Con verdadero recogimiento y con emoción profunda vi aparecer el desmantelado castillo de La Mota, solitario y triste, sombra ya tan sólo de su pasado, resto imponente de edades que fueron, modelo acabado y primoroso de la arquitectura y arte militar del siglo XV, palacio-alcázar de monarcas castellanos, pero principalmente de los Reyes Católicos, y hoy mísero y desvalido montón de escombros á muy corta distancia de Medina, sobre un recuesto que domina la población y el llano.

Fué una de las más célebres fortalezas de Castilla durante la Edad Media, y competía con los alcázares más famosos, á la par del que más, por lo menos, y dominando á los otros.

Cuatro grandes recintos formaban su conjunto, y ocupaba vasta extensión de terreno, teniendo adelantada una muralla, de la cual, á través de los vecinos campos, se ven asomar aún los ponderosos restos.

Sobre su planta cuadrada, que se hunde muchos metros en ancho foso, se eleva un fuertísimo muro, de gran altura, cerrado en sus ángulos por redondos cubos ó torreones, y teniendo repartidos por el parapeto otros cubos más pequeños, almenados, con esas elegantes saeteras que ofrecen la forma de un globo, es decir, de un mundo coronado por una cruz, que tan frecuentes son y características en las fortalezas medioevales de Castilla.

Emplazado con el adarve de este cuerpo, pero cerrado por una muy ancha calle que á manera de paseo circunda el castillo, se levanta otro formidable muro guarnecido de grandes torres cuadradas defendidas por aspilleras en forma de cruz, arrancándose otras nuevas torrecillas á considerable altura.

Sobre todo este grupo de construcciones se levanta, lanzándose al espacio con desenfado y encumbrándose altanera, como en demanda del cielo, la torre del homenaje, que es una torre albarrana, orlada toda de modillones, flanqueada por ocho torrecillas, que fueron garitas, dos en cada una de sus cuatro esquinas, las cuales le dan monumental aspecto y gran entonación artística. Tienen estas torrecillas

aquella forma especial, sólo á ellas peculiar, que se les daba en la Edad Media, bautizadas con el poético nombre de *nidos de golondrina*.

Existió sin duda en esta torre otro tercer cuerpo, hoy totalmente destruído. Sus restos se mantienen en pie por milagro de equilibrio y amenazan derrumbarse, llevándose tras ellos las airosas torrecillas.

Se penetraba en el castillo por entre dos esbeltas torres. Á una elevación de cuatro metros al menos sobre el foso, se hallaba el puente levadizo que, apoyándose en otro cuerpo aislado intermedio, se unía á la contraescarpa, salvando los doce metros de anchura que parece tener el foso. Como hoy no existen ya ni restos del puente levadizo, el ingreso es imposible, á no ser por escalada. Hoy se entra por un agujero abierto al pie de uno de los cubos de la muralla, y se penetra con no poca dificultad, siendo preciso encorvarse y avanzar poco menos que á rastras, como si dispuesto estuviera por los hados que deban humillarse cuantos penetrar intenten en la que fué mansión de Fernando de Aragón y de Isabel de Castilla, aquel Fernando á quien el gran Lope de Vega llamó *el mejor mozo de España* en su comedia de ese título, y aquella Isabel de quien el mismo y en la misma comedia dijo que no se debía pronunciar su nombre sin descubrirse y *sin hacelle reverencia*.

Sobre el arco del puente levadizo aparecen los blasones de los Reyes Católicos y su divisa del nudo gordiano y las flechas.

Bajo este haz de flechas, esculpido en piedra, se descubrió ha pocos años la cifra en números romanos MCCCCLXXXII, que puede ser la de la última restauración de la fortaleza. Allí están también las armas de Castilla y de León, de Aragón y de Sicilia, la empresa *Tanto monta*, y debajo de ellas, en una cartea, los nombres *Elisabeth-Fernand*.

Otro arco altísimo y muy elegante que asoma tras del de entrada, cerrándose con doble rastrillo, daba ingreso á los aposentos y habitaciones que, según mis cuentas, si no mienten los vestigios, debían de estar alrededor del gran patio de armas.

Desde este patio, convertido hoy en montón de escombros, se alcanza á ver el interior de una habitación abovedada de la torre del homenaje, á la cual ya no se puede subir por haberse derrumbado la escalera que á ella conducía.

También se divisan en una alta galería del lado de Oriente las aristas que se cruzan en la bóveda, unidas por claves historiadas, de una habitación que guarda todas las trazas de haber sido un mirador, y que se supone fué *el peinador de la Reina*, como así es llamada. Allí contiguo estaba, según noticias, el gabinete en la cual dictó Isabel *la Católica* su admirable testamento el 12 de Octubre de 1504, falleciendo allí mismo á fines del siguiente Noviembre.

Queda todavía en el castillo el anchuroso paseo que daba vuelta entre los dos recintos, y quedan las sorprendentes galerías y subterráneos que constituyen en el interior un inacabable laberinto de pasadizos, corredores y estancias, con mucha complicación de escaleras y gran arte militar para la defensa, á más de largas y espaciosas minas que, taladrando el monte, abrían ignoradas sendas por túneles subterráneos, á fin de establecer comunicación fácil con Medina y con puntos lejanos. Todo para ponerse á cubierto de cualquier sorpresa ó rebato.

V

Ya comprenderá el lector que los muros y el castillo de La Mota conservarán recuerdos de sumo interés para la crónica y para la historia, para la leyenda y para el drama.

Uno de los que más honda impresión causan, por las especiales circunstancias del caso, es el que se refiere á la Infanta D.^a Juana.

Fué el suceso en Noviembre de 1503, y es notable por ser aquel en que se revelaron los primeros síntomas de la honda preocupación ó dolencia mental que, más tarde, debía dar á la triste D.^a Juana el calificativo de *la Loca*, apli-

cado tal vez con alguna ligereza por los historiadores de su época.

La Infanta D.^a Juana, hija segunda de los Reyes Católicos, estaba casada con el Archiduque Felipe, hijo del Emperador Maximiliano. Fruto fué de esta unión el que más tarde debía asombrar al mundo y dejar luminoso rastro en la historia con el nombre de Carlos el Emperador, I en España y V en Alemania. Por las desgracias que en su familia tuvieron los Reyes Católicos, por la muerte de su primogénito el Príncipe D. Juan, y luego la de su primera hija la Princesa Isabel y del hijo que ésta tuvo en su enlace con el Rey de Portugal, la sucesión á la corona de España fué á recaer en D.^a Juana, la esposa del Archiduque Felipe.

Vivían los dos en Flandes, donde es fama que Felipe dejaba en triste apartamiento á su esposa, la madre de su hija, para entregarse á frívolos placeres con sus favoritos y concubinas, cuando llamados fueron por los Reyes Católicos, que les apremiaban para venir á España á ser reconocidos por sucesores y á recibir el acostumbrado juramento de fidelidad.

Vinieron al cabo por Enero de 1502, y fueron reconocidos D.^a Juana como futura Reina propietaria y D. Felipe como marido suyo por las Cortes de Castilla primero y después por las de Aragón.

Pero D. Felipe, que andaba mal avenido con el recato y seriedad de las costumbres españolas, amigo de placeres fáciles y continuamente instado por sus favoritos para apresurar su regreso á Flandes, decidió marcharse tan pronto como acabó la ceremonia y jura en Zaragoza. Y así lo efectuó, dejando en España á su esposa D.^a Juana, que le vió partir con profunda pena por estar de él perdidamente enamorada, y causando disgusto sumo á los monarcas españoles, dolorosamente impresionados al considerar la poca ventura que esperaba á su hija en su matrimonio con aquel Príncipe, tan menguado para intereses del Reino y goces de familia, como alentoso para furtivos descarríos y amores inhonestos.

Es indudable que D. Felipe ansiaba hallar cualquier pre-

texto para alejarse de su esposa, la cual, por desdicha, sobre no poseer atractivos personales que le cautivaran, se enajenaba cada vez más su afecto á fuerza de fatigarle con su cariño premioso y erizado de celos, no ciertamente infundados.

Cuentan que desde la partida de su esposo cayó D.^a Juana en la mayor tristeza, apoderándose de ella profundo abatimiento.

Según dicen los escritores sus contemporáneos—y muy especialmente Mártir, que entonces se hallaba en la corte y cuyas cartas son interesantes anales de aquel tiempo,—la Princesa pasaba los días y las noches con la mirada fija en en tierra, en continuado silencio, que sólo interrumpía algunas veces con expresiones de irritación y dolor, rehusando todo consuelo, pensando únicamente en su ausente esposo y tan olvidada de sí misma como de sus futuros súbditos y desconsolados padres.

Así era como vivía la triste D.^a Juana en La Mota de Medina, retraída de todo, avivándose con la soledad su pasión de ánimo y su idea fija, cada vez más locamente enamorada de su esposo, para quien guardaba todos sus amores y todas sus voluntades, desasosegada con su ausencia, molesta por su abandono y mortificada por los celos al pensar que en Flandes triunfaban sus rivales gozando favores sólo á ella debidos.

En tal estado, un día anunció á su madre, la Reina, que tenía determinado marcharse á Flandes para reunirse con su esposo, pero á ello se opuso terminantemente doña Isabel.

El proyecto no podía ser más desatentado: no había manera de hacer el viaje por tierra, pues se tenía que atravesar Francia, á la sazón muy revuelta y agitada; no podía efectuarse por mar, ante el peligro que ofrecía la estación inclemente y tempestuosa en que se hallaban, y sobre todo, la Princesa no debía en aquellos momentos abandonar la tierra española, cuando, por un lado, acababa de ser jurada heredera del trono, y por otro no, se lo permitía el estado de su propia salud ni el de su madre, herida ya

por aquella enfermedad de corazón que no debía tardar en llevarla al sepulcro.

Todo fué en vano. Al caer de una fría tarde de Noviembre aprovechando la ausencia de la Reina Católica, que se hallaba en Segovia, D.^a Juana salió de sus habitaciones en traje de casa, sola, sin consultar á nadie, y se dirigió á la puerta del castillo, decidida á emprender su viaje.

Por fortuna estaba en vela su servidumbre, á quien la Reina D.^a Isabel había dejado oportunas instrucciones.

Avisado á tiempo, acudió el Obispo de Burgos, que era, como se diría ahora, el jefe del cuarto de Su Alteza. La encontró ya junto á la puerta, en el instante en que iba á cruzar el puente levadizo.

Detenida por el prelado, imposibilitada de llevar á cabo su proyecto, la Princesa se negó á volver á sus aposentos, empeñada en partir y diciendo que no abandonaría aquel sitio hasta conseguirlo.

Viéndola firme en su resolución el Obispo, rebelde á sus ruegos y á los de los magnates y servidumbre, que allí acudieron todos, alarmados por el suceso, mandó subir el puente y cerrar las puertas exteriores de los recintos; pero la Princesa insistió en no moverse de aquel sitio, sin que en ella labraran ni reflexiones de ninguna clase ni la crudeza y la inclemencia del día.

No hubo manera de hacerla apartar de allí. Poseída de la más viva indignación al ver que sus órdenes no eran obedecidas, apeló á las amenazas, conminó á los de su servicio con vengarse haciéndoles pagar cara su desobediencia, y allí se quedó, negándose á todo, consiguiéndose sólo de ella, después de mucha porfía y fatiga, que se recogiese en el recinto abovedado que servía de cuerpo de guardia.

Allí permaneció dos días y dos noches la infeliz Princesa, en aquel desnudo y desmantelado albergue, pegada á la muralla, sin abrigo, esperando que se bajara el puente, resistiéndose á comer y rechazando con airado tono las atenciones y comodidades que le ofrecía el Obispo Fonseca para hacer más llevadera su situación en tan miserable vivienda.

Así la encontró la Reina D.^a Isabel, á quien se había despachado un expreso á Segovia con toda urgencia, y que abandonó en el acto los negocios de Estado para acudir á su hija. Con dificultad pudo conseguir que ésta se calmara y volviera á sus habitaciones. Lo alcanzó sólo después de ofrecerle que daría las órdenes oportunas para preparar el viaje, á fin de que pudiera reunirse con su Felipe, el anhelado, aquel á quien España vió pasar más tarde poco menos que furtivamente por su trono, dejando por único recuerdo el de sus galanteos y por único renombre el de Felipe *el Hermoso*.

VI

Otro suceso de que merece hablarse recuerda también el castillo de La Mota.

Prisionero se hallaba en él, y en su torre del homenaje, aquel famoso César Borgia, Duque de Valentinois, hijo del Papa Alejandro VI, que tanto ruido metió en el mundo y tanto dió que hablar con sus hechos de armas, sus aventuras novelescas y sus fechorías.

Permanecía preso en el castillo de Medina por orden de los monarcas españoles, obedeciendo á deseos é instrucciones del Papa Julio II, enemigo declarado del que fué hijo de Alejandro VI. Su prisión era muy dura, por consiguiente, y estaban tomadas todas las medidas y precauciones para guardar al encarcelado.

Pero César Borgia tenía amigos resueltos á todo, siendo él, por su parte, hombre que, á gran acometividad y arrojo, unía elevadas condiciones de astuto, tenaz y mañoso. Halló, pues, manera de entenderse y comunicar con sus amigos, de acuerdo con quienes concertó su evasión.

Cierta noche del 1506, después de dos años de cautiverio, todo estaba preparado al efecto. César Borgia, asomado á la altísima ventana de la torre del homenaje, esperaba ansioso la señal convenida.

Era la noche callada, imponente el silencio y la oscuridad completa, cuando la clamoreante voz de una campana,

la de la iglesia de San Salvador, que entonces estaba emplazada junto al primer recinto exterior de La Mota, comenzó á dar la hora de medianoche. Era la señal. César Borgia, desde su encumbrada ventana, deslizó un cordón de seda al que prendieron una escala de cuerda tres ballesteros que estaban en el adarve, junto con el centinela del torreón vecino, que entraba en el complot.

Dueño ya César Borgia de su escala de cuerda, la sujetó y comenzó á bajar por ella, emprendiendo así su terrible y peligroso descenso, que era atrevidísima empresa en aquella negra y tempestuosa noche, sobre aquel abismo insondable y con aquella escala larguísima que el viento revolvía y empujaba de un lado á otro.

De repente, y cuando en lo más crítico de su descenso estaba el prisionero, sonó la voz de alarma. Habíase advertido su fuga.

Gabriel Tapia, el alcaide de la fortaleza, que tenía órdenes muy rigurosas, corrió apresuradamente á la celda del preso, vió la ventana abierta, la escala pendiente, y comprendiendo por la tensión de ésta que aún estaba colgado de ella el fugitivo, tiró de su daga y cortó las cuerdas.

Abrazó á su escala, César Borgia rodó al abismo.

Afortunadamente para él, escapó de aquel percance sólo con algunas contusiones, y ayudado por el centinela del torreón y por los ballesteros, pasó el foso con el agua al pecho y pudo ganar el último recinto, donde le esperaba con los caballos la escolta de sus amigos.

Inmediatamente tomaron el camino de Navarra, burlando la persecución, y se pusieron en salvo.

Poco tiempo después, aquel hombre de hierro, que de tan peligrosos trances pudo escapar durante su vida, no siendo ciertamente el menor ni el menos terrible el de su fuga de La Mota, moría miserablemente en el pueblo de Mendavia, de donde le llevaron á Viana para darle sepultura en aquella iglesia.

No hace aún cuatro años que, hallándome yo en Logroño, hice un viaje expresamente á la vecina ciudad de Viana para recoger noticias acerca del enterramiento de César

Borgia, ó mejor dicho, Borja, como allí con más propiedad le apellidan.

Todo cuanto pude averiguar, en compañía del alcalde de Logroño, Sr. Rodríguez Paterna, y del de Viana, señor D. Víctor Cereceda, á quienes debí particulares atenciones, fué muy poco.

No hay, en efecto, ninguna duda de haber muerto César Borgia en una reyerta y choque de armas que tuvo en Mendavia; su cuerpo fué llevado á Viana y enterrado en su iglesia mayor, al lado derecho del presbiterio, bajo un arco. Vino luego un prelado y, fundándose en que César Borgia había muerto excomulgado, hizo romper la lápida de su tumba y trasladar sus restos al patio, campo ó terreno que hay delante de la iglesia.

Allí fueron sepultados, orilla de la puerta principal, para que pudieran pisotearlos cuantos entraran, y hasta me dijeron que más tarde aún volvieron aquellos restos á sufrir una nueva traslación, siendo llevados á la calle y al arroyo de ésta, donde se les dió muy somera sepultura.

Dijéronme también que en su lápida de la primera tumba, mandada romper por el Obispo, se leía este epitafio, que ignoro si fué copiado y transcrito con toda fidelidad:

Aquí yace en poca tierra
el que toda la tenía,
el que la paz y la guerra
en su mano la tenía.
¡Oh, tú que vas á buscar
dinas cosas que loar
de tus loas lo más dino,
aquí para tu camino,
no cures de más andar!

No fué César Borgia el único prisionero de Estado que tuvo el castillo de La Mota. Allí estuvieron presos también, entre otros personajes ilustres, D. Pedro Tenorio, arzobispo de Toledo; Hernando de Pizarro, D. Enrique de Toledo, Marqués de Coria, por burlador de damas, y el famoso valido D. Rodrigo Calderón, Marqués de Siete Iglesias.

Cada uno de estos presos tiene su leyenda, como cada to-

re su conseja; que no hay preso sin historia ni torreón sin duende.

Sí; castillo es el de La Mota que tiene maravillantes recuerdos, pero todos se desvanecen ante el de Isabel *la Católica*, que allí murió y allí vive todavía, y ante el de Fernando, el de la jornada de Toro y el de las campañas de Granada, que allí está aún de cuerpo entero: Isabel y Fernando, venturoso matrimonio que tomó por empresa, con el *Tanto monta*, la flecha y el nudo, y unión más venturosa todavía, pues que realizó la de Aragón y Castilla, como hubiera realizado la de Portugal y España si la muerte traicionera no le hubiese arrebatado su nieto cuando estaba en la infancia.

¡Qué infausta y miserable suerte la de este castillo, que es padrón de excelsitud, como lo fueron otros de poquedad é infamia! ¡Y qué tristeza la de los humanos destinos!

Fué esta morada en sus grandes tiempos alcázar augusto, cámara regia, sede soberana, aula de gloria. Alcanzó esta mansión la época aquella en que el día no tuvo noche para la bandera española. Todavía el sol con sus últimos rayos de cada tarde hería la bandera bicolor arbolada en la torre albarrana de La Mota, cuando ya con sus primeras luces matutinas doraba la que allá, al otro lado de los mares y en un nuevo mundo, habían izado nuestros arriscados y emprendedores nautas.

Fué entonces el alcázar de La Mota teatro de fiestas y coso de gallardías.

Guardando siempre como recuerdo sacro la cámara mortuoria donde Isabel de Castilla devolvió al Topoderoso la flor de su alma, tuvo saraos y luminarias para celebrar los triunfos de España en ambos hemisferios, y fueron sus estancias torneo de damas y galanes, y fueron sus patios de armas palenque de justas y cañas y fueron sus recintos concurso de caballeros, asamblea de magnates y seminario de resonantes empresas.

Esto fué entonces.

Lo que ha sido después... ¡Ah! Lo que ha sido después, ayer, hoy, en estos nuestros días, no debiera quizá decirlo,

ni mentarlo siquiera. Pero ¿cómo, cómo y para qué callarlo cuando todo el mundo lo sabe, cuando anda en lenguas más aún por tierras extranjeras que por tierras españolas? ¿Cómo no decirlo cuando arde aún en mis mejillas el rubor con que hubieron de encenderse al presenciar el suceso ocurrido al pie de sus muros?

Á mi salida del castillo la tarde que fuí á visitarlo, hube de cruzarme con una al parecer, por su fino porte, muy distinguida familia inglesa, compuesta de tres damas y un caballero anciano. Andaban como desatentados, buscando en vano la manera de penetrar en aquel recinto, al que sólo da entrada el arisco y desplaciente agujero de que antes hice mención. Pasé de largo, devuelto el natural saludo de cortesía, y había ya emprendido á campo travieso el camino del pueblo, cuando hasta mí llegó un agudo grito de las damas inglesas, que venían desaladas como huyendo de un peligro. Era que acababan de ver salir, casi arrastrándose por aquel agujero troglodítico, especie de boca de caverna, á un fornido gañán que se adelantaba hacia el grupo forastero para servirle de guía, precisamente como había hecho pocos momentos antes conmigo.

Con su calañés puntiagudo, por debajo del cual caían lacios y desmarañadas guedejas, y con su faja encarnada, por entre cuyos bordes asomaban los ojos de formidable tijera, más que trazas de guía ó cicerone las tenía de hombre de pelo en pecho y guadijeño en mano.

Porque es así, porque éste fué un gitano, el guía que tuve, muy complaciente y muy cortés por cierto, para acompañarme á visitar aquellas ruinas que encontramos hechas un aduar de gitanos, el día que á ellas llegué en grata compañía de mi amigo querido D. Lorenzo Merino, valisoletano ilustre.

Olvidadas de sus antiguos esplendores, aquellas ruinas han sido en nuestros días todo lo que se puede ser de más menguado y miserable: cueva de bandidos, refugio de ladrones, lar y campamento de gitanos errantes, abrigo de pordioseros, hospital de miserias, teatro y campo de jiras pantagruélicas, zahurda de puercos, amparo de fugitivos,

punto de citas burdeleras, buitrrera y muladar de inmundas bestias.

Todo, pues, lo fué aquel alcázar famosísimo. Desde palacio á pocilga.

Lo que nunca ha sido es monumento nacional, con serlo tanto.

Jamás pensaron ni el Estado, ni el patrimonio real, ni el municipio, entre los cuales parece que algún día fincó pleito, jamás pensaron en situar allí un guardián conservador de aquellos restos, que por imperdonable incuria vinieron á degradación suprema.

No debía aquel alcázar restaurarse, no, ni pensar en ello, porque también las ruinas visten, también son ellas soberbio paramento y compañía excelente para el recuerdo; pero debían, sí, conservarse para nunca llegar á la triste condición que hoy tienen.

No hubiera estado de más, y es lo menos, un vigilante que cuidara de aquellas ruinas, siquiera para impedir el robo y el escándalo, siquiera para que los extranjeros que por amor á las glorias españolas acuden á visitarlas, no tengan que huir espantados al encontrarse con los huéspedes que de ellas hicieron su posada.

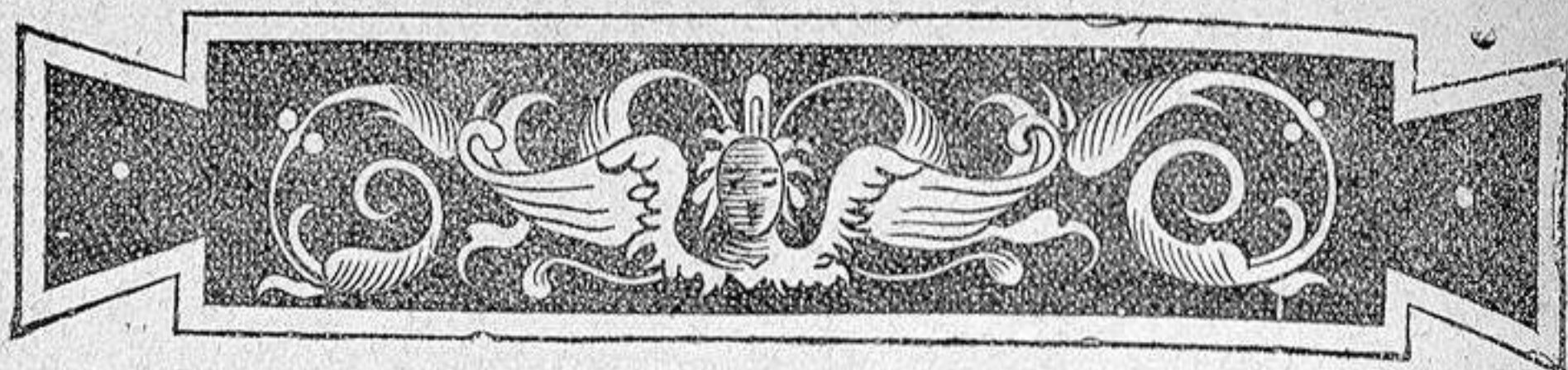
Y ya nada más tengo que decir.

¡Ah, sí; se me olvidaba! Algo me falta que decir aún, pero es muy poco.

Medina la del Campo, la del real de las ferias y la de las ferias reales, la amadora de Isabel *la Católica* y de las Reinas castellanas, la debeladora de Granada, la fiera de las Comunidades de Castilla, Medina no tiene perdón de Dios, y los Gobiernos españoles, éste y aquél, el uno y el otro, incluso los mismos de que formé yo parte, no lo tienen ni de Dios ni de los hombres.

VÍCTOR BALAGUER.

Madrid y Octubre de 1895.



AL SACRO-MONTE DE GRANADA

(CON MOTIVO DEL RESTABLECIMIENTO DE SU FACULTAD
DE DERECHO)

¡Oh muros y cavernas seculares!
¡Oh sagrados altares!
¡Oh *Monte Sacro* de la fe y la ciencia!
¡Altura que el espíritu sublima:
nido puesto en la cima,
do sus alas abrió mi inteligencia!
Yo soy aquel errante peregrino
que en medio del camino,
el suspirado hogar viendo de lejos,
le saluda con risas y con llanto:
hoy mi lloro y mi canto
saludan de tu gloria los reflejos.

*
* *

¡Qué grato en el otoño de la vida
es de la edad florida
evocar la perdida bienandanza!

Parece que refresca la memoria
con rocío de gloria
la ya marchita flor de la esperanza.
Del colegial la celda, el blanco muro
do grabó un nombre obscuro,
la parca mesa, el lecho no mullido,
la larga reja que hacia el valle cae,
los aromas que trae
el viento de los cármenes, el ruido
del golpe de aguas que en el caz resuena,
la soledad amena
del hondo río, su rumor eterno...
y notas mil y luces fugitivas
que rápidas y vivas
la triste faz alegran del invierno!...
Todo, bello y confuso, vagamente
resbala por mi mente,
cual ráfaga de Abril, ligera y gaya:
como las aguas crespas, palpitantes,
con olas espumantes
refrescan las arenas de la playa.

*
* *

Tornad á mi memoria, bellos días
de breves alegrías:
tardes de la riente primavera;
noches de estudio, rezos matinales,
ensueños virginales...
en mi memoria revivid siquiera!
Cuando con son monótono y severo
las lluvias del Enero
y la ventisca azotan los tejados,
de recio temporal como preludio,
las horas del estudio
amenizan hechizos delicados.
Las *Ideas*, obreras silenciosas,
cual leves mariposas

cruzan la sala, de escolares llena,
 y produce el hervor del pensamiento
 un ruido soñoliento
 semejante al zumbar de una colmena.

Y del árido texto, en que un tesoro,
 como entre arenas y oro,
 guarda la docta antigüedad latina,
 salta quizás, bajo la ruda glosa
 de versión laboriosa,
 rayo feliz de inspiración divina.

La musa juvenil, cual fiel espejo,
 se ilumina al reflejo
 del inspirado numen de Virgilio,
 y visión que el espíritu recrea
 la gentil Galatea
 va á ocultarse en los sauces del idilio!...

*
 * *

Todo pasó ¡ay de mí!... Ya el niño es hombre;
 mas tu glorioso nombre
 ¡oh madre del saber! tanto se encumbra,
 que un hijo tuyo—peregrino errante,
 pero leal amante,—
 absorto desde lejos te columbra.

*
 * *

El oro indiano y el fervor de España
 labraron en la entraña
 de la sagrada Ilípula un cimiento,
 y del sano progreso centinela,
 templo á la par y escuela,
 de allí surgió perenne monumento.
 La cadena, pendiente de la mano
 de Jove soberano,
 que el griego soñador adivinara,

la que encadena al racional y al bruto
con el Ser Absoluto,
tiene allí culto, sacerdotes, ara.

Fe y Razón, dos hermanas vigorosas,
se enlazan amorosas,
y enseñanza de pueblos y de reyes,
raudal fecundo de preceptos sabios,
va á salir de sus labios
pura y sana la ciencia de las leyes.

Cuando la luz del ideal se niega,
y el mundo se doblega
bajo la atroz brutalidad del hecho,
del orden y la paz hundido el carro,
es hermoso y bizarro
restaurar en las almas el derecho.

Si fieras se desatan las pasiones,
jauría de leones,
nuestra razón las doma y las gobierna;
mas si feroz la humanidad impía
se lanza á la anarquía,

¿qué freno queda ya? ¡La Ley eterna!
Ley que liga los átomos fecundos
que constituyen mundos;
ley de rocas y plantas y animales;
ley que enciende el hogar, forma la aldea,
la ciudad hermosea
y consagra los vínculos sociales.

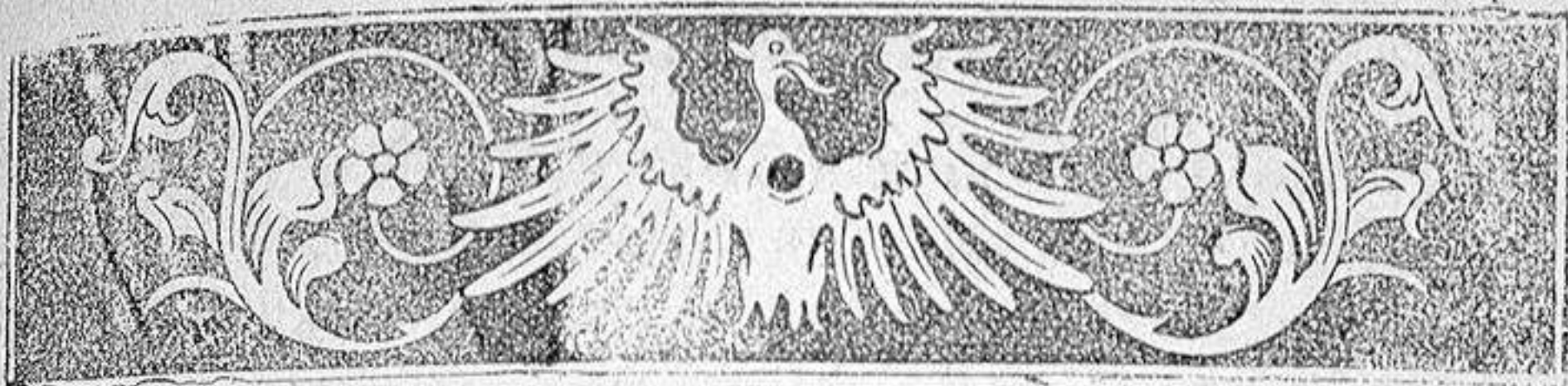
Un rayo vivo de su luz divina
nuestra frente ilumina,
mostrándonos del bien la angosta senda:
otro baña la faz del patriarca,
que á la familia abarca
y aun á la tribu nómada en su tienda:

Ora reluce con siniestro brillo
en el feudal castillo,
ó esclarece la púrpura del rey:
ora tiñe de rojo la aureola
del mártir que se inmola

por la patria y la vida de su grey:
Ó ya ilumina con celeste encanto
al Pontífice Santo,
¡augusta imagen del poder divino!...
¡Un rayo solo de la eterna cumbre
al Monte-Sacro alumbre...
y deje sin tinieblas mi camino!...

M. GUTIÉRREZ.





REFORMA DE LA ORTOGRAFÍA CASTELLANA⁽¹⁾

II

Tienen razón los que encuentran deficiente mi anterior artículo. Dícenme que hallan perfectamente demostrada la necesidad de cambiar radicalmente la ortografía castellana, y aprueban los procedimientos que propongo para efectuar el cambio con mayores probabilidades de éxito; mas por lo mismo que considero difícil la formación de una Liga constituida con todos los elementos necesarios para hacer una propaganda rápida y que comenzara sus trabajos fijando el destino que deba darse á cada una de las letras del actual alfabeto castellano, me excitan á que me ocupe en esto último, á fin de que procedan acordes en punto tan importante los que, por ser partidarios de la reforma y no queriendo esperar á la constitución de una sociedad que acaso no llegue á formarse, se decidan, de acuerdo con mis indicaciones, á declararse miembros de la Liga para la reforma de la ortografía, como si, en efecto, se hallase constituida esta asociación, y á emplear, en su consecuencia, el nuevo alfabeto, tanto en lo escrito para la imprenta como en la correspondencia epistolar.

(1) Véase la página 143 de este tomo.

Y salvo lo de dirigirse á mí con este objeto, porque otras personas pudieran suplir aquel vacío con más acierto, repito que tienen muchísima razón los que así se expresan; porque si bien en algunos puntos de la reforma, por ejemplo, en cuanto á la supresión de las letras inútiles, no puede haber diversidad de opiniones, puede haberla y la hay, en efecto, respecto á las letras que deben desaparecer por haber dos ó más expresivas del mismo sonido. En esta parte pueden resultar preferencias más ó menos injustificadas, y como todo lo que no sea proceder desde un principio con criterio perfectamente unánime puede desacreditar y, por lo tanto, hacer estériles las tentativas que se hagan para plantear la reforma, voy á exponer lo que pienso respecto á las letras que deben constituir el nuevo alfabeto castellano. Si no acierto, sírvanme de disculpa las excitaciones recibidas.

B V

Prueba evidente de que estas dos letras se pronuncian en castellano exactamente del mismo modo es que se confunde su empleo con suma frecuencia por los que no conocen bien la actual ortografía, porque si tuviesen distinto sonido nadie escribiría *b* por *v* ni *v* por *b*, como nadie escribe *l* por *ll* ni *n* por *ñ*. Pero como hay personas que tal vez negaran que es de día cuando el sol está en nuestro zenit, si la Academia dijese lo contrario, no estará de más advertir que esta docta Corporación ha dicho terminantemente que, «si bien parece que la *b* y la *v* debieron de pronunciarse de distinto modo en otros tiempos, actualmente su pronunciación no se distingue» (1); que, «aunque no debiera, es igual la pronunciación de la *b* y de la *v*» (2), y estas declaraciones no son de ahora únicamente, pues ya en su primer Diccionario consignó la Academia que «la *b* y la *v* las confunde la lengua españo-

(1) Diccionario de la Academia de la Lengua Castellana, edición 8.^a, página 950.

(2) Gramática Castellana por la Real Academia Española, última edición, página 353.

la» (pág. VIII) y que «los españoles no hacemos distinción al pronunciar ambas letras» (pág. LXXII). Más todavía para esas personas á quienes acabo de aludir. El Sr. Tamayo y Baus, aunque advirtiendo que lo decía de su cuenta y riesgo, expuso en documento que ya hemos citado (1) la conveniencia de que se ajustara estrictamente el empleo de la *b* y de la *v* á las indicaciones de la etimología, citando al efecto el ejemplo de las palabras *abogado* y *maravilla*, que según este criterio deberían escribirse *avogado* y *marabilla*, y es evidente que si tal propuso, fué porque atribuye á aquellas dos letras exactamente el mismo sonido, pues de no ser así, lo que pretendía el Sr. Tamayo y Baus no era alterar la ortografía, sino el lenguaje.

Ahora bien, si la *b* y la *v* suenan exactamente del mismo modo, ¿por qué conservar ambas letras? ¿Por respeto á la etimología? ¿Puede ser esto razón bastante? Ya hemos demostrado que no; pero aunque lo fuera, todo el mundo sabe que en nuestra ortografía no se respeta semejante regla, de suerte que sobre querer hacer difícil lo sencillo, preceptuando que se escriban las palabras castellanas con sujeción á su origen, que pocos relativamente conocen, en vez de ajustarse á la pronunciación, guía infalible para todos, de nada sirve aquel trabajo, porque con frecuencia se prescinde de la etimología, como lo indican los ejemplos empleados por el Sr. Tamayo y Baus en la ocasión citada, y como pudiéramos demostrarlo con otros muchos vocablos escritos con *b* á pesar de corresponderles la *v* por su origen, ó con *v* no obstante tener por etimología la primera de aquellas consonantes. Si *abuelo* procede de *aviolus* ó *avolus*, *barniz* de *vernicium*, *barbecho* de *vervactum*, *balumbo* de *volumen*, *fiebre* de *fervere*, *esbelto* de *svelto*, *chabeta* de *clavis*, *bulto* de *vultus*, *buitre* de *vultur*, *bóveda* de *voluta*, *berbiquí* de *winborequen*, *beca* y *beta* de *vitta*, *basquiña* de *vasco*, *barrena* de *verinus*, *librea* de *livrée*, *saboneta* de *savonette*, *corbata* de *cravate*, etc., etc.; si, por el contrario, *jovial* procede de *jubilum*, *invierno* de *hibernus*, *avi-*

(1) Resumen de las actas de la Real Academia Española, leído en el año de 1881.

zor de *abeer*, *atavío* de *atabia*, *adarve* de *adarb*, *móvil* de *mobilis*, *pavorde* de *preboste*, *vega* de *betha*, *valeo* de *baileie*, *cárcabo* de *carcab*, *avante* de *abante*, etc., etc.; si tantas son las excepciones de la regla general, sin que haya resultado de escribir con *b* lo que por razón de su origen debiera escribirse con *v*, ó escribir con *v* lo que debiera escribirse con *b*, más inconveniente que el hacer más arbitraria la ortografía castellana, ¿por qué no prescindir por completo de la etimología y emplear una sola letra, la *b* ó la *v*, para expresar el único sonido que ambas tienen?

Tan cierto es que no hay regla segura para el acertado empleo de la *b* y de la *v*, que por no haber querido reconocerlo la Academia, se da el caso verdaderamente risible de que, después de decir esta Corporación en su Gramática (pág. 353) que va á dar varios preceptos *independientes de la razón etimológica*, por haber lectores que ignoran la lengua latina, las dos primeras reglas consignadas con este objeto son las de que se escriben con *b* las voces *que la tienen por su origen*, y la de que se emplea esta misma letra en varias de las dicciones *que en latín se escriben con p*. Puesto que no sólo hay quien ignora el latín, sino que son poquísimas, relativamente hablando, las personas que conocen este idioma, y todos los españoles necesitamos saber escribir el castellano desde niños, esto es, mucho antes de poder dedicarse á estudios etimológicos, mejor hubiera sido que la Academia, de acuerdo con la regla dada por ella misma en su primer Diccionario (tomo I, pág. LXXII), de que «cuando no se sabe ciertamente ó se duda del origen de las dicciones, siempre debe usarse la *b*», hubiera proscrito en absoluto el uso de la *v*, toda vez que la inmensa mayoría de los que hablan el castellano se encuentra en el indicado caso de ignorar la etimología de las voces. Pero todavía no es tarde. Haga ahora la Academia lo que entonces no hizo; hagámoslo los simples mortales, si los inmortales á ello no se deciden, y no hay que temer la menor complicación por esta causa, como no la hubo por haber suprimido el empleo de la *u* en las innumerables voces en que esta letra hacía oficios de *v*. Si así se efectuó sin el menor inconveniente, porque expresando ambas letras

el mismo sonido bastaba la *v*, otro tanto debe hacerse con esta última consonante, porque sonando lo mismo que la *b*, es muy bastante esta letra para expresar el sonido antes representado por la *b*, por la *v* y por la *u*.

Claro es que, aceptada en principio la reforma, la misma razón existe para preferir la *b* que la *v*; pero como todos los que de esto han tratado optan por la primera de ambas consonantes, bien porque al pronunciarse ya indica el sonido que debe dársele, bien por ser el empleo más frecuente, bien por ser lo aconsejado por la Academia para los casos dudosos, bien, por último, por distinguirse mejor en los manuscritos, á su opinión nos adherimos, proponiendo, en su consecuencia, que se suprima la *v*.

C K Q Z

Distinto sonido tiene la *c* en castellano, según que forma sílaba con las vocales *e*, *i*, ó con las tres restantes *a*, *o*, *u*, y si no dispusiéramos de otras letras para expresar esos dos sonidos, tendríamos que resignarnos con nuestra pobreza; pero como las tenemos con verdadera superabundancia, pues disponemos de la *q* y de la *k* para los sonidos *ca*, *co*, *cu*, y de la *z* para las sílabas *ce*, *ci*, debe suprimirse por completo la *c*, que ninguna falta hace, como no la hacía tampoco la *ç*, y por esto se suprimió. Algunos de los que se han ocupado en la reforma de la actual ortografía, entre ellos la Academia (1), proponen que la *c* suene siempre como *q*, y que se suprima esta última letra. Nosotros optamos por la supresión de la *c* en virtud de las siguientes razones:

(1) La Academia, en efecto, después de recordar en la última edición de su Gramática de la Lengua Castellana (pág. 350) que la *j* y la *g* han fijado resueltamente su oficio, dice que cuatro letras más debían hacer otro tanto —la *c* y la *z*, la *g* y la *j*, limitando los suyos dos de ellas, á saber, la *c* y la *g* y prescindiendo de la *q* y de la *k* por ser *del todo ociosas*. De suerte que también en concepto de tan respetable Corporación debe emplearse una sola letra para el sonido que hoy se expresa con la *k*, con la *q* y con la *c* antes de las vocales *a o u*, sólo que á su juicio debe ser la *c* la que prevalezca, y nosotros damos la preferencia á la *q* por las varias razones consignadas en el texto.

1.º Porque la *q* no necesita variar de sonido en virtud de la reforma; seguirá teniendo el que hoy tiene en todos los casos, mientras que, por el contrario, si la *c* ha de sustituir á la *q*, sonará de distinto modo cuando forme sílaba con las vocales *e*, *i*, resultando de esto que, al paso que la persona más dispuesta á aceptar la reforma ha de encontrar embarazoso y aun violento leer *ceso* (queso) y *cina* (quina), nadie hallará la menor dificultad para leer *cara*, *queso*, *quina*, *cola* y *cura* escribiendo estas palabras en esta forma: *qara*, *qeso*, *qina*, *qola* y *qura*, sencillamente porque no pueden leerse de otro modo.

2.º Porque las letras deben tener un nombre apropiado al sonido que representan, y si la *c* había de sonar como *q*, se habría de empezar por variar su nombre, mientras que esta última letra ya indica la pronunciación que le corresponde.

3.º Porque la *c* en los manuscritos se confunde con la *e* y en los impresos con la *o* si la impresión no es muy limpia, mientras que la *q*, como todas las letras con trazos hacia arriba ó hacia bajo, facilita la lectura de los escritos poco inteligibles.

4.º Porque debiendo escribirse con *q*, por razón de su origen, multitud de vocablos que actualmente se escriben con *c*, puede contar la reforma con el más decidido apoyo de los etimologistas, al menos en esta parte (1).

(1) Pueden servir de ejemplo las palabras siguientes: *acuario* de *aquarius*, *cantidad* de *quantitas*, *acueducto* de *aqueductus*, *acuático* de *aquaticus*, *casi* de *quasi*, *casca* de *quassare*, *carrasca* de *quercus*, *carmin* de *quermes*, *carmesí* de *quesmezi*, *cantina* de *quintana*, *cuatro* de *quatuor*, *cinco* de *quinque*, *catorce* de *quatuordecim*, *frecuencia* de *frequentia*, *escuálido* de *squalidus*, *escuadra* de *squadra*, *tuerca* de *torques*, *ubicuidad* de *ubique*, *lacayo* de *laquais*, *licor* de *liquor*, *locuacidad* de *loquacitas*, *oblicuo* de *obliquus*, *secuax* de *sequax*, *secuela* de *sequela*, *ecuestre* de *equestris*, *ecuación* de *equatio*, *delincuente* de *delinquens*, *cuestor* de *questor*, *cuestión* de *questio*, *cotidiano* de *quotidianus*, *cuadro* de *quadrum*, *cual* de *qualis*, *elocuencia* de *eloquentia*, *cualidad* de *qualitas*, *cuanto* de *quantus*, *cuando* de *quando*, *cuestación* de *quæstus*, *cuan* de *quam*, *cuociente* de *quotiens*, *como* de *quomodo*, *cuáquero* de *quaker*, *cuarzo* de *quartz*, *cuarteta* de *quartetta*, *cuarteto* de *quartetto*, etc., etc. Y con tanto más motivo deben los etimologistas aceptar esta parte de la reforma, cuanto que durante largo tiempo se ha empleado la *q* en gran número de palabras que hoy se escriben con *c*. En el Diccionario de la Lengua Castellana publicado por la Academia en el primer tercio del siglo pasado se

También hay quien propone que la *c* en las sílabas *ca*, *co*, *cu* y la *q* en todos los casos sean sustituidas por la *k*, pero esta última letra apenas ha tomado carta de naturaleza en castellano; así es que ascendiendo á 1.118 las páginas de la última edición del Diccionario de la Lengua, no ocupan media página las palabras que comienzan por *k*, y esto merced á la moderna adopción del sistema métrico decimal para pesos y medidas (1).

No hay letra que pueda disputar á la *z* el lugar que le corresponde en la ortografía castellana (2). Es evidente que, si en ello se conviniera, podría ser sustituida por la *c*, asignando á esta letra, cuando formara sílaba con la *a*, con la *o* y con la *u* el mismo sonido que tiene antes de *e*, *i*; pero habría de resultar esto muy violento, al paso que la sustitución de

encuentran sin número de vocablos de que citaremos como ejemplo los siguientes: *qual*, *quan*, *quasi*, *quando*, *quanto*, *qualidad*, *quatro*, *quarenta*, *quota*, *quotidiano*, *quaderna*, *quadra*, *quaresma*, *quadrante*, *quadrilla*, *quadro*, *qualquiera*, *quantía*, *quarto*, *quartana*, *quartel*, *quarteta*, *quatrero*, *equador*, *ecuación*, *equario*, *quotidiano*, *liquor*, *enquadrado*, *aquartelar*, *adequado*, *esquadrón*, *iniquo*. Aún más. Tratada en el discurso sobre ortografía que aparece al frente del referido Diccionario, la cuestión de si debía ó no conservarse la *c* para expresar el sonido *qe* en las palabras de origen latino, se dice (pág. 56) que, si bien algunos escritores habían respetado la etimología, «ni fueron en todas consiguientes, ni sus excepciones y singularidades han sido admitidas ni seguidas, ni han merecido general aprobación». Resolvió, en su consecuencia, la Academia mantener la *q* en las muchas voces en que hoy se emplea la *c* antes de *a*, *o*, *u*, y tal fuerza de convencimiento mostró en este punto, que ni siquiera cedió respecto á aquellas palabras en que la conservación de la *q* hacía indispensable la diéresis, á pesar de lo violento que siempre resulta el uso de este signo; así es que continuó escribiendo: *frecuencia*, *delinquente*, *qüestión*, *aqüeducto*, *cinquenta*, *consequencias*, *equiestre*, *aqüeo*, etc., pudiendo escribir, como ahora: *frecuencia*, *delincuente*, etc.

Véase cuán conforme con la tradición, á la vez que con los buenos principios ortográficos, es la sustitución de la *c* por la *q*.

(1) Ya dijo Nebrija de la *k* que era letra muerta, y Mateo Alemán que «gran provecho se siguiera, si uviera quien con veras quisiera trabajar en esto, quitando lo superfluo y desaprovechado como la *k*, que ni es lo que suena, ni lo fué, ni será para siempre (cuanto á nosotros)... Buelva á su tierra con sus amigos y deudos... Déjese la *k*, por lo dicho, no ser letra nuestra, ni estarnos bien que lo sea, porque cuanto las letras fueran más fáciles en su hechura, tanto tienen de mayor estimación y ventajas».

(2) Así lo ha reconocido también la Academia, según ya hemos dicho en una de las notas precedentes. En su concepto debe limitarse el uso de la *c* á expresar el sonido que tiene hoy antes de *a*, *o* y *u*, y emplearse la *z* en tanto en las sílabas *za*, *ze*, *zi*, *zo*, *zu*, como en las *ce*, *ci*. Difiere, por tanto, de nuestra opinión en lo que se refiere á la *c* que, en nuestro concepto, debe desaparecer por completo y reemplazarse por la *q*; pero existe perfecta conformidad de pareceres en cuanto á que la *z* no debe compartir su oficio con ninguna otra letra.

la *c* por la *z* en las sílabas *ce*, *ci* no ofrece dificultad alguna: 1.º, porque actualmente ya hay voces en que la *z* sustituye á la *c* antes de *e* ó de *i*; por ejemplo, en las palabras: *ziszás*, *zipizape*, *zirigaña*, *zizigia*, *zinc*, *zeuma*, etc.; y 2.º, porque, empleando la *z*, no caben vacilaciones ni dificultades, lo que no sucedería si esta letra fuese reemplazada por la *c*. La persona peor preparada para la reforma no titubeará lo más mínimo en leer, por ejemplo, *ceja* y *ciudad* en las palabras escritas en esta forma: *zeja* y *ziudad*, sencillamente porque no pueden leerse de otro modo, al paso que sería violento, y exigiría por lo mismo mucho cuidado, leer *zarza*, *zorra* y *zurdo* si se escribiesen estas palabras de este modo: *carca*, *corra* y *curdo*.

Tratándose, no de extender el uso de la letra *z*, sino de reemplazar con ella por completo la *c* en las sílabas *ce*, *ci*, parece ocioso hablar de lo frecuente que era esta sustitución en tiempos pasados y de la falta de lógica en que se incurre no conservando la *z* en multitud de palabras que por su raíz debieran ser escritas con esta letra; pero no estará de más recordar: 1.º, que tiempo atrás era muy común escribir: *dezir*, *florezer*, *fazilitar*, *satisfazer*, *nazer*, *hazer*, *alguazil*, *cárzel*, *vezinos*, *treze*, *catorze*, *quinze*, *hazienda*, *azeyte*, *terziopelo*, *cabezera*, *vazío*, *terzero*, *zelo*, *acrezentar*, *merzed*, *vezes*, *juezes*, *crezimiento*, etc. (1); y 2.º, que si en el empleo de las letras se quiere respetar su origen, no se alcanza la razón que existe para eliminar la *z* en los plurales de las voces que terminan

(1) Todas estas palabras y otras muchas que pueden citarse se encuentran en el libro que más á mano tuve cuando las puse por ejemplo, y fué el tomo X de las *Actas de las Cortes de Castilla*. Después he consultado la primera edición de *El Quijote*, en la seguridad de hallar multitud de voces escritas con *z*, y resulta, en efecto, que Cervantes escribió, entre otras muchas voces que hoy se escriben con *c*: *Dulzinea*, *Rozinante*, *Andaluzía*, *Alcozer*, *Luszinda*, *Zide*, *Buzéfalo*, *juizio*, *bronze*, *luzes*, *alguazil*, *sermonzico*, *vezes*, *apazible*, *bazia*, *vazía*, *senzillo*, *sinzero*, *aziago*, *hechizero*, *doze*, *plazer*, *perjuizio*, *luzio*, *hazienda*, *luziente*, *azero*, *zelo*, *zelador*, *zebra*, *zelada*, *donzella*, *capatazes*, *pobrezillo*, *hazia*, *cruzes*, *sagazidad*, *regozijo*, *vezino*, *cozido*, *rezio*, *dezir*, *hazer*, *torzer*, *reduzir*, *esparzir*, *roziar*, *satisfazer*, *yazer*, *apaziguar*, *traduzir*, etc.

El insigne gramático Nebrija, de tal modo entendía que en ningún caso debía emplearse la *c* antes de las vocales *e*, *i*, que, al señalar los oficios de aquella consonante, sólo le asignó los tres siguientes: el que le corresponde con sonido de *g* antes de *a*, *o* y *u*; el que durante largo tiempo ha tenido con la adición de una cedilla, y el de convertir en *ch* la *h* uniéndose á esta letra.

con esta letra, ni en los derivados de las palabras acabadas del mismo modo. Los observantes de la etimología deben ser los primeros en escribir: *luzes, luzir, pazes, pazífico, hazes, hazina, vezes, vozes, voziferar, dieziséis, dízimo, lúzido, luzero, fazeta, pazífico, felicidad, felizitar, etc.*, como debieran también abogar con grande empeño por que se escribieran con *z* las siguientes palabras, á causa de su etimología: *aceite de azeit, acémila de azemila, alacena de halazena, gacela de gaze-la, alerce de alerz, arancel de alamzila, celar de zelar, celo de zelus, cerbatana de zabatana, cinc de zinc, credencial de creden-za, terceto de terzetto, topacio de topazius, zorcico de zortzico, maceta de mazetta, muceta de mützé, cibeto de zibethum ó de zobbed, cizaña de zizania, cingaro de zingaro, gaceta de gaz-zeta, etc., etc.*

J. JIMENO AGIUS.

(Continuará.)





UN NUEVO ASPECTO DEL QUIJOTE

Nuestro Cervantes escribió las cosas de amor tan aguda y filosóficamente, que no tenemos que envidiar á la voracidad del tiempo las *Eróticas* ó libros amorosos de Aristóteles, de sus dos discípulos Cleareo y Teofrasto, y de Aristonceo, también peripatético.

(D. Gregorio Mayáns, *Vida de Cervantes*, edic. del *Quijote* de 1782. Madrid, en casa de Manuel Martín.)

I

INTROITO

Á los escritos de Caballero, Morejón, Gamero, Mata, Gattell, Sbarbi, Piernas, Fernández Duro, Janer, Navarrete, Castro, Apraiz, Hermúa, Arrieta, Thebussem y tantos más, vamos á sumar este nuestro, el último ¡quién lo duda! en mérito, pero el primero, ó uno de los primeros al menos, por su intención, que no es otra que la de mantener viva la especie de veneración que sienten todos los españoles por la *obra magna*, como se ha llamado á la historia del *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*.

Aquellos diligentes escritores buscaron en *el libro por exce-*

lencia pruebas con que acreditar que á Cervantes debe admirársele como perito en geografía, como profundo conocedor de la medicina, y de la locura más especialmente, como jurisconsulto notable, moralista insigne, teólogo digno de aprecio, hacendista merecedor de grandes alabanzas, excelente agrónomo, piloto experto, poeta de originalidad grande, orador elocuente y prosista sin rival en el mundo; y otros, ya en severo estilo, ya con formas literarias menos elevadas, le declararon físico eminente, sabio en sentencias populares, ingenio cristiano por excelencia, historiador veracísimo, concienzudo humanista, músico entendido, socialista insigne, reformador político, administrador militar, astrólogo, cuentista de inapreciable mérito, hombre práctico en las cosas de la vida, perito en el arte de la guerra y filósofo de altos vuelos: maestro, en suma, de todas las ciencias humanas, y aun de las divinas, como un crítico añade.

Ninguno, que sepamos, ha intentado estudiar al *Quijote* bajo un aspecto menos científico, pero más simpático á la generalidad, y al *sexo femenino* sobre todo, al que humildemente brindamos estas líneas, para que intenten romper la frialdad con que suelen mirarle: esto es, revelándose en él su autor como profundo conocedor de la mujer y como maestro experimentado en las lides amorosas.

Hé aquí, pues, lo que, con la ayuda de Dios y de nuestra pluma humilde, vamos á hacer nosotros, sin deliberado propósito de ninguna clase, ni aspiraciones é ilusiones de ninguna especie, ni pretensiones de ningún género, porque, á fuer de imparciales, comenzamos por declarar que, comparados con los cervantistas citados, no valemos para echar migas á un gato. Mas como, á veces, «se ve á los polluelos picar en el sitio destinado á comedero del gallo», aunque carecemos de ingenio, erudición, conocimiento del lenguaje y demás alharacas indispensables al que intenta poner las manos pecadoras en este incomparable Hidalgo, nos decidimos á echar nuestro cuarto á espadas, contando de antemano con que la baza, por culpa nuestra, está perdida, pero con la esperanza de que ha de ser del agrado de las personas á quienes se dedica.

II

EL AMOR EN EL «QUIJOTE»

Prescindiendo de lo que sabe todo el que haya leído ú oído leer la *obra única*, ó sea que su argumento ó base principal es el amor romántico y caballeresco que el exaltado don Alonso Quijano siente por la rústica Aldonza Lorenzo, transformada por obra y gracia de su fantasía en la sin par Dulcinea del Toboso, el menos avisado echa de ver al momento que el sentimiento del amor da en esta obra ocasión á los episodios más interesantes y, literariamente hablando, á los más bellos.

Pruebas de ello son: el canto del pastor Antonio á su amada Olalla (1), el cuento de Lope Ruiz y de la pastora Torralba, la graciosa aventura acaecida al hidalgo manchego en la venta, que él imaginaba ser castillo, con la *puntualísima* Maritornes, que demuestra lo bien que Cervántes conocía á esta especie de mujeres; el que da ocasión á la rendida carta que escribe el Caballero de los Leones á la dueña de sus pensamientos, durante su penitencia en Sierra Morena; la novela de Crisóstomo, muerto por los desdenes de la hija de Guillermo el Rico, que contiene la *Canción desesperada*, acaso, por la delicadeza y exactitud de conceptos, la mejor de las contenidas en este libro, y la sutil defensa que de su conducta hace Marcela ante el caballero andante y los cabreros; el episodio de Luscinda y Cardenio, lleno de vida y realismo; el del *Curioso impertinente*, así como el de Dorothea, deshonrada por el noble D. Fernando; el sucedido en la venta entre éstos, Cardenio y su amada; la *Novela del Cautivo*, la de Clara y el cantor mozo de mulas D. Luis, el de la bella Leandra y el pastor Anselmo, y el del Caballero del Bosque, prendado de los hechizos de Casilda de Vandalia ó

(1) Siendo tan conocido el *Quijote*, suprimimos las citas, que harían enojoso este trabajo, limitándonos á subrayar las palabras tomadas del texto.

Casilda de Andalucía, por no citar el cuento de Camacho el Rico ó los amores de Basilio y Quiteria, que es harto conocido, ni la entrevista erótica, en casa de los Duques, del Caballero de la Triste Figura con Altisidora, vulgarizada con el nombre de *La aventura de los gatos*, ni, por último, la que entre el mismo y la señora doña Rodríguez tiene lugar en el citado palacio, ó la realizada entre el avariciosillo Sancho y la bella hija de Diego Llanos mientras ejerció el cargo de gobernador de la ínsula Barataria.

Nótese que Cervantes, al describir los diferentes y múltiples aspectos bajo los cuales presenta el sentimiento del amor en los distintos personajes que intervienen en la acción de este libro, da evidentes pruebas de no serle desconocido ninguno de los innumerables matices de que es susceptible ese mismo sentimiento, sino que, al contrario, parece hallarse tan familiarizado con ellos y conocerlos tan á fondo y hasta en sus más insignificantes detalles, que cualquiera pensaría que él mismo había pasado por todos los trances, apuros, contrariedades, disgustos, temores, desengaños y tormentos que sufren los que figuran en tales episodios, y había sentido todas las ilusiones, esperanzas, alegrías, venturas y felicidades imaginarias que los mismos experimentan.

Tal es la verdad que resplandece en esos hermosos cuadros, arrancados á la realidad, y tal la exactitud y naturalidad con que están dibujados, que, no haciendo la suposición transcrita, no es fácil imaginar que el genio, por muy grande que sea su poder, llegue á interpretar, por modo tan admirable y en lo que cabe perfecto, lo que no es posible describir sin haberlo antes sentido hondamente. Así como resultaría intento inútil el de aquel que se propusiese conmover á los demás relatando desgracias cuya magnitud no apreciaron sus ojos y cuya intensidad su corazón no hubo de sentir las, así también sería empeño vano querer que el lector comprendiese los efectos y las consecuencias que el amor produce en los seres racionales, únicamente por referencia y sin que esos efectos y esas consecuencias hubiesen sido experimentados por quien los relata.

Tanto el amor ideal, que hace de la mujer amada un ser

en el que no existen las impurezas y *realidades* propias de las cosas criadas, amor de que es ejemplo el sentido por Don Quijote hacia Dulcinea, como el amor material, que no es movido por otro fin que el de la consecución del apetito genésico, como el romántico, exaltado por naturaleza y por condición extravagante, de que es modelo el sentido por Grisóstomo, y el arrebatador y apasionado, cual el sosegado y tranquilo, que aspira á la pacífica posesión de una tierna compañera, descritos de mano maestra están en esta historia por el hábil é inteligente artista que la compuso. Y las descripciones que nos ofrece, aderezadas con toda la sal de su poderoso talento y revestidas del elegante ropaje que su gran conocimiento del idioma le presta, presuponen desde luego haber dedicado largo tiempo al estudio del corazón de la mujer, haber mantenido relaciones constantes y directas con mujeres de todas clases y condiciones sociales y haber sentido en sí mismo todo ó mucha parte de aquello de que habla.

Por eso los consejos que en tales episodios prodiga, unas veces con serio y elevado estilo, valiéndose otras del chiste y la sátira, que manejaba con tanta discreción, causan impresión profunda en el que los lee, como hijos que son de una observación adiestrada en el continuo batallar de la vida. Sucede igual con las saludables advertencias que en ellos derrama y con los magníficos pensamientos que esparce, pues producto de su experiencia deben ser las enseñanzas que ofrece, apoyadas en los admirables ejemplos que presenta, advirtiendo dónde suele encontrarse el peligro, para que el que las siga pueda evitar los obstáculos en que tropezaron y cayeron los que caminaban á rienda suelta por la vereda *que el desvariado amor ante los ojos les pone*. Esos consejos, de segura guía, sirven para no tropezar en los escollos de que se encuentra llena la senda del amor, pues se le previene con ellos de los impedimentos que suelen encontrarse y se le indica el medio más eficaz y expedito de vencerlos; sírvenle de consuelo al amante desdichado y enseñan al esposo la conducta que debe de observar en ciertos casos para con su esposa, á fin de que no pueda llegar nunca

el día en que su honra corra riesgo alguno, como muestran al ultrajado medios de reparar la ofensa recibida. Ayudan también á los casados á reflexionar sobre su estado, contribuyen á mitigar las penas y á aliviar las desgracias de los buenos y de los malos casados, y el que sepa reflexionar seriamente acerca de las verdades que encierran y sacar las consecuencias que de ellos se deducen fácilmente, encontrará mucho que aprender y no poco que poner en práctica para que su ventura sea un hecho.

III

OPINIONES DE CERVANTES ACERCA DEL AMOR Y DE LOS ENAMORADOS.—CONSEJOS Y ADVERTENCIAS CONTENIDOS EN EL «QUIJOTE».

Si la pluma, como aseguraba el Ingenioso Hidalgo, es la lengua del alma, sin que la afirmación se considere exagerada, puede asegurarse que Cervantes, al hablar en el *Quijote* de los enamorados, en buena parte retrató los sentimientos que abrigaba la suya en sus mocedades. No de otro modo cabe asegurarlo, pues si no fuera esto así, sino que todas sus advertencias y descripciones se debieran á la casualidad, ó al estudio únicamente, no dejarían en el ánimo la intensa huella que marcan, pues se leerían como se leen otros pasajes del *Quijote* mismo: solamente por la belleza de la descripción ó la hermosura del lenguaje.

Ocupándose de los que bien se quieren, ó tienen tal intención, por lo menos, no es sólo para el buen gobierno del hombre para quien escribió sus enseñanzas, sino para el de la mujer buena principalmente, exhortando de continuo á la doncella á que conserve sin mancha sus virtudes, advirtiéndola el peligro que arriesga al querer á un hombre sin examinar de antemano sus cualidades y condiciones, determinando la norma de conducta á que deben sujetar las casadas sus actos, para conservar la reputación que tengan y aumentar la estima en que las demás gentes la guarden, re-

velándola el medio de atraer á la buena senda al esposo descarriado y ofreciéndola un exacto y completo cuadro donde pueden ver pintados sus pensamientos acerca del matrimonio, la idea que tienen del amor, sus sentimientos dominantes, cualidades características, suspicacias, celos, enredos, temores, esperanzas, etc.; en suma, todas las manifestaciones de su alma.

No aseguramos que pueda compararse la historia que se estudia con *La perfecta casada* del muy virtuoso Padre Fray Luis de León, como asegura un crítico que, en punto á moralidad, rivaliza este libro con el celebrado de Moral de Maestro Epitecto; pero sí que en cuanto á describir á los enamorados tal como son realmente, habrá pocos que en destreza y maestría aventajen á Cervantes.

Comenzando por definir el *amor*, sentimiento indefinible para algunos pendolistas que no le han sentido nunca, en uno de los pasajes de la peregrina novela se hace con estas palabras del gracioso escudero Sancho: «Es un rapaz ceguezuelo—dice—que con estar legañoso, ó por mejor decir, sin vista, si toma por blanco un corazón, por pequeño que sea, le acierta y traspasa con sus flechas». Este geniecillo alado, revoltoso de condición y simpático de naturaleza, gran amigo del sexo débil y no tanto del fuerte, posee una fuerza incontrastable y un poder invencible; poder y fuerza que, según raciocinaba discretísimamente Don Quijote en uno de aquellos ratos en que, por no pensar en sus ideas caballerescas, no estaba loco, hace que «ni mire respetos ni guarde términos de razón en su discurso», pues tiene «la misma condición que la muerte, que así acomete con energía los altos alcázares de los reyes, como las humildes chozas de los pastores».

Leyes no tiene el amor ninguna; á reglas no puede sujetársele; contra él son inútiles las prevenciones; los cálculos á que se le someta fallan casi siempre; con él no reza la máxima de que causas iguales producen efectos idénticos: sólo así se comprende por qué «unas veces vuela y otras anda; con éste corre y con aquél va despacio; á unos entibia y á otros abrasa; á unos hiere y á otros mata; en un mis-

»mo punto comienza la carrera de sus deseos, y en aquel
»mismo punto la acaba y concluye: por la mañana suele po-
»ner el cerco á alguna fortaleza, y á la noche la tiene ren-
»dida».

En cuanto á sus efectos, bien conocidos son de todos, y algunos, por lo singulares, se han hecho famosos: uno de los más vulgares, pero no menos cierto, del verdadero amor, que para merecer tal nombre *ha de ser voluntario y no forzoso*, es el de forzar á ver en la mujer ó en el hombre gran número de perfecciones que, por lo general, no existen más que en nuestra mente, pues como el amor «mira con unos anteojos que hacen parecer oro al cobre y á las legañas perlas», de tal modo enturbia los sentidos, anubla la razón y entorpece ó embota el entendimiento, que no vemos otro color en las cosas que el que les da el cristal que escogemos por gusto para mirarlas. Otro de ellos es, después de «cegar los ojos del entendimiento», quitar al hombre «el temor y la vergüenza», aunque, por fortuna para *ellas*, no sucede esto siempre, pues generalmente «donde hay mucho amor, no suele haber demasiada desenvoltura».

Una advertencia para las mujeres, hablando del amor, hace Cervantes, que merece recuerdo: que es bueno se prevengan contra los jóvenes *demasiado amorosos*, pues el amor en ellos «por la mayor parte no lo es, sino apetito, el cual, como tiene por último fin el deleite, en llegando á alcanzarle se acaba, y ha de volver atrás aquello que parecía amor, porque no puede pasar adante del término que le puso naturaleza». Mas cuando el enamorado lo está realmente y no lleva por intención «alguno de esos mal colocados deseos», que «no pueden traer consigo otros descuentos que los semejantes», y esto, si no en todas las ocasiones, en muchas de ellas le es dado á la mujer adivinarlo con esa maravillosa intuición de que están dotadas, y poner al momento el oportuno remedio, en el hombre se manifiesta el sentimiento de que se trata «todo alegría, todo regocijo y contento», mucho mayor naturalmente «cuando se está en posesión de la cosa amada».

¿Qué señales dan á conocer que el hombre tiene el corazón

apasionado? Entre otras no menos evidentes, de habersele vuelto el juicio, pues el amor hay quien opina que es una forma como otra cualquiera de la locura, las que el bachiller ó licenciado Sansón Carrasco observó en el infeliz Quiterio: «Come poco—razonaba—y duerme poco, y lo que come son »frutas, y en lo que duerme, si duerme, es en el campo, sobre »la dura tierra, como animal bruto; mira de cuando en cuando al cielo y otras veces clava los ojos en la tierra con tal »embelesamiento, que no parece sino estatua vestida, que el »aire mueve la ropa». La experiencia enseña y lo aconseja la práctica, que es de razón el que el enamorado, para vencer ciertas dificultades que por rutina ó exceso de suspicacia oponen las mujeres antes de declararse rendidas, eche mano de determinados argumentos que desvanezcan sospechas más ó menos fundadas y aclaren dudas más ó menos justas; pues—y ya lo decía D. Quijote defendiendo la trama urdida por Basilio—«el amor y la guerra son una misma cosa, y así »como en la guerra es cosa lícita y acostumbrada usar de »ardides y stratagemas para vencer al enemigo, así en las »contiendas y competencias amorosas se tienen por buenos »los embustes y marañas que se hacen para conseguir el fin »que se desea, como no sean en menoscabo y deshonor de »la cosa amada».

Auxiliar poderoso del amor, y mejor ministro de que se vale para realizar sus obras, siempre que entre los dos que se quieren hay avenencia mutua, es *la ocasión*, y de la ocasión «se sirve en todos sus hechos, principalmente en los principios,» la cual se encuentra con un poco de voluntad de ambas partes y otro poco de paciencia, mayormente si se cuenta con el apoyo de *ella*, porque no hay que dudar que «en los »casos de amor no hay ninguno que con más facilidad se »cumpla que aquel que tiene de su parte el deseo de la dama». Su enemigo mayor, en cambio, es *la necesidad*: exagerada hipóbole, sin duda, es la del refrán que dice «al bien querer, lo de menos es comer», pues verdad no desmentida es la que contiene el pensamiento de Miguel de Cervantes de que «el »mayor contrario que el amor tiene es el hambre y la continua »necesidad», pensamiento repetido después en otro pa-

saje de su inmortal historia con estas palabras: «Enemigos opuestos y declarados (del amor) son la necesidad y la pobreza».

Por lo que se refiere á la vida íntima de los enamorados, no hay detalle que se le escape ni nimiedad que no apunte: la manera como tienen de dar á conocer sus pensamientos, que es por medio de esos billetes que *sin saber cómo* llegan á manos de la cortejada, y en los que se escriben «enamoradas razones con menos letras que palabras y juramentos»; sus cualidades, entre las que, *como más preciada*, resalta la *la firmeza*; sus promesas, que, cual hombre que acaso alguna vez las había hecho sin ánimo de cumplirlas, no deben á pies juntillas creerse, «porque la mayor parte son ligeros en prometer y muy pesados en cumplir»; sus contrariedades, que «suelen parar en maldiciones»; sus despechos y sus principios, en los cuales «los desengaños prestos suelen ser remedios calificados»; sus medios de comunicarse las impresiones recibidas, que casi siempre es por escrito, pues «las plumas, con más libertad que las lenguas, suelen dar á entender á quien quieren lo que en el alma está encerrado», en cuyos escritos muchas veces se contienen sentimentales razones ó quejas amargas que no son ciertas, por lo cual, como dice Dorotea, puede pensarse que «no sé cómo es posible que tenga tanta habilidad la mentira que las saben componer (los hombres) de manera que parecen tan verdaderas»; sus deseos, «que se sustentan con esperanzas», y hasta la manera de verificarse sus entrevistas, que, dando cuenta de una de ellas, describe gráficamente en los siguientes términos: «Siempre nos hablábamos con todo regocijo y contento, sin mezclar en nuestras pláticas lágrimas, suspiros, celos, sospechas ó temores: todo era engrandecer yo mi ventura por habérmela dado el cielo por señora: exageraba su belleza; admirábame de su entendimiento, y ella me volvía el recambio, alabando en mí lo que, como enamorados, la parecía digno de alabanza».

Y como si relato tan fiel, que punto por punto habrán cumplido quizá en más de una ocasión los que esto lean, en las conversaciones que hayan sostenido de esta especie, no

fuera bastante á acreditar su certeza indiscutible, aquel gran genio, unos cuantos párrafos más adelante, completa su pintura con estas frases: «Nos contábamos—agrega—cien
»mil niñerías y acaecimientos de nuestros conocidos, y á lo
»que más se extendía mi desenvoltura era á tomarla, casi de
»por fuerza, una de sus bellas y blancas manos y llevarla á
«mis labios». Salvo deshonrosas excepciones, que generalmente dependen del descoco y atrevimiento de la dama, ó de la sinvergüenza del galán, consentida por aquélla, poco han variado en su esencia tales entrevistas—pues sus accidentes externos está claro que no pueden someterse á regla alguna—desde que con tanta sutileza y elegancia las describió Cervantes.

Á estudio tan acabado añádase la advertencia de que «las
»acciones y movimientos exteriores que muestran los enamo-
»rados, cuando de sus amores se trata, son ciertísimos co-
»rreos que traen las nuevas de lo que allá, en lo interior del
»alma, pasa», y si alguna duda queda de haberlos retratado y descrito minuciosamente, continuando atentamente la lectura del *Quijote*, se disipará bien pronto. La costumbre de componer versos á la dama á que seguimos como *la saeta al blanco* ó como *el marinero al Norte*, prodigándolas alabanzas de que suelen quedar muy agradecidas, la expresa, con efecto, por mediación del desdichado Cardenio, diciendo: «¡Cuántas
»canciones compuse y cuántos enamorados versos, donde el
»alma declaraba y trasladaba sus sentimientos, pintaba sus
»encendidos deseos, entretenía sus memorias y recreaba su
»voluntad!» Tanto mayor será el número de ellos, cuanto más numerosos sean los desdenes recibidos de la que enamoramós; pues como «la esperanza nace siempre juntamente
»con el amor», si aquélla se ve desvanecerse y se siente que éste aumenta, justo es ahogar el despecho con la sátira: que «es propio y natural de los poetas no admitidos y des-
»deñados de sus damas vengarse con sátiras y libelos», poetas, á los cuales les viene de molde el dicho del mismo Cervantes contenido en *La Ilustre Fregona*: «Verdaderamente que
»hay poetas en el mundo que escriben trovas que no hay dia-
»blo que las entienda», si bien con ellas no hacen daño á na-

die, ni aun á la interesada misma, pues según nos advierte, «cuando algún amante loa á su dama de hermosa y la nota de cruel, ningún oprobio hace á su buen crédito».

Los celos de los que se quieren los registra también en su libro: «Al enamorado—dice—no hay cosa que no le fatigue ni temor que no le dé alcance»; verdad expresada más claramente en *La Galatea*, libro I, por boca de un pastor, de este modo: «Es condición de los amantes parecerles malgastado el tiempo que se gasta en otra cosa que en ensalzar y alabar la causa de sus tristezas ó contentos». La poca reflexión de los mismos, pues *jamás ajustan la causa de sus deseos*, y las *dificultades* que en los principios de los amores se tocan, pensamiento también explanado en la obra citada, diciendo: «Los principios en cualquier negocio son siempre dificultosos, y en los que tratan de amor son por la mayor parte *dificultosísimos*, hasta que el mismo amor, cuando se quiere mostrar favorable, abre las puertas del remedio».

Á los que aman irreflexivamente los advierte Cervantes que «el desdén y el desengaño pueden poner fin á la tragedia de la miserable vida»; á los que no son correspondidos les dice que «los desengaños no se han de tomar en cuenta de desdenes», y á los impacientes que «la impaciencia mata muchas veces»; aconseja á los primeros, ó sea á los desdeñados, que den sus afanes al olvido, pues «si grande y poderosa es la fuerza del desdén desamorado», muy cierto es que «el que camina contra la esperanza y navega contra el viento, se anega en la mitad del golfo de su desatino».

Huir, como de la peste, viene á aconsejar al hombre de sano juicio, de esas mujeres, mudables de opinión como de dirección el viento, prendadas de sí propias, antojadizas, volubles y caprichosas, á las que hoy se conoce con el epíteto de *coquetas*. Uno de los personajes que en el *Quijote* figuran, nombrado Vivaldo, aconseja á otro, el pastor Ambrosio, dé á la vida los papeles de su compañero Grisóstomo, muerto por el amor desdeñado sentido por una de las mujeres de la estirpe señalada, á fin de que su desgracia sirva de escarmiento á todos y «se aparten y huyan de caer

»en semejantes despeñaderos». Por estas mujeres hay hombre que «pasa las horas de la noche sentado al pie de alguna encina ó peñasco, y allí, sin plegar los llorosos ojos, embebecido y transportado en sus pensamientos, le halló el sol á la mañana; y cuál hay que sin dar vado ni tregua á sus suspiros, en mitad del ardor de la más enfadosa siesta del verano, tendido sobre la ardiente arena, envía sus quejas al piadoso cielo». Del mismo modo se debe huir de toda mujer que sueñe con grandezas, pues cuando más seguros de poseer su cariño nos creamos, ocasión puede presentarse de realizarlas y dará al traste con todas nuestras esperanzas, é igualmente de aquellas otras «más duras que un mármol y más sesgas que una estatua», que concluyen siempre por «olvidarse de las palabras con que nos hayan engañado, entretenido y sustentado en nuestros honestos deseos». De aquéllas y de éstas, por grandes que sean nuestros esfuerzos para hacerlas que vivan «en la memoria de las gentes», obtendremos lo que Cardenio, que Cervantes expresó bellísimamente en estas líneas: «Quiso bien, fué aborrecido; adoró, fué desdeñado; rogó á una fiera, importunó á un mármol, corrió tras el viento, dió voces á la soledad, sirvió á la ingratitud, de quien alcanzó como premio ser despojo de la muerte en la mitad de la carrera de su vida», todo lo cual viene á confirmar el argumento tantas veces repetido, pero no por eso menos evidente, de que que si las mujeres suelen amargamente condolerse de la crueldad del corazón de los hombres, motivos tienen éstos á veces para volver la oración por pasiva, porque en punto á crueldad y ensañamiento no pocos nombres de mujeres pudieran citarse cuyos hechos hacen disculpables los de los Nerones más refinados.

CÉSAR MORENO GARCÍA.

(Continuará.)



PLATÓNICA

Déjame que te diga por qué te quiero,
aunque nunca en la tierra tú serás mía;
si lo fueras, acaso te perdería.
Por terrenas uniones desventuradas,
¡qué de almas para siempre se han separado!
La esperanza prefiero que poseerte
en esta vida breve, y al fin perderte.
¡Te adoro! mas de lejos voy á adorarte;
me purifico y quiero purificarte.
Ámame, aunque de cerca nunca me veas.
¡Mía no eres! Suframos por que lo seas.
Es el cuerpo el verdugo de los amores:
de la ilusión él hace morir las flores,
del espíritu turba la dulce calma,
con sus deseos logra vencer el alma,
y somos dominados por los sentidos
¡ay! los más miserables de los caídos.
Yo sé que hay otro mundo todo armonía,
donde irán á encontrarse tu alma y la mía
si íntimas perfecciones los dos deseamos
y si por alcanzarlas nos separamos.
El camino te marca mi sentimiento;
alúmbreme el camino tu pensamiento.
Tuyo soy, mía eres... ¡Qué mejor suerte
que amarse sin que miedo cause la muerte!

SOFÍA CASANOVA.



NECESIDAD É IMPORTANCIA DE LA EDUCACIÓN FÍSICA⁽¹⁾

Venir á este sitio á ensalzar y poner de manifiesto las ventajas que para la especie humana tiene la educación física, equivale á predicar las excelencias de la Religión al público que se ha congregado en un templo á impulsos de la más fervorosa devoción; y así como el sacerdote en este caso no necesita hacer extraordinarios esfuerzos para llevar el convencimiento al ánimo de sus oyentes, así tampoco precisa que yo ponga á contribución mis escasas energías para persuadiros de lo importante que le es al hombre desarrollar su parte física, vigorizar sus fuerzas, afirmar su salud; y es que este local es templo donde se rinde culto, se presta homenaje y se celebran solemnes funciones en obsequio de tan hermosos ideales.

No temáis, pues, que sea largo ni que abuse de vuestra condescendencia con largas disquisiciones; trato sólo de corresponder—en la exigua medida de mis fuerzas—á la cariñosa invitación del dignísimo presidente de esta Asociación, Sr. Haro, y de su ilustrada Junta directiva, que, fijándose sólo en mi entusiasmo por los fines que persiguen, y no

(1) Á honra y dicha tenemos el publicar buena parte del elocuente discurso que pronunció el sabio Dr. Calatraveño en el festival celebrado por la Asociación Nacional de Gimnástica el 26 de Abril último.—(N. de la R.)

teniendo en cuenta mis escasos méritos, me confirieron el honroso cometido de dirigiros la palabra en esta noche, distinción que nunca olvidaré y que á ellos me liga para siempre con lazos de gratitud inmensa.

Causa honda pena ver la generación actual, compuesta en su mayoría de seres anémicos, raquíticos y con propensión á la tuberculosis muchos de ellos; pero sume al hombre pensador en tristezas todavía más profundas considerar los hijos que en su día puedan nacer de tales padres; los que por nuestra carrera y aficiones particulares nos vemos precisados á examinar todos los días buen número de niños, sentimos verdadero disgusto al apreciar en nuestros enfermitos dolencias debidas las más de las veces á descuidos en los primeros años de la vida, durante los cuales, tradiciones arraigadas, absurdos inconcebibles é ideas difíciles de desterrar, hacen que se atienda al niño en todo cuanto se relaciona con su parte psíquica, pero descuidando completamente su desarrollo orgánico; sienten muchos padres verdadero orgullo en comunicar á deudos y amigos que su hijo será bachiller á los doce años; que su niña, sin saber palabra de castellano, habla francés é inglés, y que en determinadas instituciones adonde asiste, cursa á la vez catorce asignaturas diferentes.

Esto, que sirve para halagar el amor propio de algunas personas, nunca podrá la ciencia médica dejarlo pasar sin protestas enérgicas, pues aquel presunto bachiller es casi siempre un ser raquítico, de corta estatura, hidrocefálico, con tiras de papel mojado en lugar de músculos, arcos de violín en vez de piernas, porque faltos de nutrición sus huesos, no teniendo las sales calcáreas precisas para la buena construcción del esqueleto, se tuercen y ceden, como caen los edificios cuyos pies derechos, formados por madera podrida ó resquebrajada, carecen de solidez y son constante preocupación del engañado dueño de la finca.

Aquella señorita, que dice poseer dos idiomas extranjeros, sin conocer probablemente la hermosa lengua patria, recuerda por su delgadez, color pálido y rostro ojeroso las heroínas del romanticismo, que á principios de este siglo apa-

gaban su sed con vinagre para desengrasar más cada día, y presas de la histeria, consecuencia á su vez de una sangre pobre en glóbulos rojos, no pensaban más que en raptos, fugas de la casa paterna, amores imposibles y otros delirios de la mente exaltada; esas señoritas que se desmayan por el más fútil motivo, que no pueden tomar más que caldos de aves, y no hacen con libertad la digestión de un par de pasteles, están destinadas á ser las madres, las creadoras de los hombres de mañana, que seguramente serán el colmo de la degeneración, el prototipo de la escrófula y la realidad de la tisis.

Es preciso, señores, que estos absurdos y anomalías acaben de una vez para siempre; es necesario destronar á los nervios y conceder algo más de importancia á los músculos, haciendo comprender á los padres y á los mismos niños que de nada ha de servirles un cerebro muy desarrollado, si no tienen cuerpo robusto para soportarle, como de nada vale la fragante flor que carece de tallo que la sostenga, la nutra y meza á impulsos de la brisa juguetona que la acaricia.

Desde los tiempos más remotos se ha concedido importancia grande á la educación física del hombre; los chinos, hace más de 4.500 años que en su *Congfou* dieron reglas precisas para el buen funcionamiento del aparato respiratorio; los indios, en el *Agur-veda*, en el código de *Manú* y en el *Susruta*; los egipcios, en su *Agonística*; los griegos, con sus juegos olímpicos, en los cuales se concedían grandes honores á los victoriosos, sentaron reglas higiénicas que no han rectificado los millares de años transcurridos desde aquellos tiempos; y para convencernos de toda la importancia que los ejercicios físicos adquirieron en Roma, baste saber que muchos emperadores tenían á título preciado el haber vencido en luchas memorables, y entre otros Cómodo se enorgullecía con el dictado de *Vencedor de mil gladiadores*.

Las termas romanas—cuya descripción no he de hacer aquí,—edificios soberbios, sin ejemplar que se les parezca en las pretenciosas construcciones de nuestros días, eran no ya templos, sino verdaderas catedrales, levantadas en honor de la higiene, donde se rendía incesante culto á la diosa de la salud...

El siglo XVIII se inaugura con una obra de Andry, decano de la Facultad de Medicina de París; y puesta de nuevo en el terreno de la práctica la educación física, Rousseau en su *Emilio*, Pestalozzi, Froebel y Jahn en Alemania, Clás y Amorós en Francia, Ling en Suecia, dieron notable impulso á la gimnástica, haciendo comprender á sus compatriotas toda la importancia que para la vida de los pueblos tiene la educación física de los hombres que los forman.

En nuestros días, apenas si existe nación en el viejo ó nuevo continente donde deje de practicarse la educación física, con todas aquellas reglas, aparatos y adelantos que la ciencia tiene como más acreditados.

Suecia ha establecido desde 1861 la enseñanza obligatoria de la gimnástica; todas las escuelas, aun las más elementales, están dotadas de barras, maromas, cuerdas y otros sencillos aparatos, para que los alumnos practiquen sus ejercicios al aire libre.

También en Francia, Sajonia, Hungría, Noruega, Dinamarca, Bélgica y Austria sucede lo mismo.

En Inglaterra no existe gran afición á la gimnástica, pero suplen las ventajas de ésta con los ejercicios de *sport*, ocurriendo algo análogo en los Estados Unidos, donde la *natación*, el *canotaje*, la *pelota*, la *equitación*, la *esgrima*, el *canto*, el *baile* y la *bicicleta* desarrollan las extremidades, robustecen brazos y piernas, aguzan los sentidos, ensanchan el pecho, dando á los pulmones la capacidad respiratoria que necesitan; trayendo todo esto como resultados prácticos aumento del apetito, nutrición más viva, sangre rica en oxígeno, que lleva gérmenes de vida á los últimos límites del organismo y energías á la intimidad de los tejidos, obteniéndose como síntesis de todo ello perfecta salud y sensación de agradable bienestar en todo el organismo.

En nuestro país, y en la época presente, podemos afirmar que la educación física está completamente olvidada; se instruye, como antes dijimos, al niño, apenas tiene edad para ello, en doctrina cristiana, arte, derecho, psicología, frances y qué sé yo cuántas cosas más, las cuales no aprende más que á medias, sin comprenderlas, y esto á fuerza de

dañosos esfuerzos de memoria; pero nada de gimnástica, nada de vigorizar su raquítico organismo, sucediendo muchas veces que los padres se ven sorprendidos por la meningitis ó la tisis, que les arrebatan, crueles, sus prendas más queridas.

Los niños permanecen horas enteras en escuelas donde el local reúne detestables condiciones, cuartos pequeños la mayoría, con retretes mal olientes; careciendo de la luz vivificante del sol, que todo lo desinfecta y anima; sujetos á un régimen escolar detestable, adoptado como bueno por maestros tan pedantones como ignorantes; precisados, como viajeros de tercera clase, á la inmovilidad más absoluta, porque á nada que se muevan tropiezan con el compañero, tan aprovechado está el sitio; y en estas fatales condiciones, sin salir al campo, sin libertad para estirar sus músculos, con aire envenenado en sus pulmones, caen presa de las enfermedades más mortíferas. No creáis que exagero ni que mi objeto es recargar el cuadro con tintas de negrura, no; recorred la mayor parte de las escuelas oficiales y particulares de Madrid, especialmente aquellas á que concurren los hijos de las clases media y popular, y las veréis tal y como las he descrito; así muere tanto niño y así estallan, cuando menos se esperan, mortíferas afecciones, que, transmitidas por contagio de unos pequeños á otros, siembran el pánico en el seno de las familias, que entonces lamentan sus descuidos y lloran sus ignorancias.

El abandono de la educación física trae, como veis, lamentables consecuencias; más elocuentes que cuantos razonamientos pudiera yo hacer aquí son las cifras de mortalidad que voy á exponer á vuestra consideración: el número de niños muertos en nuestro país alcanza la terrible proporción de un 60,83 por 100; durante el año 1889 murieron 10.163 niños; desde entonces acá, lejos de disminuir la mortalidad, va en aumento; solamente en el mes de Enero de 1890 fallecieron 71 de difteria y 118 de meningitis.

Según un trabajo leído hace pocos días en la Sociedad Española de Higiene, durante el año 1895 fallecieron en Madrid, sólo de meningitis, 1.072 niños.

Si de los pequeños pasamos á los mayores, veremos que en España han muerto de tuberculosis, durante el *decenio* de 1880 á 1890, 104.388 individuos, cifra aterradora, capaz de llamar la atención de los Gobiernos y de los hombres pensadores; la tuberculosis, que se presenta sin ruido, sin aparatos, escogiendo sus víctimas lo mismo en el dorado alcázar que en la humilde vivienda, que no respeta edad, sexo ni clase, es *treinta y ocho veces* más mortífera que la viruela y la escarlatina reunidas, *seis veces* más que la fiebre tifoidea, y *ocho veces* más temible que la difteria; enfermedades todas ellas á cuya sola enunciación tiemblan los aprensivos y se preocupan los más fuertes (1).

Ahora bien, ¿qué es la tisis? Pues no es otra cosa que *el último grado de debilidad orgánica*. ¿Y cómo se adquiere ésta? Descuidando nuestra educación física, no preocupándonos para nada del vigor y grado de resistencia en que siempre debemos mantener nuestros sistemas y aparatos, para que de su debido y perfecto equilibrio resulte el mayor bien que puede atesorar el hombre: la salud.

No hay para qué calcular la inmensa riqueza que la Nación pierde con la muerte de tantos miles de hombres, en tan corto espacio de tiempo, en lo mejor de su vida, en épocas en que el trabajo podría dar mayores rendimientos, efecto de las energías juveniles; pero ¿quién se preocupa de todo esto en un país como el nuestro, donde si un Ministro implanta una reforma útil, el que le sucede, apenas ocupa la poltrona, la echa por tierra? Hubo un día en que el establecimiento de una Escuela oficial de Gimnástica, que fué plantel de brillantes profesores, nos hizo concebir la esperanza de que España entraba por fin en el buen camino; pero ¡cuán poco duraron nuestras alegrías. Apenas nacida cuando muerta tan útil institución, so pretexto de no haber fondos en el presupuesto para sostenerla, quedó la educación física relegada al olvido, los niños tan raquíticos como antes, y la raza española, asombro un día del mundo entero, degenerando rápidamente.

(1) Véase nuestro trabajo *El creosotal y el carbonato de guayacol en el tratamiento de la tuberculosis*.—Madrid, 1896.

Una prueba de la indiferencia con que estos asuntos se ven en nuestro país es lo ocurrido á esta ilustre Asociación penetrados los individuos que la forman de la importancia que reviste la educación física, habiendo podido apreciar por ellos mismos, en muchos casos, las indudables ventajas que tiene como agente curativo; condolidos del espectáculo de tantos pequeñuelos enfermizos como se ven á todas horas por las calles de esta corte, tomaron el caritativo acuerdo de ofrecer buen número de plazas, para poder recibir gratuitamente la enseñanza de la gimnástica. ¿Sabéis cuántos han acudido á disfrutar de tan caritativa como benéfica obra? *Ni uno solo*; después de esto huelgan cuantos comentarios, más ó menos vivos, pudiéramos hacer acerca de las personas que, debiendo haber ayudado en sus propósitos benéficos á la Asociación, no lo han hecho. Y si esto ocurre con enseñanzas que se dan de balde á los necesitados, por los cuales deben velar como padres cariñosos los Poderes constituídos, ¿qué ocurrirá en los casos en que se demande el auxilio pecuniario de estos mismos Poderes?...

Es necesario llevar el convencimiento al ánimo de todos, especialmente al de las señoras, que tanta influencia ejercen en la sociedad y en la familia, para que, dejando á un lado ideas rancias, procuren educar físicamente á sus hijos, desde el momento que nazcan, no abandonándolos en este terreno hasta que hayan logrado su cabal desarrollo en la edad viril.

Las prácticas hidroterápicas, baños, duchas, afusiones frías, etc., casi no se practican en nuestro país, aquí donde hay tantas manos negras y tanta conciencia sucia; la gimnástica, que muchos toman como ejercicio de titiriteros, es eficaz y segurísimo remedio para deformaciones del cuerpo, adonde no alcanza la medicina, y en donde la intervención quirúrgica es hasta perjudicial en muchos casos; unos meses de equitación curan en las señoritas anemias que habían resistido muchos años de medicinas; un año de esgrima ó gimnástica salva de la tisis, en muchas ocasiones, con más seguridad que los tratamientos mejor dirigidos.

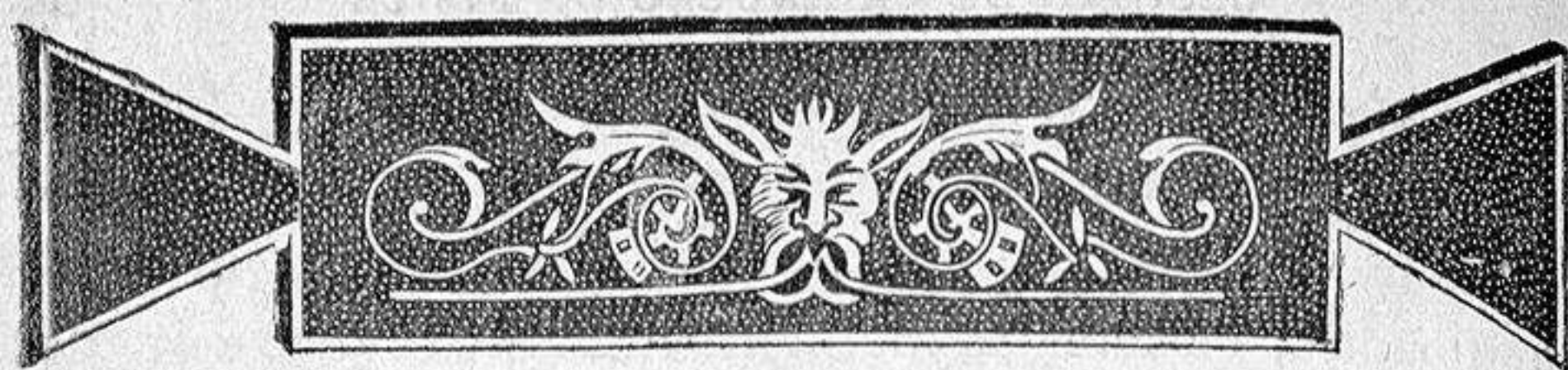
La debilidad orgánica, la poca resistencia de nuestros sis-

temas y aparatos, es la causa de la mayor parte de las enfermedades; el hombre que es robusto y no comete excesos no enferma nunca, ó rara vez; muere de viejo ó de un accidente fortuito; el débil, el mal constituido, se ve presa del catarro, de cuantas epidemias se pasean por la población donde resida; siempre está dolorido, carece de energías para el trabajo; ve por esta causa disminuir sus recursos, y muere joven, en medio de melancólicos pensamientos, después de haber arrastrado una existencia miserable.

Trabajemos, pues, todos en la medida de nuestras fuerzas para que la Asociación Nacional de Gimnástica alcance sus nobles ideales, que no son otros que la regeneración de la raza española.

DR. FERNANDO CALATRAVEÑO.





VIAJE

—¿Quién se embarca? gritaba el marino
sentado en la popa de la embarcación.

¿Quién se embarca en el mar de la vida?

Y dije al momento:

—Bogar quiero yo.

—Me dirijo á remotas regiones,
el bravo marino volvióme á decir,
y saltando á la barca ligero

repuse:—No importa,
yo quiero partir.

Cortamos la amarra, hinchada la vela
se ve por el cierzo salobre del mar.

—¿Dónde vamos?

—Á un punto remoto,
que tal vez no existe,
llamado Amistad.

¡Amistad! Encantado paraje
que en dulces ensueños con el alma vi,
lo hallé con escollos y bancos de arena,
y el débil esquife
por poco perdí!

Salimos del puerto rasgada la vela,
el mástil partido y roto el timón,
buscando refugio, buscando esperanzas
en el ancho golfo
que llaman Amor.

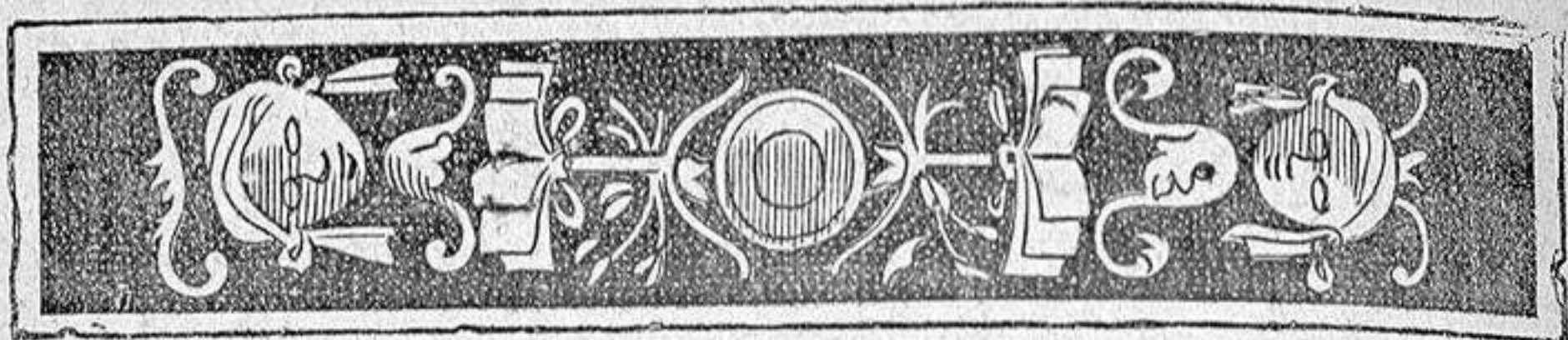
Tempestad deshecha, profundos abismos
en sus latitudes revueltas hallé,
y en la débil lancha, tras grandes esfuerzos,
á remotas playas
gozoso arribé.

Radiante la aurora brillaba en el cielo,
copiaban las aguas su hermosa extensión.
—¿Qué paraje es éste? pregunté al marino,
y el dijo:—La playa
de la Religión.

Y aunque de misterios me vi rodeado
entre las grandezas del cielo y el mar,
en aquellas zonas echamos el ancla,
y ya no he querido
volver á bogar.

TOMÁS DE ASENSI.





ESTUDIO HISTÓRICO DE AVILA Y SU TERRITORIO

DESDE SU REPOBLACIÓN

HASTA LA MUERTE DE SANTA TERESA DE JESÚS (1)

CAPÍTULO XI

Reinado de D. Pedro.—Conducta de este Monarca.—El Obispo Sancho Blásquez.—Guerras entre D. Pedro y su hermano D. Enrique.—Muerte de D. Pedro.—Origen y fundación del monasterio de Guisando.—Enrique II: principales hechos de su reinado.—Juan I.—El Obispo D. Diego de las Roelas.—Fundación del convento del Carmen.—Fin del pleito sobre el Campo Azalvaro.—Guerras con Portugal.—El monasterio de la Mejorada.—Enrique III: hechos más importantes de su reinado.

Sucedió Pedro I, á los diez y seis años de edad, á su padre Alfonso XI. Permaneció un año en Sevilla, y en este tiempo tuvo una grave enfermedad que puso en peligro su vida; pero contra todos los cálculos y esperanzas de los que ya le buscaban sucesor, recobró la salud, y al año siguiente (1351) reunió Cortes en Valladolid, donde se tomaron acertadas disposiciones de gobierno.

(1) Véase la pág. 168 de este tomo.

El bastardo D. Enrique, Conde de Trastámara, se había sublevado en Asturias, y aunque, cuando marchó el Rey á sofocar el levantamiento, firmó un acta de sumisión al soberano, no tardó mucho en faltar de nuevo á su palabra. Don Pedro contrajo matrimonio (1352) con D.^a Blanca, sobrina del Rey de Francia, pero á los dos días de casado abandonó á la Reina y se fué en busca de D.^a María de Padilla, dama que con su belleza y sagacidad había sabido hacerse dueña de su corazón.

Esta acción escandalizó al Reino y produjo graves desórdenes. Estaba D.^a Blanca en Medina del Campo, y en 1353 dispuso el Rey que la llevasen al castillo de Arévalo, y mandó al Obispo de Segovia, Pedro Gudiel, que la asistiese, y allí estuvo aquella desgraciada señora hasta que fué trasladada á Toledo. Al año siguiente, estando el Rey en Cuéllar, consiguió que Sancho Blásquez, Obispo de Ávila, y el prelado de Salamanca declarasen nula su unión con D.^a Blanca, y se casó con D.^a Juana de Castro, á la que abandonó al día siguiente para volver á vivir con D.^a María de Padilla.

El Papa, que supo este hecho tan punible, comisionó al Obispo Beltrán de Sienne, su internuncio, para que emplazase ante la Corte romana á los dos prelados que lo autorizaron; pero el de Ávila falleció antes de ir allá, en 1355, y le sucedió en la sede abulense Gonzalo de la Torre, que figura en 1358 entre los firmantes de una donación que hizo D. Pedro I á Díaz Sánchez de Quesada, del lugar de Ibros y otros heredamientos en tierra de Baeza. Confirmó el Rey á la basílica de San Vicente el privilegio de los trece mozos de coro que la concedió su padre en 26 de Septiembre de 1313, los cuales, por el hecho de serlo, sacaban á sus padres de la condición de pecheros y los eximían, como á los nobles, de toda carga y gabela.

La conducta que D. Pedro observaba con su mujer sirvió de pretexto para formar una liga en la que entraron todos los enemigos de aquél, á cuyo frente estaban los hermanos bastardos del monarca y Alburquerque, antiguo ayo y favorito de D. Pedro, que estaba quejoso porque habían eclipsado su privanza los parientes y amigos de la Padilla. Las in-

trigas de los confederados, puestos de acuerdo con la madre del Rey, lograron que éste acudiera á Toro, donde estaban reunidos, y le retuvieron como preso; pero se fugó á Segovia, desde donde partió para Burgos, comenzando su excursión bélica por Medina del Campo, desahogando su cólera contra los de la liga. Se apresuró el Rey á ordenar á los de la tierra de Ávila que atacasen á D. Enrique su hermano, que desde Toro se dirigía á Talavera para reunirse con don Fadrique, y así lo hicieron los de Colmenar, que sorprendieron á los de Trastamara al pasar por el Puerto del Pico, causándole muchas bajas de lo mejor de sus huestes, y persiguiéndole hasta cerca de Talavera; pero reunidos los dos bastardos, revolviéronse sobre Colmenar, atacaron el pueblo, le quemaron y pasaron á cuchillo á casi todos sus habitantes, y ya vengado el anterior desastre, regresaron á Talavera.

Entre tanto, D. Pedro, con los que le eran fieles, cayó sobre Toledo y otras poblaciones partidarias de los confederados y dió rienda suelta á su carácter, ahogando en sangre aquellas discordias; pero al poco tiempo se vió envuelto en una guerra con el aragonés, ayudado por D. Enrique, á quien pagó Pedro IV el Ceremonioso sus servicios con la promesa escrita de auxiliarle para subir al trono de Castilla, arrojando de él á su soberano. Con el apoyo del Rey de Aragón y con los mercenarios que pudo reclutar en Francia mandados por el célebre Beltrán Duglesclín, volvió D. Enrique á España, y penetrando por el territorio aragonés, pasó á Burgos, siendo coronado como Rey en el monasterio de las Huelgas con toda solemnidad; desde allí se trasladó á Toledo, donde concurrieron á rendirle homenaje los procuradores de Ávila, de Segovia, de Talavera, de Madrid y de otras muchas villas y lugares de Castilla, y tomó luego el camino de Andalucía, llegando hasta Sevilla, de donde tuvo que salir D. Pedro, acompañado por unos cuantos leales.

Huyó el monarca á Francia, en gran parte ocupada por los ingleses, y habiendo conseguido que el Príncipe de Gales, llamado el *Príncipe Negro*, se interesara en su favor, regresó á Castilla con un ejército inglés para auxiliarle á recobrar el trono.

D. Enrique pasó á Navarra y procuró aliarse con su Rey; volvió en seguida á Burgos y estando en esta ciudad (26 de Enero de 1367), expidió un documento fundando cuatro capellanías en la catedral de Segovia, y entre los que le confirman se halla D. Alfonso, Obispo de Ávila, una de las poblaciones que desde luego reconocieron como Rey al de Trastámara. Sabedor éste de que D. Pedro se internaba en su busca, salió á su encuentro y, deseando ambos que se decidiera por las armas cuál de los dos había de poseer la corona, el 3 de Abril de 1367 libraron cerca de Nájera la batalla; se peleó con denuedo por los de uno y otro campo; pero los auxiliares ingleses dieron á D. Pedro un triunfo completo, y D. Enrique, derrotados los suyos, tuvo que retirarse á Francia, con lo cual el hijo legítimo de Alfonso XI recobró fácilmente sus dominios y se entregó á crueles venganzas, que le hicieron odioso, en tanto que se separaba de su servicio el Príncipe de Gales, porque D. Pedro no cumplía las condiciones que habían estipulado.

En este año (1367) fueron incendiadas por los ingleses varias casas del arrabal de Ávila y maltrataron la ciudad porque era una de las que habían prestado homenaje al Príncipe vencido. En esta ocasión fueron destruidos por el fuego el fuero que dió Alfonso X á los avileses y otros dos privilegios que estaban en una de las casas incendiadas, pero las franquicias contenidas en aquellos documentos fueron confirmadas más adelante por Juan I, al que presentaron unas copias fielmente sacadas por los interesados en hacer valer las libertades en ellos contenidas.

En 1358 había fallecido el Obispo de Ávila, Gonzalo de la Torre, y le sucedió Alfonso de Córdoba, el que confirmó el privilegio dado en Burgos á la catedral de Segovia por D. Enrique, en Enero de 1367; este prelado á los dos años murió, y ocupó después de él aquella sede otro Alfonso, que la rigió por espacio de nueve años.

El Conde de Trastámara organizó nuevas huestes y volvió á invadir los Estados de su hermano; reuniéronse muchos de los que anteriormente se habían declarado por él; no obstante, algunas ciudades no se le rindieron, y entre

otras, Toledo le opuso fuerte resistencia. Acudió D. Pedro á socorrerla desde Sevilla, pero se encontró en Montiel á los partidarios de su hermano y fué vencido, obligándole á encerrarse en el castillo de aquella población, de donde salió confiado en Duglesclín, que le entregó al de Trastámara y éste le mató luchando con él en su tienda (1369).

Á fines del reinado de Alfonso XI vinieron varios ermitaños italianos y se establecieron algunos en las sierras de Ávila, quedando los más en las montañas de Toledo. Los que pasaron á las sierras de Ávila eran cuatro y escogieron las más ásperas hendiduras del terreno para sus viviendas y allí practicaban sus virtudes, y bien pronto se extendió la noticia de la austeridad de su vida. En tiempo de Enrique II llegó esto á oídos de D.^a Juana Fernández, aya de la Reina D.^a Juana de la Cerda, mujer de aquel monarca, entre cuyas heredades se contaba el terreno en que estaban las cuevas de los nuevos ermitaños, y fué D.^a Juana Fernández á visitarlos, cediéndoles aquellas tierras para que edificasen un monasterio. Era entonces cuando fray Pedro Fernández Pecha estaba fundando el de la Sislea en Toledo; supo que los ermitaños de Ávila trataban de levantar un convento y, con la facultad que tenía de Gregorio X, acordó fuese aquél el segundo de los cuatro monasterios para que estaba autorizado y que tuviese la advocación de San Jerónimo. Envió al Obispo de Ávila Alfonso II cuatro religiosos con la bula del Pontífice para que se la presentaran y permitiera en su diócesis levantar aquella casa religiosa y le representase al tiempo de establecerla. Fué allá el prelado y erigió la nascente fundación en monasterio, que se llamó de Guisando. Los monjes, el año 1375, compraron en 6.000 maravedises la media parte del monte donde estaba enclavado el monasterio á Jimena Blásquez, vecina de Ávila, mujer que fué de Esteban Domingo (de quien descienden los Marqueses de las Navas); pero fué en aumento el número de religiosos y, como era pequeño el edificio, acordaron levantar otro claustro. El Obispo de Burgos, D. Alonso de Fonseca, les dió 30.000 maravedises para ayuda de la obra, que con este auxilio quedó muy pronto concluída.

Juan I fué uno de los que más favorecieron esta santa casa; Enrique IV la visitó el 19 de Septiembre de 1468, cuando en la venta de Guisando fué jurada su hermana doña Isabel como Princesa heredera. En tiempo de Carlos I se quemaron, por un descuido, la iglesia y el claustillo, que luego fueron reedificados, y Felipe II se solía retirar allí las Semanas Santas hasta que levantó El Escorial, y su primer vicario fué hijo ejemplar de la casa de Guisando, donde vivieron muchos varones insignes por su saber y religiosidad. El padre Sigüenza (1) trata, entre otros varios, de fray Diego de Ávila, que vivió en aquel convento y fué muy celebrado por su abstinencia y sus grandes virtudes, y cuenta también la vida del lego fray Marcos, que guardaba los ganados del monasterio de Guisando y fué muy conocido por su piedad. Este convento fué favorecido por los Obispos y cabildo de Avila y contaba con grandes bienhechores; pero pasaron los siglos y en el presente, que tantos célebres edificios religiosos han quedado sin destino, pasó el de Guisando á ser propiedad de unos particulares, perdiendo su antiguo carácter.

Muerto D. Pedro ante los muros de Montiel en 1369, entró á reinar con su hermano bastardo D. Enrique II la casa de Trastámara; algunos fieles vasallos sostuvieron el derecho de las hijas del difunto monarca; pero el nuevo Rey, después de prometer cumplir las condiciones estipuladas con algunos de ellos, los mandó matar cruelmente. Entre tanto, el de Portugal alegaba derechos á Castilla; también la reclamaba el Duque de Lancaster, mientras que los Reyes de Navarra y Aragón le movían guerra por cuestión de límites. Sólo la amistad que á Enrique II profesaba el monarca francés le bastó para arreglar tales diferencias.

Por su parte también procuraba el nuevo Rey captarse el

(1) Puede verse la *Historia de la Orden de San Jerónimo*, por fray Joseph de Sigüenza, dividida en tres partes, y la cuarta parte, ó sea su continuación, por el padre Santos, de la misma religión.

En el tomo I, parte primera, cap. XV, págs. 316 á 320, trae la biografía del lego fray Marcos, que cuidaba el ganado del convento de Guisando, y en el tomo II, lib. II, cap. XI, pág. 292, trata de fray Diego de Ávila, monje de la misma casa.

aprecio de la nobleza, y para atraerla á su servicio le dispensó muchas mercedes; tampoco olvidó Enrique el estado llano, y le dispensó amplias franquicias y libertades.

El año 1372, los avileses se obligaron por escritura auténtica á no trabajar en las festividades de San Vicente y San Juan y á celebrar regocijos, entre los que se acordaron corridas de toros, torneos y justas, con la expresa condición de verificarse estas funciones en el ejido de San Vicente, donde se hacían también fiestas para celebrar las bodas de personas ilustres.

Á las Cortes que en 1371 había reunido Enrique II en Toro asistió el Obispo de Ávila Alfonso II; este prelado fué el que reunió los ermitaños que había en Guisando, en el monasterio que erigió á nombre de fray Pedro Fernández Pecha en aquellos lugares. Dejó al cabildo en su testamento ciertas rentas sobre la martiniega, y falleció en 1378. Al año siguiente murió Enrique II, cuando se disponía para hacer la guerra á los moros granadinos (29 de Mayo de 1379).

Sucedió al difunto monarca su hijo Juan I, que tuvo que guerrear con el portugués, que auxiliaba al Duque de Lancaster, que había renovado sus pretensiones á la corona castellana. Juan I entró por Portugal y se apoderó de Almeida, en tanto que la flota de Castilla deshacía una armada del lusitano (Julio de 1381), pero enfermó gravemente D. Juan, y cuando se restableció, saliendo de Almeida, se volvió á sus Estados para reunir más fuerzas y continuar la guerra. El resto del año lo pasó entre Palencia, Ávila, Tordesillas y Simancas; pero el portugués desistió de continuar una campaña en cuyos comienzos había sido poco afortunado, y se ajustó la paz, estipulando el casamiento de D.^a Beatriz, hija del Rey de Portugal, con un hijo del Rey de Castilla; mas habiendo muerto al poco tiempo D.^a Leonor, mujer de Juan I, se decidió éste á pasar á segundas nupcias con la prometida de su hijo, y así se verificó, con la condición de que si al morir el portugués no dejaba hijos varones, pasaría aquella corona á D.^a Beatriz.

Al Obispo Alonso, que murió en 1378 y fué sepultado en

la capilla de San Ildefonso, le sucedió en el gobierno de la diócesis de Ávila Diego de las Rodas el que, en el mismo año que ocupó aquella sede fundó el convento de observantes de Nuestra Señora del Carmen, que se establecieron en la antigua iglesia parroquial de San Silvestre, á la inmediación de la puerta que se llamó del Carmen, y aquella parroquia fué incorporada á la de Santo Domingo por el mencionado Obispo.

El convento fué ampliado y reedificada la iglesia en 1469 por el valiente capitán avilés Juan Núñez Dávila; enaltecieron este convento destinando sus capillas para sus enterramientos familias ilustres de la población. Se distinguió esta casa por los varones que en ella brillaron en letras y virtudes, siendo uno de ellos el padre fray Pedro Mathea, de quien dice la inmortal doctora Santa Teresa de Jesús (libro de su vida, cap. XXXVIII) que, cuando murió, subió al cielo sin estar en el purgatorio.

Asistió el prelado Diego de las Roelas á un Concilio celebrado en Palencia en 1388, que fué presidido por el cardenal D. Pedro de Luna, como legado del Papa Urbano VI, y al año siguiente falleció el prelado abulense.

El largo pleito de Segovia con Ávila y con Teresa González sobre el mejor derecho para poseer el *Campo de Azalvaro* fué fallado en favor de Segovia por los oidores del Consejo Real, que pronunciaron la sentencia en 9 de Diciembre de 1381 en Madrigal, donde estaba la corte.

El común de pecheros de Ávila puso pleito á los caballeros llamados castellanos, que eran los que gozaban los fueros que concedió Alfonso X á los que mantuviesen casa abierta con familia, caballo y armas, pretendiendo que no debían igualarse á los serranos, que eran nobles de antiguo solar de todos conocido, por descender de los primeros pobladores de la ciudad.

El Consejo Real, que se hallaba en Segovia, absolvió de la demanda interpuesta por los pecheros á los caballeros castellanos y á sus viudas é hijos, en razón de estar en posesión de los mismos privilegios que los caballeros serranos, contra los cuales no se había entablado el pleito, por lo

cual no podía perjudicar á aquéllos hasta que á todos se tratara con igual derecho (1).

Conforme á lo convenido, casó Juan I con D.^a Beatriz de Portugal en Badajoz (Mayo 1383); de allí vino á Castilla, y en Segovia convocó Cortes generales, en las que la más notable disposición fué la de abolir la antigua costumbre de contar por la era del César, mandando que en adelante se contara por los años del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo.

Terminadas las Cortes pasó á Toledo, desde donde se dirigía á Sevilla, cuando recibió aviso en Torrijos de la muerte de su suegro el monarca portugués (22 de Octubre 1388), y al año siguiente D. Juan, que ya había hecho proclamar á su mujer como Reina de Portugal, porque no dejó sucesión masculina su difunto padre, tuvo que recurrir á la fuerza para hacer valer sus derechos, poniendo sitio á Lisboa, pues los portugueses, repugnándoles unirse á Castilla, proclamaron por su Rey al maestre de Avís con el nombre de Juan I. Tuvo que levantar el de Castilla el sitio de Lisboa porque se había desarrollado una epidemia en su ejército, y volverse á sus Estados; pero aprestó huestes más numerosas, y con ellas se dirigió otra vez al suelo lusitano; al pasar por Ávila levantando su gente para aquella expedición, dejó en esta ciudad á su mujer D.^a Beatriz, y después el Rey de Castilla se entró por Ciudad Rodrigo en Portugal. Le salió al encuentro el maestre de Avís, y cerca de Aljubarrota obtuvo el 14 de Agosto de 1385 una gran victoria sobre el ejército castellano, que aseguró la independencia de aquel reino.

Este desastre dejó abatido al monarca de Castilla y á todos sus súbditos, y entonces el duque de Lancaster, favorecido por el Rey portugués, renovando sus antiguas pretensiones, entró por Galicia y se apoderó de algunas ciudades. Para evitar una nueva guerra, el Rey de Castilla firmó en Troncoso (1390) un tratado de paz, en el que se acordaba el

(1) Juan I, en Segovia (17 Marzo 1382), mediante fieles copias que le presentaron, confirmó á los avileses los privilegios que se incendiaron en las casas que en Ávila quemaron los ingleses después de la batalla de Nájera.

matrimonio de D.^a Catalina, hija del de Lancaster y nieta de D. Pedro, con D. Enrique, hijo de Juan I, tomando los prometidos esposos el título de Príncipes de Asturias, uniéndose, en virtud de este convenio, los derechos de la casa de Lancaster con los de la casa de Trastámara.

En este tiempo se engrandeció de tal modo el estado llano, que su influencia se hizo cada vez más poderosa, y se ve bien claro en el número de procuradores que enviaban las ciudades y villas á las Cortes celebradas en varios puntos de la monarquía por Juan I, que era muy aficionado á reunir las.

El resultado de sus tareas fué muy importante por las leyes y acuerdos que en ellas se tomaron, siendo uno de los más notables el de la creación de un Consejo en que figuraban doce personas, es á saber: cuatro prelados, cuatro caballeros y cuatro ciudadanos que asesorasen al monarca, según dispusieron en su sesión tercera las Cortes reunidas en Valladolid en 1385.

Domingo 9 de Octubre de 1390 murió Juan I, en la flor de su edad, de resultas de la caída de un caballo, sucediéndole su hijo Enrique III.

Hacia el año 1300 vivía en Olmedo una devota mujer llamada Mari-Pérez, que por sus virtudes la dejaron sus padres al morir *mejorada* en el reparto de la herencia con relación á sus hermanos. En una de sus fincas hizo una ermita dedicada á la Virgen María, y al fallecer Mari-Pérez dejó sus bienes á aquella pequeña iglesia, que comenzó á llamarse de Nuestra Señora de la Mejorada; otros devotos aumentaron sus rentas y el cabildo catedral de Ávila las aplicó á la mesa capitular, encargándose de sostener el culto de la ermita. Ciertos religiosos de la tercera orden de San Francisco pidieron al cabildo la ermita y casas contiguas para hacer un convento, á lo que accedió, previa licencia del Obispo don Diego de Fuensalida, que á la sazón estaba en Madrigal, año 1390. La orden jerónima, que en Castilla la Vieja no tenía más casa que la de Guisando, había crecido tanto su fama, que los franciscanos de la Mejorada solicitaron dejar su regla y tomar el hábito de San Jerónimo y lo consiguieron del venerable padre fray Pedro Fernández Pecha, previo

consentimiento del Obispo y cabildo abulense, y desde 1396 fué considerada como de la orden de San Jerónimo aquella casa que, aunque pobre en un principio, fué aumentando por la liberalidad del Infante D. Fernando, hijo de Juan I, que fué llamado después el de Antequera.

El primer prior del monasterio de la Mejorada fué fray Fernando de Villalobos, el segundo fray Juan de Ocaña y el tercero fray Juan de Soto de Nava, confesor durante largos años del Infante D. Fernando, gran bienhechor de aquella casa. Estos tres priores vivían siguiendo la regla franciscana y fueron de los primeros que acordaron adoptar la regla del gran San Jerónimo. Los Reyes Católicos y sus sucesores de la casa austriaca engrandecieron después el celebrado monasterio de la Mejorada (1).

En tiempo del Obispo D. Diego de Fuensalida se fundó en Arenas de San Pedro el convento de eremitas de San Agustín.

Enrique III, hijo y sucesor de Juan I, tenía once años cuando murió su padre (1390); se hallaba en Madrid el joven Príncipe, donde fué coronado, y á principios del año siguiente se reunieron cortes en esta villa, á las que asistieron como procuradores del concejo de Ávila Alfonso González y Sancho Sánchez.

Bien pronto se encontró Castilla envuelta en los males de una minoría agitada por los regentes, que sólo procuraban satisfacer su ambición sin atender el gobierno del Estado, y para salir de esta situación fué declarado Enrique III mayor de edad cuando llegaba á los catorce años. Aunque el Rey era de naturaleza enfermiza, poseía un ánimo esforzado, y uno de los primeros actos de su gobierno fué revocar las mercedes que habían otorgado sus tutores con gran mengua del patrimonio de la Corona, y con gran energía obligó á los

(1) El padre Sigüenza, en su *Historia de la Orden de San Jerónimo*, libro I, cap. XXIII, trata del monasterio de la Mejorada. En el libro II, páginas 318 á 328, recuerda los principales hechos de sus primeros religiosos, entre ellos fray Juan de Soto de Nava y otros que con su ciencia y su piedad ilustraron aquella casa.

nobles á que le devolvieran las rentas que durante su menor edad le habían usurpado.

D. Fadrique, Duque de Benavente, que había estado desposado con D.^a Beatriz de Portugal, que después casó con Juan I de Castilla, quiso, cuando murió este monarca, tomar por esposa á D.^a Leonor, Condesa de Alburquerque, llamada la *rica hembra* de Castilla, por ser la más heredada que se conocía en el Reino; se señaló para efectuar este casamiento la villa de Arévalo (año 1392), pero temiendo el Arzobispo de Toledo y otros altos dignatarios que el de Benavente tomaría gran preponderancia con aquel matrimonio, procuraron impedirlo, concertando la boda de D.^a Leonor con el Infante D. Fernando, hermano del Rey, y así se realizó, al mismo tiempo que Enrique III celebró su matrimonio con D.^a Catalina de Lancaster, conforme al tratado de Bayona (1393).

Dispuso el Rey de Castilla que nadie recibiese más cuantías que las que le estuvieran señaladas en tiempo de su padre, y en virtud de esta orden, quedaron suprimidas las que los regentes habían aumentado á varios individuos de la familia del monarca, entre otras las de su tía D.^a Leonor, Reina de Navarra, á cuyo favor se dejaron los pechos y derechos de algunas villas, entre ellas la de Arévalo (1394). La lealtad constante de D. Rui Lope Dávalos la premió Enrique III donándole, entre otras villas, las de Arenas, Colmenar, Candeleda, Santiago de Arañuelos y la Adrada, que por ser de las antiguas aldeas de Ávila necesitó la confirmación de su concejo, que la dió en junta celebrada el 5 de Junio de 1395. Buena prueba fué esta donación de que el monarca, que con severidad contenía la rapacidad de algunos magnates, sabía recompensar los servicios de los que le eran fieles.

Enrique III, en su breve reinado, demostró tener un carácter belicoso, combatiendo á los portugueses, que se habían apoderado de Badajoz, y obligándoles á devolver esta importante plaza y organizando una expedición al África, que se apoderó de Tetuán. En su tiempo, entre otros hechos notables, debe mencionarse la conquista de las islas Cana-

rias; celebró Cortes en varios puntos del Reino, y cuando se preparaba para la guerra con el moro granadino, que no observaba la tregua que tenían establecida, se exacerbaron de tal modo las dolencias de D. Enrique, que murió en Toledo, sin poder realizar su proyecto, el 25 de Diciembre de 1406, á los veintisiete años de su edad.

GABRIEL MARÍA VERGARA Y MARTÍN.

(Continuará.)





ALFREDO ALVES

NECROLOGÍA

Para los que creen en la verdad del triunfo cuando el hombre está dotado de las excepcionales condiciones de la inteligencia, y lo que es más aún, de las admirables cualidades morales, es una amarga decepción el ver cómo esos hombres dignos de vivir eternamente mueren jóvenes, como heridos por el rayo, en tanto que siguen aferrados á la vida tantos otros cuya existencia, más que inútil, es perjudicial en toda sociedad en la que imperen la virtud y el talento.

Triste es la muerte siempre que arranca de los brazos del cariño á los seres queridos con los más íntimos afectos del corazón; pero cuando la muerte llega traidora, hiriendo por la espalda á jóvenes llenos de ilusiones, de sueños, de esperanzas, de ambiciones nobles, de aspiraciones generosas, de pensamientos hermosos, entonces la muerte es mil veces más cruel, porque al herir á esos jóvenes parece que hiere á la juventud misma.

Cuando la vejez aparece cansada, rendida, con los desfallecimientos de la materia y las fatigas del espíritu, después de recorrer el amargo camino de la vida, dejando las huellas

del dolor en todos los desencantos de la tristeza, entonces la muerte es esperanza y es consuelo: consuelo, porque libra á la vejez de las últimas amarguras de la vida, y esperanza, porque la muerte entonces es el comienzo de una nueva vida en más espirituales esferas.

Pero la muerte en la primavera de la vida, en los albores de la juventud, cuando todo sonríe, cuando el corazón abre sus alas al amor, entonces la muerte es una burla, es un sarcasmo, es una carcajada que resuena con siniestras vibraciones en el fondo de todas las almas sensibles.

¡Alfredo Alves ha muerto! Ha muerto el poeta delicado, el poeta espiritual, el poeta exquisito: ¡ha muerto! ¿Y cuándo? Cuando empezaba á recoger el fruto de su inteligencia, de su trabajo, de su inspiración; cuando sus obras le habían dado un nombre ya ilustrado, en breve ilustre, no tan sólo en su patria, donde ya lo era, sino aquí en España, donde sus merecimientos le habían valido el honor de ser propuesto para académico de la Real Academia de la Historia. ¿No es verdad que estos hechos dan la razón á los escépticos, á los pesimistas, envolviendo en los crespones de la indiferencia los tristes rayos luminosos de la fe?

Una cosa consuela nuestro espíritu cuando la muerte ha herido á uno de las brillantes cualidades de Alfredo Alves: es que la muerte ha herido en él á uno de los elegidos, á un espíritu creyente, á un alma cristiana, á un corazón profundamente religioso. Para él, cuyas alas de poeta no se habían manchado con el lodo de la vida, cuyos sueños delicados no se habían desvanecido al contacto de la realidad: para él, amante, creyente, fervoroso soldado del ideal bajo las banderas de la religión más santa, la muerte es el comienzo de la vida, el beso helado de un amor eterno, infinito, supremo en esas puras esferas del cielo prometido á los justos.

Sí: ¡quién sabe! Cuando un alma es inocente, en medio de las miserias humanas; cuando un espíritu no ha perdido su candidez con el roce de las pequeñeces de la realidad; cuando un poeta es hombre y, sin embargo, su corazón continúa con las sublimes purezas de los niños, sin amarguras,

sin desengaños, lleno de fe, lleno de amor, entonces la muerte es un bien, porque comienza para ellos la vida verdadera, es decir, la vida del sueño infinito.

Alfredo Alves era, á la vez, una gran inteligencia y un gran corazón. Pensaba y sentía con la misma altura, con la misma delicadeza, con la misma profundidad. Tal vez pensaba con el corazón y sentía con la inteligencia: de tal manera se hallaban inspirados su pensamiento y su alma de una misma sublime inspiración.

Así, su musa era lo delicado, lo espiritual, lo exquisito: era un idealista en la más alta expresión. El ideal era su culto, como el ideal era su inspiración: vivía alejado del ruido mundanal, en el templo santo del arte, unas veces buscando en los viejos documentos la verdad resplandeciente de la historia para engrandecer los héroes de la patria, otras veces cantando en versos sublimes esas aspiraciones del sentimiento que parece llorar en las páginas de sus poemas.

Como hombre era modesto, tímido, sencillo como todas las almas delicadas: su amistad era noble, su amor respetuoso, caballeresco. La mujer, para él, era la castellana de las edades medias, como él era el trovador de los siglos de los caballeros. La ambición no mordió jamás su corazón ni emponzoñó jamás su alma. Era creyente, religioso, cristiano, pero con tolerancia, como quien ha nutrido su fe con la amplitud de espíritu de los estudios de la filosofía, de la historia, del arte.

No es ésta la ocasión de hacer un juicio crítico de la obra literaria de Alfredo Alves; pero ¿quién duda que en la juventud lusitana tiene un lugar glorioso el poeta del sentimiento delicado, de la inspiración exquisita, de la forma cincelada en la áurea rima de sus versos? *¡Flores de Outomno!* ¡Qué sentimientos tan tristes despiertan los últimos versos del poeta! ¡Último canto del cisne portuense! ¡Dulcísimo acento del poeta que, con el instinto del porvenir de los espíritus inspirados, con sus últimos versos anunciaba el otoño de su vida!

¡Duerme en paz, poeta! ¡Duerme en paz! ¡Tus últimos

poemas cubran con sus flores tu sepulcro! ¡También nosotros, los que te amamos y admiramos en vida, al derramar sobre tu tumba las últimas flores, derramaremos nuestras sentidas lágrimas!

FERNANDO DE ANTÓN DEL OLMET.

8-5-96.





EL ÚLTIMO ESTUDIANTE ⁽¹⁾

Una noche, cuando más entusiasmado contaba D. Gregorio un episodio de la guerra de África, glorioso paréntesis, lo mismo que los sucesos del Callao, en la serie de infortunios que importó el liberalismo á nuestra España (según opinión de D. Gregorio), llamó la atención de éste y de Felisa un *depósito* conducción de cadáver á su última morada que en dirección al cementerio general doblaba, pocos pasos más abajo, la esquina de la travesía de San Pedro.

Felisa y D. Gregorio salieron á la puerta á presenciar el desfile del fúnebre cortejo y á rezar un *padrenuestro* por el alma de quien llevasen á enterrar. La señora Teresa no se movió de su asiento ni cambió de postura, pero rezó también.

No faltó quien murmurase al oído de Felisa el nombre de la difunta. Felisa se acordó de Ambrosio y sonrióse de manera compasiva y triste; después pensó en la fragilidad y miseria de las cosas del mundo.....

Estaba una noche triste, silenciosa; ni una sola estrella lucía en el firmamento.

Tenía el cielo color gris parduzco, semejante al de la can-

(1) Véase la página 201 de este tomo.

tería de las viejas casas solariegas, construcciones grandes é imponentes que, aumentadas por la noche sus proporciones, destacábanse en la penumbra al fulgor amarillo de las hachas.

Sólo esta claridad luctuosa interrumpía la oscuridad que había en tierra y cielo. Diríase que estaban de duelo el cielo y la tierra...

Caminaban delante los niños del Hospicio en dos filas; ¡pobres desheredados de la fortuna, que tienen el sino de ser acompañantes de la desgracia! Después en dos filas también y en crecido número los amigos, los deudos, todos con hachas, á cuyo resplandor tétrico, sombrío, descubríase el enlutado traje, el severo rostro de los que formaban la comitiva.

Ni faltaba la correspondiente nota ridícula en aquel conjunto serio y grave: los haraposos pilluelos (*rillotes*) que recogían la cera caída (ávidos de ganar en la reventa algunos ochavos) á hurtadillas de los alguaciles que los perseguían.

Detrás de la larguísima fila iba la cruz; luego la caja en hombros de cuatro hombres cubiertos con sendas holapandas negras.

Cerraban la comitiva muchos clérigos de blanca y rizada sobrepelliz y los cantores salmodiando, con acompañamiento del fagot, los cantos fúnebres de la Iglesia: cantos severos, magníficos, impregnados del dolor y melancolía que ante la muerte sienten las almas, pero dolor poetizado por la resignación cristiana, que no tiene los acentos de la desesperación en que debe sumir la muerte al hombre sin creencias, como inspirado por la suave conformidad con los mandatos de Dios, por la fervorosa confianza en la misericordia divina.

XXIII

La inesperada muerte de Antoñita, acaecida en los días en que andaba más gozoso de su triunfo Ambrosio, hízole parar mientes en lo poco que valen y en lo poco que duran en el mundo las alegrías y las prosperidades. Siempre habían

abundado éstas y nunca faltado aquéllas á nuestro estudiante, y no otro era el principal motivo de lo animado y decididor de su carácter.

La variación que experimentó éste no nació del duro golpe que hubiese llevado en su amor, pues son sabidos los móviles que le guiaban en aquella empresa; era que por primera vez comprendía, y con la fuerza que en sí llevan esas demostraciones prácticas, que todas sus ambiciones eran locura y todos sus triunfos ilusión, y que la vida misma es antes que ventura desgracia, antes que contento tristeza; era que, engañado hasta entonces por mentidos placeres, tocaba por fin la realidad y la comprendía como ella es, despojada de las galas y atavíos con que la ve adornada la imaginación en los primeros albores de la mocedad. Y entre las ruinas de sus ilusiones anteriores, de sus satisfacciones pasadas, sólo se destacaba, á manera de luz purísima, un recuerdo venturoso que en la agitación mundanal de su vida logró ahogar un momento, y que reaparecía más seductor, más bello que nunca: el recuerdo de Felisa.

Los proyectos, los deseos, las ilusiones que tenían por cimiento de tierra movediza su vanidad cayeron por el suelo; subsistió lo que vivía independientemente de tales fragilidades y errores.

Ni aun entonces, sin embargo, supo distinguir Ambrosio el sentimiento de despecho originado por la indiferencia de Felisa, causa de sus últimas frustradas aventuras, y el sentimiento del amor, que sin él darse cuenta de ello alentaba aquel otro.

Y era que no acertaba siquiera á poner en tela de juicio la invulnerabilidad de que hacía gala. En los momentos mismos en que recordaba á Felisa con singular delectación y complacencia, dábase por firmemente convencido de que por Felisa no sentía de manera distinta que por otras mujeres, bien que reconociese en ella, y por eso como caso raro la recordase, condiciones de mujer verdaderamente excepcional, de rara superioridad y belleza imponderable. Pensaba que era el sereno juicio quien tales pareceres le dictaba, y aun sentía tristeza por haber nacido invulnerable y no po-

der aspirar á mujer que veía tan digna y tan alta entre celajes de ventura.

Del supuesto de su invulnerabilidad partía como de artículo de fe, supuesto que los caprichos de su voluntad y los sofismas de su inteligencia no le permitían dudar ni un momento...

Ni un momento tampoco le abandonaban las cavilaciones, y él, que siempre había gozado en las expansiones de su carácter, en las efusiones de su amistad, tornóse triste y lánguido, esquivó toda relación, aun la de sus más íntimos é inseparables compañeros, y redújose al más absoluto aislamiento.

Era imposible—claro está—que así permaneciese largo tiempo; la misma intensidad de aquella crisis que conmovió su alma oponíase á su duración.

Pero no debo adelantar noticias de aquellos importantes sucesos; añadiré solamente, antes de pasar á otro capítulo, que el retiro de Ambrosio fué muy notado y comentado de diversas maneras, y que á Pedro Mata y Dionisio Torres causó desasosiego y temor, ya por Ambrosio, á quien de veras querían, ya por ellos, que se hallaban como sin su sombra, paseando (por no perder la costumbre), tristes también, su aburrimiento en las largas horas de la bohemia estudiantil.

XXIV

A las humedades de los meses de Noviembre y Diciembre siguieron en el nuevo año fríos intensísimos. Nunca brilló tanto la luna, y cuentan que no hay luna tan brillante como la de Enero, ni centellearon más las estrellas. Esto, que para quien gustase de la contemplación del cielo despejado en que lucía el plateado disco de la luna, rodeada de numeroso cortejo de estrellas, era encantador sin duda, distaba mucho de ser bueno para la salud pública...

Sentada como siempre en su silla de paja y en la mismísima postura una noche, mientras D. Gregorio se entregaba á sus lucubraciones, quedóse dormida la señora Teresa: hasta

aquí pasó lo acostumbrado, porque rara casualidad era que dejase de dormirse; pero á poco, ya despierta, no se encontró buena, quiso levantarse y no pudo, intentó quejarse y no acertó; levantó haciendo superior esfuerzo su cabeza... pero para volverla á inclinar.

Era víctima de un accidente.

.....
La gravedad que el mal revestía era para inspirar grandísima alarma.

Las terribles sospechas que desde luego cubrieron el alma de Felisa fueron confirmadas por el doctor en medicina, urgentemente avisado.

Felisa puso en novena á todos los santos que la tienen; D. Gregorio la auxilió en sus ruegos, y celoso por su parte el médico, suministró á la enferma dos oportunas sangrías que surtieron resultados excelentes.

Continuó la mejoría y llegó la señora Teresa á verse fuera de inminente peligro.

¡Pero cómo estaba la infeliz! Sin habla y sin movimiento, era de temer que le repitiese el accidente, porque en tal caso quedaríase como un pajarito.

Por gestos solamente entendíanse madre é hija; los buenos oficios de ésta sorprendían por intuición del querer los más insignificantes caprichos de aquélla, y en el acto los satisfacía. Por eso la señora Teresa, conservando en medio de sus cuitas la alegría que nunca falta á los justos, resultado de la tranquilidad de conciencia, correspondía á las solicitudes que le prodigaba el cariño filial de Felisa con miradas dulces y sonrisas complacientes; sonrisas y miradas en que ponía la bondad toda de su alma.

Á pesar de sus dolores físicos y ante el recuerdo de las penas que tantos días de sufrimiento la dieron en su ya larga vida, ni una sola vez elevaba la pobre anciana su mirada al cielo sino para expresar sentimientos de cristiana gratitud. La contemplación de su hermosa hija, ángel encargado por Dios de premiar, ya antes de abandonar esta vida, la resignación con que siempre había sufrido, compensaba con creces todas sus amarguras y trabajos...

Si al rostro de la anciana no faltaba la característica sonrisa que tan simpático y agradable aspecto la daba, el semblante de Felisa dejaba ver las huellas del dolor que sentía su alma por el estado presente de su buena madre y los temores que abrigaba con respecto á lo porvenir.

Compadecido D. Gregorio Malvás, multiplicaba sus visitas y esforzabase por distraer la atención de Felisa, embargada completamente por tristes cavilaciones. No podía conseguirlo, y por su parte, aunque ardientemente lo desease, tampoco lograba verse libre de ellas, que también para él abundaban.

D. Gregorio mostraba en sus actos perplejidad, y era que miedo justificadísimo servía de freno á vivísimos deseos que atormentaban su alma. Amaba á Felisa, quería la por mujer y temía que una repulsa deshiciese sus planes y diese en tierra con sus ilusiones.

Al cabo decidióse D. Gregorio; triunfó su sentir de su temor y habló de esta manera:

—Felisa, quería hablarte hoy de asunto que á mí mucho me interesa y á ti algo te importa.

—Veamos—murmuró Felisa.

—Recordarás, mi querida sobrina, que hace tiempo te declaré pretensiones que no rechazaste ni aceptaste. Creo llegada la ocasión de repetirlas. Ando cerca de los cincuenta años, lo que creo sabes, y no represento tener arriba de cuarenta. Y si no déjame por embustero.

Felisa se sonrió con singular dulzura. Entusiasmado su buen tío, prosiguió:

—No estoy en edad de demorar mi matrimonio, aunque no sea la que tengo excesiva para contraerlo. Te quiero con todo mi corazón. Me da lástima verte casi sola en el mundo, y quisiera acompañarte siempre en tus infortunios y en tus satisfacciones. Ya he dicho bastante. Si alguna vez nos hemos de casar para ventaja mía y bien tuyo... esa vez debe ser ahora.

Paró aquí algunos momentos D. Gregorio, y como su sobrina continuase callada, añadió:

—Bienes de fortuna tengo de sobra para...

—Tío—interrumpió Felisa,—no viene á cuento hablar de su fortuna de usted. Si usted se casa conmigo es por mí, porque usted me quiere, y si yo me caso con usted, es por usted, porque yo le correspondo.

D. Gregorio quiso hablar enternecido, pero Felisa continuó, añadiendo á las ya dichas las siguientes concertadas razones:

—Tengo yo la dicha de no ser como otras mujeres, *inflamable*, lo cual no quita para que, en punto á sentimientos, los tenga tan bien puestos como la primera. Le quiero á usted tanto como á mi madre... y es cuanto acierto á encarecer: puede usted, pues, estar tranquilo. Tengo para mí que en esto de matrimonios no deben decidir de manera exclusiva el corazón ni la cabeza; si lo primero, es fácil que triunfe el arrebató de un momento, la obcecación de un solo día, á la que sigue el desengaño de muchos: si lo segundo, es posible que decidan en tan grave asunto el egoísmo y la conveniencia. No hay que ceder á las afecciones inverosímiles de una pasión tal vez torcida; sí á la afección bien puesta que anhela el corazón, y á la que no pone la razón su veto. Ante todo, y sobre todo, en esto debe decidir el interés moral; lo cual no quiere decir que del interés material haya por completo de prescindirse, puesto que éste es casi siempre para aquél necesario. Vea usted ahí, querido tío, mi modo de ver el matrimonio, y en él fundado mi consentimiento á las pretensiones de usted.

Contaba (puede sin vacilación asegurarse) aquel futuro matrimonio con garantías de firmeza y seguridad que generalmente escasean: como que habían meditado mucho sobre el caso ambos, y conociéndose harto bien, decidíanse.

Los amores que encuentran su origen en impresiones ligeras, en la atracción de la belleza, por ejemplo, si no hallan después en la mutua simpatía motivo para que la pasión se aquilate y espiritualice y perfeccione, participan quizás de la condición de la belleza, cualidad efímera que se marchita muy luego.

Por esto Felisa había permanecido impassible ante tantos cortesanos de su hermosura: ni siquiera les concedía sus mi-

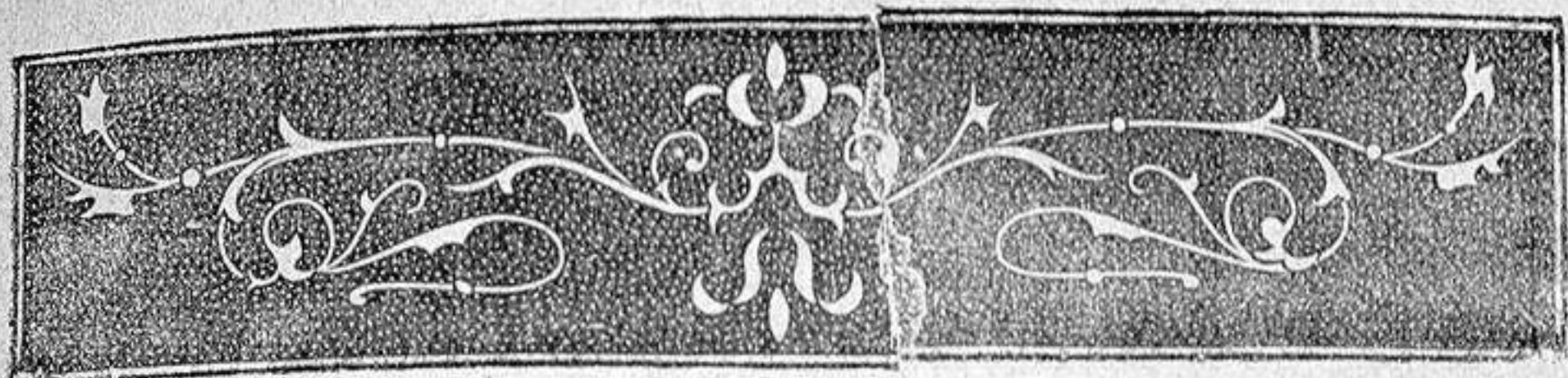
radas amorosas con el temor de que pudiesen despertar amorosos deseos y turbar lo que ella más estimaba: la tranquilidad de su espíritu. Prefería cien veces no casarse, á casarse con quien, no haciéndola feliz, fuese por resultas desgraciado.

Algunas veces se le presentaba halagadora la idea de encerrarse para siempre en un convento; pero bien pronto desechaba esta idea: no ardía su alma en místicos ardores, no estaba abrasada en el divino amor. Si sintiera estas ansias, estos apasionamientos, debía sin demora obedecer lo que la vocación la prescribía: la existencia de las mujeres de tal temple en el mundo es un peligro constante: caracterízalas la pasión, pasión viva y ardiente, digna de ser á tan alto amor dedicada: viven para amar de una manera superior, como no se puede amar en el mundo. Felisa distaba mucho de ser así; sólo el egoísmo, la conveniencia, el deseo de asegurar su reposo, podía encerrarla en el convento: móviles todos asaz ruines y pequeños para tomar decisión tan alta é importante. Por eso Felisa rechazaba tal idea.

EL MARQUÉS DE FIGUEROA.

(Continuará.)





BOLETÍN BIBLIOGRAFICO (1)

Cuentos para los niños.—*La venganza de las flores*, por D. AGUSTÍN RUIZ YANGUAS.—Burgos, 1896.

Los editores «Hijos de Santiago Rodríguez», incansables en su afán de proporcionar lecturas amenas y morales á la niñez, han fundado una biblioteca de *cuentos*. El que motiva estos renglones lo ha escrito el Sr. Ruiz Yanguas, que es uno de los profesores de instrucción primaria más inteligentes y laboriosos de nuestro país. Ama á sus discípulos tanto como puede amar, y es mucho, á su hermosa y gentil hija Mariana, y es idolatrado de los niños á quienes instruye. Nunca se borrará de nuestra memoria la escena que contemplamos el miércoles 6 del mes actual. Habíamos ido por breves horas el ilustre Doctor Calatraveño y el que suscribe á la histórica ciudad de las Huelgas; sabíamos que el Ayuntamiento de aquella capital, dando un ejemplo que ojalá imitasen otros, había construído un excelente edificio para escuelas en la calle del General Sanz Pastor. Allí encaminamos nuestros pasos, y nos sorprendió agradablemente aquella casa de aspecto elegante, con dos escuelas en la

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dós ejemplares.

planta baja; la de la derecha para niñas, á cargo de la docta hija del inolvidable profesor Sr. Álvarez Carretero, y la de la izquierda, para niños, á cargo del citado Sr. Yanguas; en cada una de ellas hay un precioso jardincito; la planta principal sirve para habitación de ambos maestros.

Acompañados del inteligente Director de la Escuela Normal, D. Julián Chave, penetramos en el salón, y hecha la presentación, pronunciáronse elocuentes discursos por los Sres. Calatraveño y Chave, á los que contestó con no menos elocuencia el Sr. Ruiz Yanguas. Después los niños demostraron ante los visitantes lo mucho que aprovechaban, contestando á preguntas de aritmética, gramática, etc., y prorrumpieron en aclamaciones entusiastas. Aquel *¡Viva D. Agustín!* dado espontáneamente por centenares de bocas infantiles, por cierto tenemos que no lo trocaba el maestro vitoreado por todas las riquezas de la tierra. Bien merece el cariño de sus discípulos quien lleva treinta años ocupado en la penosa labor de instruir á revoltosos pequeñuelos, que llegan á la escuela ignorantes de todo saber.

Nuestros plácemes para el Ayuntamiento de Burgos y para el Sr. D. Agustín Ruiz Yanguas, profesor de tanto talento como modestia y caballero de exquisita finura.

* * *

L'éthique. Le bien et le mal. Essai sur la moral considérée comme première sociologie, par E. DE ROBERTY, professeur en la Universidad de Bruselas.—París, Félix Alcan, editor, 1896.—En 8.º, XXIV-237 páginas: 2,50 francos.

Expone y defiende el autor un concepto nuevo de la ética. Basta enumerar varios de los capítulos que componen el tomo para que se comprenda su interés: La ética considerada como sociología primera.—La religión y la moral.—Defensa de la teología.—Crítica de las teorías morales contemporáneas.—La bancarrota real de la ciencia.—Balance de la moral independiente.—Ilogismos y gérmenes de ruina.—Identidad esencial del bien y del mal.—Del empirismo en la ciencia pura, etc.

* * *

Otras publicaciones.

Manual del constructor.—Por cuantos se dedican á la construcción y á la industria se echaba de menos un libro que, comprendiendo conocimientos diversos y útiles á sus respectivas profesiones, encerrara en un tomo, que permitiera por su tamaño llevarlo cómodamente consigo, los conocimientos propios para poderle utilizar como consultor en cualquier instante y donde encontraran pródiga materia de consulta y estudio tanto el ingeniero en general como el arquitecto ó el maestro de obras. Esto lo han realizado con el *Manual del constructor y formulario*, salvando con fortuna las dificultades de tan compleja cuestión, los Sres. D. José María de Soroa, ingeniero militar, y D. Carlos F. de Castro, ingeniero de minas, siendo ayudados en tan ardua empresa con datos y consejos de otros reputados hombres de ciencia; y la casa editorial de los Sres. Bailly-Baillièrre é Hijos, tan celosa siempre por el progreso de las ciencias en nuestra patria, no ha escatimado medio y ha impreso el libro con un lujo tipográfico que aumenta su valor.

En el *Manual del constructor y formulario*, en cuyas páginas se hallan conocimientos tan útiles al arquitecto como al maestro de obras, al ingeniero como al obrero mecánico, además de tratar con la extensión debida cuestiones tan importantes cual es la mecánica racional, la geología, topografía, materiales de construcción, mecánica aplicada á las máquinas, resistencia de materiales, arquitectura, etc., etc., no se olvidan asuntos de tanta necesidad é importancia como la electricidad industrial y otros varios, que por su índole se prestan con más facilidad á las modificaciones con los novísimos adelantos de las ciencias.

La obra de que nos ocupamos tiene una gran ventaja, además de las mencionadas, sobre los demás libros de su índole: reunir en un solo tomo en 8.º menor, de 890 páginas, todo cuanto se pueda necesitar saber en la construcción ó industria; tiene 331 tablas y está ilustrado con 693 figuras, y se vende perfectamente encuadernado en piel, y

en forma de cartera, con lo cual se resguarda al libro del destrozo que su continuo manejo ocasionaría.

Guía-indicador de Urberuaga de Ubilla. Madrid, imprenta de Ricardo Rojas, 1896. En 8.º, 40 páginas con un plano.—El amable y muy entendido médico-director de la mencionada estación balnearia de primera clase, D. José Hernández Silva, condensa en un folleto, estampado en verdad con notables pulcritud y esmero, todo cuanto puede ser útil al bañista.

Con motivo de la Exposición regional de Lugo, que seguramente llamará la atención, se piensa celebrar unos Juegos florales. El programa de este certamen científico-literario se ha repartido ya. Por su extensión sentimos no poder reproducirlo; bástenos decir que puede obtenerse un ejemplar dirigiéndose al Secretario de la Comisión, D. José V. Pérez Martínez; que los mencionados Juegos se verificarán en uno de los primeros días del mes de Octubre; que los temas son interesantes, y, por último, que entre otras personas y corporaciones han concedido premios S. M. el Rey, los Sres. Neira, Vázquez de Parga, Marqués de Figueroa, Fernández y González (D. Modesto), Becerra, Montero Ríos, Cos-Gayón, Linares Rivas, Elduayen, Conde de Pallares, Quiroga, Soto, Ordóñez y Álvarez Sereix.

Historia y Arte.—El número 15 de esta notable revista mensual, que dirige D. Adolfo Herrera, contiene excelentes artículos en prosa y poesías, con más multitud de grabados en el texto y cuatro hermosas láminas en fototipia.

A.

